Juan David García Bacca



INVITACIÓN A FILOSOFAR
SEGÚN ESPÍRITU Y LETRA DE
ANTONIO MACHADO



Diseño gráfico: AUDIOVISA
Muntaner, 445, 4.º, 1.ª 08021 Barcelona

Primera edición en Anthropos Editorial del Hombre:
noviembre 1984

Edita: Anthropos, Editorial del Hombre
Enrique Granados, 114 08008 Barcelona Tel.: (93) 217 25 45
ISBN: 84-85887-50-6
Depósito legal: B. 35.049-1984
Composición: Linotype Marqués, Rep. Portuguesa, 29 Badalona
Impresión: Diagráfic S.A., Constitución, 19 08014 Barcelona

Impreso en España - *Printed in Spain*

PALABRAS INICIALES

«Escribir para el pueblo... ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España; Shakespeare, en Inglaterra; Tolstoy, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Por eso yo no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, del saber popular. Siempre que advirtáis un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo.»

Así hablaba Antonio Machado, poniéndolo modestamente en boca de *Juan de Mairena,* quien, a su vez, modestamente también, decía repetir una sentencia de su maestro: *Abel Martín.*

¡Ojalá todos pudiéramos inventarnos unos maestros, o maestros de maestros nuestros, a quienes atribuir lo mejor que nos acudiera! Pero en definitiva, todos: maestros de maestros, y maestros nuestros, somos discípulos del pueblo: Maestro tan discreto que no se ha dado nombre propio, y tan eficiente que nos hallamos enseñados sin caer en cuenta de que lo hemos sido por un maestro.

El Pueblo, en cuanto maestro, no nos humilla; y por eso no nos sentimos humillados al reconocerlo por

maestro, como somos proclives a sentirnos respecto de maestros nuestros con nombre propio, apenas creemos —casi siempre ilusos o sietemesinos mentales— que somos ya algo nosotros: yo, con nombre propio.

Aquí, en esta obrita, el autor ha intentado imitar a *Antonio Machado*. No es, claro está, posible atribuirle todo lo que el autor escribe sobre los temas; al menos que sentencias suyas, de Mairena o de Martín, que es lo mismo, los inspire en su desarrollo, ya que no en cuanto a la letra, sí en cuanto al espíritu. También el autor querría escribir para el Pueblo —para nuestros pueblos hispanoamericanos: sobre sus problemas seculares no resueltos por las secularmente llamadas soluciones, y escribir sobre sus nuevos problemas a cuya solución no sólo no van a servir de nada las viejas, sino, de servir, lo serán de obstáculos.

Aunque los temas y su desarrollo parezcan dirigidos a una clase distinguida, apelan a lo que, filósofos o no, tengan todos de pueblo, que aquí, en Hispanoamérica, es casi todo —por suerte.

El autor mismo ha tenido que hacer un esfuerzo para descender a su estrato popular —de abuelos labradores; de padres, sencillos maestros de escuela. Esta obra es, pues, un acto de democracia.

JUAN D. GARCÍA BACCA
Caracas, 26 de junio de 1965.

Nota: Las sentencias de *A. Machado* van indicadas en esta obra por «...»; las que son leve retoque de ellas, por "..."; las de otros autores, por «...». Dada la índole sencilla, de tú a tú, en puridad o privado, de esta obra he creído conveniente no citar en el texto páginas ni obras. Las palabras de *Antonio Machado* están tomadas de la edición *Obras completas*, Editorial Séneca, México, 1940.

Parte Primera

ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

Capítulo Primero

HOMBRE Y HABLA

«El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie.»

I

Un hombre, los hombres; El Hombre

1) Todos, uno por uno, nos creemos ser individuos. Ser cada uno, uno por uno, ejemplar único de una única edición posible. Lo de duplicados, triplicados..., y lo de *doble* perfecto, son, lo primero, cosas de imprenta; lo segundo, trucos de novela.

A veces nos perturba un poco eso de gemelos; pero la palabrita de «yo» posee, creemos, la virtud mágica, de magia nominal, de hacer imposibles gemelos. Yo, lo soy únicamente yo. Eso sí que me lo sé yo; eso me lo soy.

Así será, mientras no lo diga y piense. Si digo «yo», eso mismo dicen todos y cada uno. La palabrita se me ascendió a universal, y ya no me sirve. Y si pienso en «yo», en *qué es* eso de ser *yo* —único, inmultiplicable...—, tal concepto de *yo* es un universal, tan dilatado como hombre, al menos.

Descartes no pudo *decir* en voz alta aquello de que «yo pienso», «yo existo», pues tales proposiciones son tan universales como las de «todo par es divisible por dos», o «toda circunferencia es curva plana, cerrada y centrada». Descartes intentaba pensar y decir «*yo:* Renato Descartes, Señor Du Perron soy quien está pensando y quien está *realmente* pensando, sea o no real aquello en que piense, y sea o no verdadero lo que diga, y haya o no haya nadie más en este mundo que se piense y diga yo».

Pero: «Palabra y piedra suelta no tienen vuelta» —nos advierte el refrán. Si yo quiero pensar y hablar en serio de *mí*, sería preciso que las palabras *yo, mí* no las pudiese usar nadie, cual si hubiera una ley que prohibiera eficaz y automáticamente el que un hombre pudiese llevar mi nombre y apellidos. Tal ley no existe; cualquier palabra, soltada de la mano singular, no tiene vuelta a la mano; vuélvese universal, atmósfera común; no es bumerang.

Sólo enovillándose, encapullándose, encrisalidándonos desesperadamente, y no soltando prendas de palabra o de pensamiento, consigamos tal vez uno por uno —sin poder ni querer saber nada unos de otros— dar un sentido inmediato, secreto —silencioso de palabra y pensamiento— a eso de ser *yo*.

El individuo, decían los clásicos griegos y medievales, es *inefable* —ni se puede hablar de él ni él puede hablar de sí. Cuando Jehová dijo a Moisés: «yo soy el que soy», le pasó lo del poeta: «*¿Habló* el alma?; ¡ah! ya no fue el *alma* la que habló». *¿Habló* Dios, y dijo yo? —ya no es *Dios* quien habló. Dijo lo que todos —que no somos dioses— decimos: «yo soy el que soy». Y si nos empeñamos benévolamente en sacar verdadera la palabra de Jehová: «que él, y sólo él, es el que es» —los demás no somos lo que somos: somos lo que nos han hecho ser y lo

que nos están prorrogando de ser—, Descartes nos dirá que eso de Jehová lo es cualquiera —él por lo pronto— que caiga en cuenta de que «yo pienso» implica —de manera inmediata, sin terceros o tercerías— «que yo existo» —que «yo soy el que soy». Mejor le hubiera ido a Jehová callándose; el misterio, el silencio, el secreto son presunciones de yo; condiciones necesarias —aunque no suficientes y positivas— para que uno sea *yo,* único originalmente.

Plotino entendió mejor el problema, o la imposibilidad de que un Yo piense y hable. Dios es el Solitario, el Silencioso. Como buen semita que fue quería tratarse de tú a tú, de yo a yo, con Dios; y como buen griego —lo mismo por heleno que por helenístico— pretendió que Dios le hablara con logos o palabras, racionales expresiones de una razón; como místico que fue debió intentar hablar con Dios y que le hablara «en griego». La entrevista, unilateralmente forzada, terminó *monos monoi*: un silencioso y solitario (Plotino) ante «El Silencioso y El Solitario» (Dios). ¿Qué otra cosa le puede pasar al más parlanchín, curioso, importuno, puesto ante El Silencioso y El Solitario, que quedarse, al cabo de un instante, silencioso también y solitario?

«Quien no habla al hombre, no habla a nadie.» A *nadie,* que tal es El Silencioso, El Solitario, El Misterioso.

No le demos vueltas: lo que dicen que Dios nos habla es el eco humano de lo que los hombres nos decimos. Y como todo *eco,* es repetición remota, confusa, posterior, externa, inicialmente irrecognoscible como nuestra, prestamente reconocida por nuestra —eco de nuestro tipo de vida, de pensamientos, de deseos, de virtudes y de sutiles vicios— tan independiente, a la vez que tan dependiente de nosotros, como nuestra voz y el eco (de ella).

Es que el hombre no suele comenzar por el principio: hablar un hombre a otro hombre: hablarnos. Quien no habla al hombre —cual secuela de haber hablado a *un* hombre— no sólo no habla a nadie; no habla de nada, ni siquiera de sí. De lo suyo le habla otro; no tan otro que, al cabo de poco tiempo, no caiga el hombre en cuenta de que

«soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería»;

soñamos, mudos, que Dios, El Otro, nos habla; soñamos lo que queremos: que nos hablen los hombres, que *nos* hablemos —en vez de pegarnos, agarrarnos, increparnos y gritarnos, matarnos o engendrarnos.

De Abel Martín dice J. de Mairena:

«Pensando que no veía
porque Dios no le miraba,
dijo Abel cuando moría:
Se acabó lo que se daba.»

Eso le pasó a Abel Martín por no saber —o no querer— que "quien no ve a un hombre no ve al hombre; y que quien no ve al hombre no ve a nadie". Ver es ver*nos;* vivir es vivir*nos;* hablar es hablar*nos;* pensar es entender*nos*. Fuera del *nos,* ni vemos, ni vivimos, ni hablamos, ni pensamos. De eso se murió Abel Martín: de ausencia del Nos, por empeñarse y emperrarse en ser *yo* —yo veo, yo digo, yo soy...

«Aquella noche fría
supo Martín de soledad; pensaba
que Dios no le veía,
y en su mudo desierto caminaba.»

¡Qué le iba a mirar El Solitario, El Silencioso, El Misterioso!

«Me pareció que salía a un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin»; así San Juan de la Cruz, al describir en palabras humanas su experiencia mística: de éxtasis o salida de sí —de su humanidad: de tratar a un hombre, a los hombres y al Hombre. Desierto que se le hizo sabrosísimo, de seguro, por virtud de aquel «sentirse sobre toda creatura temporal levantado». Se sintió ser *no hombre;* no habló a un hombre, ni al hombre; no habló a nadie; y nada le dijo «el Inmenso Desierto» —Nada, nada, nada. Allí no había Nadie, Nadie, Nadie.

Lo que habló después el fraile Juan de la Cruz fueron escolastiquerías, mediocres y aburridas; triste y cansino comentario de estrofas sublimes por la música verbal deliciosa, puesta a una letra deliciosamente vaga en conceptos.

Abel Martín, nuestro Antonio Machado, fue tentado de la ferocidad ibérica contra el hombre próximo o prójimo. Quien se empeña y emperra en ser *yo,* único, no puede sufrir ser uno de tantos hombres, uno de Nos, ni que se le trate como a uno de tantos hombres, uno de Nos, ni que se le trate como a uno de tantos ciudadanos; y menos aún, que se implante ese régimen humano que es la democracia: cada hombre debe serse como uno de tantos hombres y como uno de tantos miembros de El Hombre. Transformar ese «debe ser» en «serlo», tal es la norma sustantiva y único artículo esencial de la democracia.

«Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.»

Eso le pasará a quien habla a El Hombre, sin haber antes hablado —visto, oído...— a un hombre; y peor aún, al que pretenda hablar a ese no hombre que es Dios. Tales coloquios resultan coloquios soñados —soliloquios reales.

2)

"*Quien habla a un hombre, habla a El Hombre.*"

«El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.»

El hombre a quien hablas, no es hombre porque tú le hables; es hombre porque responde justamente a lo que le hablas; y, por tal correlación o conversación, sois los dos *hombres*.

Toda palabra —logos, decía Aristóteles— es semántica —indica, señala, apunta hacia algo: la palabra *hombre*, a hombre; la de *agua*, a agua; la de *pan*, a pan; la de *vino* a vino... Y apuntan a algo bien definido palabras como ¡ojo!, ¡cuidado!, ¡atención!, ¡manos arriba!, ¡ay de ti!, ¡fuego!... Mas sólo llegan a apofánticas aquellas en que tenga lugar desencubrirse algo o encubrirse algo —salir a plena luz u ocultarse de la plena luz. Palabras como «dos es par», «el hombre es racional», «el fuego asciende de por sí a los cielos»... son apofánticas. Al decirlas, y *por virtud del simple decirlas*, a dos le sale a luz, a la cara, eso de ser *par;* al hombre —de tan múltiples, complejas y enmarañadas apariencias— le sale a la cara, a plena luz, lo de *racional*... Ha bastado *decirlo* para que *se haga luz*. A veces pasa al revés: bastó con decir, expresa y definidamente, «la tierra es centro

inmoble del mundo», «la luz no es cuerpo»... para que por centenas de centenas de años, tales palabras encubrieran por modo de noche artificial o velo tupido que «la tierra se mueve al derredor del sol», e hicieran imposible —científica y religiosamente— esa astronomía que repiten ya los niños de primaria, la entienden los de secundaria, y la demuestran físicos y astrónomos de maneras tan sencillas experimental y teóricamente que nuestros niños y bachilleres pudieran enseñársela a Aristóteles y Tomás de Aquino —y veríamos si llegaban a entenderlas. Esotras palabras «la luz no es cuerpo» encubrieron, falsearon lo que es la luz y lo que es el cuerpo por unos dos mil doscientos años: y todavía su *verdad* está en fase de aurora para niños, bachilleres, y casi toda la humanidad.

Mas siempre, y en el mejor de los casos, tales palabras no las dice un hombre a otro hombre; ni se dicen a El Hombre.

Retoquemos, y no para poéticamente mejor, el cantar I de Machado:

"*La cosa que ves no es*
cosa porque tú la veas;
cosa es porque no te ve."

Esas *verdades* no son verdades porque el hombre las entienda y las diga; son verdades, precisamente porque ellas no nos ven, ni nos dicen lo que son.

Tales verdades no nos hablan, ni a mí, ni a ti... Menos aún se dan por enteradas de que las vemos o entendemos, y de que de ellas larga e insistentemente hablamos.

De ellas vale: verdad que no habla a un hombre, no habla al Hombre; y verdad que no hable al Hombre, no habla a Nadie.

Con ellas no *nos* entendemos; maravilla será que las

entendamos; y nada de extrañar es, por lo pronto, que, mediante ellas, no *nos* entendamos.

La verdad no es *intermediario* humano, medio dialéctico o de diálogo entre nosotros.

> «*Para dialogar,*
> *preguntad primero;*
> *después... escuchad.*»

Toda la ciencia se reduce a un monólogo sobre un tema que no es de nadie, que no es del Hombre; y no lo es, tanto que hablen muchos a la vez como uno solo. La ciencia no habla con Nadie; mas no habla de Nada: habla de *cosas.*

> "*La cosa de que hablas no es*
> *cosa porque de ella hables:*
> *cosa es porque no te habla.*"

De las cosas tenemos, en el mejor de los casos, conocimiento; mas nunca reconocimiento; no conocemos que *nos* conozcamos. No nos reconocemos en ellas, ni ellas en nosotros. Cabe acerca de ellas, a lo más, una teoría del conocimiento; pero no teoría, praxis, del reconocimiento. Hablaremos de ello según Machado.

Así que un hombre no habla con otro hombre —los dos en cuanto hombres— sobre cosas o sobre ciencia de cosas —así sean cosas sutiles cual números, o burdas como tierra; plusultraídas como ideas, o pluscuamperfectamente intramundanas cual comida, bebida, vestido, casa y cama.

Un hombre habla con otro, los dos en cuanto hombres, cuando se hablan por medio de ojos que ven que se los ve; cuando uno se ve por los ojos de otro; ve que los ojos de otro lo ven, lo cual es verse por ellos. Los dos ven

que se ven; y de cuatro ojos se hace una vista humana. Un *nos* vemos, un *Nos* vidente.

El conocimiento asciende entonces, por salto dialéctico, a reconocimiento. Los ojos del hombre se levantan a ojos humanos, a vista, al verse por los ojos de otro; al ver*nos*. Ojeamos las cosas; nos vemos los hombres.

Cuando nos resistimos a vernos, a vernos por los ojos de otro, a dejar y aceptar que otro vea que lo vemos, y a su vez que él vea por mis ojos, que los haga suyos, lo rebajamos y nos rebajamos a cosa. Cosificamos el Nos; y resulta éste, éste, éste... sobre esto, esto, esto; cosa entre cosas. Individualismo-Pluralismo.

Un hombre habla con otro, los dos en trance de hombres, cuando se hablan por la palabra: cuando uno es oráculo, boca, del otro.

La respuesta que un hombre da a la pregunta de otro es respuesta que el primero se da a sí mismo por medio de la nueva boca; y la pregunta que uno hace al otro, es pregunta que el segundo se hace por boca del primero, por una nueva boca; de dos bocas, de dos orejas se hace, realmente —por procedimiento transfisiológico— una sola lengua y un solo oído: el *nuestro*. Por eso *nos* entendemos.

En virtud de tal *gesta* el hombre ha ascendido de animal racional a viviente político. Animal racional lo es cada uno: uno por uno de los hombres. Eso de *nos* los animales racionales no tiene sentido; es, en rigor, una falsedad. Cada animal tiene *sus* ojos, orejas, manos, posaderas, apetencias y pensaderas; nace, crece, muere uno por uno; yo pienso, yo quiero. Mas yo, yo, yo... nunca dará un *Nos*. Cuanto más insista en eso de *mis* —ojos, orejas, manos— tanto más animal racional soy, tanto menos viviente político —o *Nos*. La cosa-hombre es animal racional; el hombre humano es viviente social; es *Nos el Hombre*.

II

Nos *los hombres. Conocimiento y reconocimiento*

El proceso dialéctico se desencadenaba, según Platón, partiendo de un cuerpo bello a dos, de dos... a todos... hasta englobar en tal avalancha ciencias, virtudes, poemas...

De hablar un hombre con otro surge *nosotros dos;* basta con dos para desatar el alud que llegará a *Nos* el Hombre, cual unos pocos neutrones iniciales son suficientes para la avalancha energética y corpuscular de una bomba atómica.

Vale de varón y mujer, mas no en cuanto hombres, lo que Machado decía, por la boquilla de la *«máquina de trovar»,* refiriéndose a esas diferencias de animal-racional que son varón y mujer:

«Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.»

La *«máquina de trovar» «produce esa copla».* No podía hablar del hombre en cuanto humano, del viviente social; habla de los animales racionales; y ésos sí que pueden ser, y son y se comportan, cual varón y hembra.

La *«máquina de trovar»* no podía producir una copla como:

"*Dicen que el hombre no es hombre*
mientras que no oye su nombre
de labios de otro hombre.
Y así es."

Lo cual suena cual redoble de tambor barato, aunque la máquina pudiera montarse para evitar esos tres asonantes seguidos. «*La máquina de trovar*» está concebida, «*en suma*», *para* «*entretener a las masas e iniciarlas en la expresión de su propio sentir, mientras llegan los nuevos poetas, los cantores de una nueva sentimentalidad*»*:* la del *Nos* el Hombre.

Mientras tanto, todos: dos a dos, tres a tres... hablemos a los hombres por su nombre; oigamos que nos llaman por él; no guardemos cada uno el nombre propio cual tabú, como nombre secreto. El Dios del Antiguo Testamento —aparte de sus nombres de guardarropía teatral, como Señor Dios de los Ejércitos, Señor de Señores...— tenía uno secreto que nadie podía pronunciar en voz alta; y tan poco se pronunció que, llegados los tiempos de escribirlo, nadie supo ni sabe cómo se pronunciaba —de puro y temeroso desuso. Tal Dios nunca trató a los hombres como humanos, sino como cosas suyas; nadie se vio por los ojos de tal Dios; nadie vio que Dios lo viera. Si Moisés vio a Dios, cara a cara —«como un amigo ve a otro amigo»—, el pueblo hebreo no vio jamás a *su* dios, y menos vio que Él se dignara verlo, y menos aún se vio por los ojos de Dios, hechos así ojos suyos: del Pueblo. Se cumplió lo de Machado:

«*El que todo lo ve no le miraba.*»

Y por no sentirse mirado por su Dios, no verse por los ojos de su Dios —por no verse el hombre por ojos divinos y Dios verse visto por ojos humanos—, de todos esos ojos —diversos en fisiología y ontología— no surgió *una vista:* un *Nos,* una Sociedad. Lo que resultó fue un pueblo arreado a golpes de milagros o de calamidades durante cuarenta años, vuelta que vuelta por un desierto, un poco más grande que la palma de la mano, en que

dejaron sus huesos todos los que, cuarenta años antes, habían salido de Egipto, a golpes de otros milagros, tan despóticos, espectaculares y desconsiderados como los de la posterior peregrinación.

Es que

> "*El hebreo no fue hombre*
> *porque no oyó su nombre*
> *de labios de su Dios.*
> *Así pasó.*"

No oímos nuestro nombre los hombres cuando entre unos y otros, o entre todos menos uno y Uno, se interponen esos nombres de superlativa altisonancia cual Su Majestad, César Augusto, Emperador, Excelentísimo, Eminentísimo, Alteza... Los tales no nos suelen mirar a los ojos, ni verse por nuestros ojos, ni nos hablan por nuestra lengua; y toman casi siempre a falta de respeto el que los miremos a los ojos, fijamente y les hablemos —comenzando ellos por dignarse escucharnos. Lo que deseamos, como hombres, es oír nuestro nombre de boca de ellos, vernos por los ojos del hombre Rey, del hombre Papa, del hombre Presidente; lo que será ver*nos*, oír*nos*, hablar*nos*, entender*nos*. Vivir*nos* y ser*nos* Sociedad.

«*Quien no habla a un hombre, no habla al Hombre; quien no habla al Hombre, no habla a nadie.*» Reyes, Papas, Príncipes, Presidentes... terminan, si es que comenzaron, por no hablar a Nadie, sino a ese abstracto *Urbi et orbi* —a la urbe y al orbe. El recelo, miedo, pánico a la democracia política, religiosa, social... es recelo, miedo, pánico al Hombre. De lo que dicen Papas, Emperadores, Príncipes... termina el Pueblo, El Hombre, por no darse por enterado, al notar que no hablan a *un*

hombre, a él; que no oye cada uno su nombre de labios de ellos; que conocen por estadística cuántos súbditos, fieles, partidarios, siervos tienen; mas no son reconocidos por ellos. Todo ello no pasa de *teoría del conocimiento* político, religioso, social, nacional, del mismo estilo y por iguales métodos que teoría del conocimiento científico.

«Mis ojos en el espejo
son ojos ciegos que miran
los ojos con que los veo.»

«En una nota, hace constar Abel Martín que fueron estos tres versos los primeros que compuso, y que los publica, no obstante son aparente trivialidad o su marcada perogrullez, porque de ellos sacó, más tarde, por reflexión y análisis, toda su metafísica.»

Mis ojos —los ojos de cada hombre, de uno por uno, en el espejo de los ojos de otro, en esa imagencita que nos es dado ver, si nos dejan— suelen ser ojos ciegos. *Mis ojos ciegos que miran los ojos con que los veo.* Son mis ojos *cosificados*, según procedimientos de óptica geométrica. Por esos mis ojos cosificados, mediante esa imagencita virtual, geométrica, suelen verme los demás hombres —suelo verlos yo, al menor descuido de unos y otros—; y así (nos) miramos sin ver(nos); (nos) conocemos sin reconocer(nos). Por mirar(nos) sin ver(nos) con esos ojos ciegos, (nos) damos palos de ciego —damos y (nos) dan, y (nos) merecemos los que (nos) dan Tiranos, Dictadores, Déspotas, absolutos. Entre los griegos, sólo trágicos geniales supieron sacarle partido a la anagnórisis: al reconocimiento.

Y fue ella su gran recurso. Y, al emplearlo, descubrió-

se que por no haber visto un hijo a su padre y un hijo a su madre —que sólo se miraron, sin verse unos por los ojos de otro— el hijo mató al padre y se casó con su madre. Se conocieron; no se reconocieron. Se trataron según simple conocimiento. Si los hombres nos decidiéramos —con valentía superior a la corporal— a reconocernos, se descubriría, frecuentemente, que hemos matado padre, madre, hermanos —y esto lo hacemos todos—; matados por indiferencia, altanería, cortesía, distanciamiento, distinciones, diplomatiquerías, titulejos, encopetamiento de dignatarios, displicencia, aristocratismo, desinterés...

El complejo de Edipo no es lo que se dice; eso es su superficial expresión; no, su sub-stancia. El verdadero complejo de Edipo consiste en no querer *reconocernos*, por bien fundado miedo de que aparezca que hemos matado o estamos asesinando a nuestros padres y hermanos, a todos los hombres —en su calidad de hombres.

Los filósofos venimos haciendo, desde los griegos, *teorías del conocimiento;* los dramaturgos griegos, praxis trágica del reconocimiento. Y por hacer *teoría del conocimiento* de los hombres, todavía es problema eso de que, por qué, y si se da, el otro yo —los otros. Y por no vernos, oírnos, hablarnos, entendernos, querernos..., el reconocimiento tiene que irrumpir violentamente, inconteniblemente en casos sueltos y personas-sismógrafo. El reconocimiento es casi siempre —dentro de las pocas veces en que surge— una tragedia; toda una tragedia, cuando habría de ser el estado natural del hombre, humano por fin: *Nos.*

Ese abstracto —tan preferido y manoseado por la lógica— que es El Hombre, La Humanidad, no nos ve; nos mira fija, indiferente, fríamente y un poco tontamente —cual los retratos. No somos *sus* individuos, *sus* hombres, *su* plural. Le es igual que seamos uno, cien...

mil millones. La llamada extensión de tal universal no es *su* extensión. El paso de «todo hombre es racional» a «*yo* soy racional» no sólo es imposible; lo imposibilita el estado de universal. Es un sinsentido.

El Hombre no surge por abstracción. Surge paso a paso por ver*nos*, oír*nos*, entender*nos*, hablar*nos*... Por desindividualizar —sin aniquilar, mas sí anulando— eso de *mis* ojos, *mis* orejas, *mi* lengua, *mi* entendimiento... *mis* cosas...; por hacer —contra fisiología y ontología, y trascendiéndolas— que cobre realidad nueva eso de *nuestros* ojos, *nuestros* oídos, *nuestro* entendimiento... *nuestras* cosas...

La más eficaz manera de aislar dos cosas no es poniendo entre ellas esos vulgares, o inventados aislantes, de aire o vidrio; el medio más potente consiste, dice Hegel, en interponer un abstracto. La lógica y la ontológica son los grandes aislantes —inventos del conocimiento, levantados a empresa de producción de aislantes en serie por la *teoría del conocimiento.*

Hegel fue el primero que lo supo de buen saber. Su *Ciencia de la Lógica —Wissenschaft der Logik—* comienza con *teoría del conocimiento* sensible, hecha por ojos y mente que ven y piensan *cosas* —burdas cual cuerpos y fuerzas, sutiles cual espacio y tiempo. Mas la dialéctica que es, a la una, método para atravesar y *pasar* de lo más diverso a lo más diverso y procedimiento para *transformar* lo más diverso en lo más diverso —cual espacio en tiempo... cuerpo en espíritu— se atasca en los abstractos, en universales. Hegel intenta transformar universales cual moral, derecho, religión, filosofía en universales *nuestros:* moral *nuestra,* de *nuestro Pueblo:* religión *nuestra,* de *nuestra Comunidad;* espíritu *nuestro,* de *nuestro Espíritu: Dios nuestro* y *nuestro Dios.*

Trata Hegel de mostrarnos que tal plan lo realiza la Historia; no la de barrabasadas y brutalidades —la de

animales divinos y dioses animales: pueblos o personas— ni la de espectáculos ridículos y rimbombantes —de ritos a ceremonial de cortes— ni la de abstractos, en cada paso más ultraídos a un allá donde no tanto «nos las den todas», cuanto al revés, a ellos no les dé nada de lo que a nosotros nos pase. Dentro de tal historia —llena de historietas trágico-cómicas— *no nos reconocemos;* conocemos cosas y, en rigor, *se* conocen cosas, o que lo son sin más, o que las rebajamos a cosas —súbditos, siervos, esclavos, fieles, bárbaros—; y como a tales los tratamos —a patadas— según el mismo principio de la física de cosas: masa por velocidad, masa por aceleración. Hegel señala el cráter preciso por el que ha emergido el reconocimiento: la relación siervo-señor. El primer acto histórico de *reconocimiento* no es el dramático; el reconocimiento en drama es la prefiguración del reconocimiento real de verdad, dialéctico, entre señor y siervo. Por erupción de tal lava ontológica, el señor —hasta entonces león racional— se ve por los ojos de su siervo; ve que el siervo tiene ojos —ojos que lo son porque le ven: ven sus actos, sus barbaridades, desplantes, animalidad, avorazamiento...—; y, al verse por cuatro ojos en vez de los dos suyos, el señor se ve siervo de sus siervos, impotente de destruirlos sin destruirse; a la vez que, de repente, por salto cualitativo dialéctico, el siervo deja de ser y sentirse ser cosa, y ve que el señor lo ve, que el señor tiene ojos —además de garras y fauces— y ve que lo ve; se ve por los ojos de su señor; es señor de su señor. Tal reconocimiento trasciende, sin aniquilar, el conocimiento anterior —entre cosa cognoscente de cosas conocidas: Señor de siervos, y entre conocidos como cosas por cognoscente cosa: siervos de Señor.

Lucrecio alaba a los griegos porque fue el hombre griego el primero que se atrevió, a pesar de morirse de miedo, a mirar cara a cara a los dioses: ver si tenían

ojos, ojos que vieran —y no que simple y bobamente miraran, cual los de los retratos o estatuas—; y ojos que vieran que los vemos, que los calamos en sus intenciones, deseos, mente... Se atrevió a verse por los ojos de Dios, a hacerse dios. Los dioses griegos y los romanos —y todos los demás— no resisten a tal prueba —para valientes, a pesar del miedo. No se exponen los dioses y el Dios a ser mirados y escudriñados, a esa comprobación de ver que ven, y no sólo miran extáticos, hieráticos, idos, embobados y embobantes. Aquello de la Biblia: «Nadie puede ver a Dios y vivir» es una grande y triste verdad; mas no en el sentido de quien la dijo. Nadie puede ver a Dios, porque Dios no tiene ojos que vean, ojos que se abran confiados a que veamos por ellos, a hacerlos nuestros —de los dos: Dios y Hombres. Dios tiene ojos que miran; y los de Dios:

"son ojos ciegos que miran
los ojos con que los ves."

Puede uno, y ha sucedido, sentirse mirado por los ojos de Dios —al igual que sentirse mirado y perseguido por los ojos de un retrato o fascinado por los de una serpiente o sugestionador. ¿Por qué los que tal se sienten no se aguantan el miedo y se atreven, cual el hombre griego con sus dioses, a *ver* si los ojos que le miran *«son ojos porque le ven»*, y uno ve entonces que tales ojos lo ven, que se ve él por los ojos de ellos, que *es* él «los ojos de Dios»? Porque se son y se viven cual cosas —cual animales racionales. Se conocen y conocen a Dios: *no se reconocen los dos, no nos reconocemos.* Toda la teología padece de semejante confusión garrafal entre conocimiento y reconocimiento. Entra, ella entera por muchos volúmenes que tuviere, en los primeros capítulos de la *Ciencia de la Lógica* de Hegel.

Se equivocó de medio a medio J. de Mairena al decir:

«Pensando que no veía
porque Dios no le miraba.»

La verdad es el reverso: no veía Mairena, porque Dios le *miraba*, porque Dios no le veía. Ver es verse —vernos, ver que nos vemos, ver cada uno por los ojos del otro, cual por propios. El mirar —puro, simple, fijo y extático— mata, de muerte propísima, al ver; mirar, en cuanto tal, es la negación intrínseca de ver; *es su cosificación. «Los ojos ciegos que miran»* son ciegos porque sólo miran y se ciegan por el intento de sólo mirar.

Eso de «revelación» divina no ha pasado de ser «hija de largo deseo», una simple idea. *«Fille du long désir: Idée»* (Mallarmé).

Revelación, que Dios se nos revele, es el secreto anhelo humano de que Dios demuestre que existe porque se deje ver, se ponga al alcance de nuestros ojos, y se someta, valiente y decididamente, a esa prueba: que *veamos* que ve, que *nos* ve, que *veamos* que *nos* ve, que *nos* veamos por *sus* ojos y *él* por los *nuestros;* que *nos* hable, comenzando por escuchar*nos*; lo que no sabremos si no sabemos que nos entendemos, que entendemos por *su* entendimiento, y él por el *nuestro;* que hablamos por *su* boca y él por la *nuestra;* que es nuestro oráculo y nosotros lo somos de él. Lo demás es teoría pura; y las pruebas están dispuestas de manera que nunca se puedan «poner a prueba». «¿Quién eres tú para ponerte a razones con Dios?» sólo puede decirlo —airado, secretamente muerto de miedo, tocado en la llaga— el que tiene alma de *cosa;* se *es* esclavo, y acepta que como a tal se le trate; y aquel para quien «eso de hijos del Padre» es cuestión de fe, de creer en lo que no se ve, de creer que Dios no tiene ojos, ni oídos, ni entendimiento sometibles

a la prueba de dejarse ver, ver que ve, ver que nos vemos —entende*mos*, quere*mos*, oí*mos*, habla*mos*. Renuncia a reconocer*nos;* aceptación del *se conocen.*

Los hombres somos también tentados de ese rehusarnos a vernos, oírnos, hablarnos, entendernos; rehusamos reconocernos. Es la tremebunda posibilidad que acecha a nuestra convivencia, reduciéndola a ayuntamientos de cosa con cosa —de animal racional cosa con animal racional cosa. Y creemos, a veces —que ojalá fueran pocas— dar pruebas de personalidad rehusándonos, siempre descortésmente en el fondo, a reconocer*nos*, a que otros vean por mis ojos, y yo por los suyos; a ver*nos*, hablar*nos*, escuchar*nos*, entender*nos*...

La personalidad no se mide por «la dosis de soledad que un hombre es capaz de aguantar», sino al revés, por la dosis de comunidad, de sociedad que un hombre es capaz de aguantar, aceptar y dar por bienvenida.

Dejarse ver, dejar franca y magnánimamente que otro vea por mis ojos, note que escucho lo que me dice —oiga que lo oigo—, note que entiendo lo que me declara —entienda que le entiendo—, es un acto libérrimo por las dos partes: del vidente y del visto. Puedo estar yo dispuesto a que vean por mis ojos, a que hablen por mi boca... —es decir: a revelarme. Aquel a quien se dirige tal oferta —a sus ojos, oídos, entendimiento, voluntad...— puede rehusarse a revelarse él; y *mirar* a los ojos que lo ven, mas sin dejarse ver por ojos que lo ven, y así ver*se* en uno, en un *nos*, los dos revelantes; puede responder con *mirada* intelectual, teórica, abstracta y abstraída a un ojo intelectual que quiere ser entendido y se abre a ser entendido, a que otro entienda por su medio, y se *entiendan* —reconozcan que se conocen.

El que se franquea y quiere ver y ser visto, entender y ser entendido... no tiene derecho alguno —así sea Dios— a ser visto y a ser entendido. Ver a quien quiere vernos

—y acepta que lo veamos—, entender a quien quiere que lo entendamos —y se abre a que lo entendamos— no causa obligación alguna. Es don, regalo, gracia. Aceptarlo es gracia; no aceptarlo no es desgracia; corresponder es mérito; no corresponder no es demérito. No se impone jamás la libertad a golpes de cosa. En el fondo de quien pretende transformar o pervertir gracia en obligación late el miedo a no sentirse seguro de sus poderes de seducción, impotencia de ser magnánimo de veras y en lo que «duele».

«El que creyere, se salvará; el que no creyere se condenará» sólo tiene sentido si eso de creer es una imposición, obligación, ley dictadas por Señor de siervos-cosas, tan cosas que han de recibir obligatoriamente hasta las gracias. Si la fe es gracia, aceptarla puede ser mérito; no aceptarla no puede ser demérito. Y no aceptarla precisamente porque se quiere imponer el que se acepte una gracia, es mérito: es no dejarse tratar de cosa, y dar así una bien merecida lección al Señor: la de que no somos cosas —y dársela, por secuela, a sus administradores.

Hegel —que sabía esto y más y mejor que el autor de esta obra— planteó esta cuestión como «cuestión de confianza», «cuestión de reconocimiento» (*Anerkenntnis*).

Sólo cuando el Señor —de déspota o cosa despótica que era de siervos cosa— surgió a serse, sentirse y aceptar —a regañadientes, primero; magnánimamente después— ser en uno Señor de sus siervos y siervo de sus siervos, y, en uno también, los siervos surgieron a serse, sentirse y aceptar —desconcertados, primero, con dignidad después— ser siervos de su señor y señores de su señor surgió *Nos*, en forma de *sociedad* —depuesta y degradada la forma anterior de Pastor-ganado, Creador-creatura, Sátrapa-súbditos. Desde entonces cobró sentido real, nuevo, la frase: *Nosotros los hombres*.

"El siervo es ya hombre
porque oyó su nombre
de labios de su señor.
Así fue."

"El Señor es ya hombre
porque oyó su nombre
de labios de su servidor.
Así fue."

La Humanidad —*Nos los hombres*— se inaugura real y verdaderamente en el cuerpo *social* —no en el dramático o teológico, religión o arte.

Se inaugura. Veamos cómo se realiza, por sus propios pasos —y a cargo ya del hombre.

Capítulo Segundo

SURGIMIENTO Y ESTABLECIMIENTO DE SOCIEDAD. *NOS* LOS HOMBRES

«¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.»

«¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro.»

I

De cosas a enseres. De universo a mundo

«La sola sospecha ofende» a las personas —dice el refrán corriente. «La sola sospecha fende o hiende» teorías. Así sean filosóficas.

Bergson sospechó de la fisiología. Los órganos de los sentidos, maravillas de sutileza, flexibilidad y orden, no serían instrumentos montados por la vida para la vida

—por la vista para ver, por el oído para oír— de modo que su contextura fuera condición positiva y necesaria, colaboración positiva y necesaria de la materia para la vida, sino, ¿quién sabe?, cauces que violentamente, con paciente, artera y constante presión, tras meandros de meandros, se habría abierto el ímpetu del torrente vital; serie de obstáculos, contorneados hábilmente por la vida. En definitiva, nada de materia adaptada a la forma, de forma informante, reformante y transformante la materia en *suya.* La fisiología es el sistema de cauces y de surcos que, *contra* la materia, se hizo la forma, se labró y aró la vida. De ellos parece surgir la vida, añadiríamos ahora nosotros, cual de los microsurcos de un disco la maravilla acústica de una sinfonía. El microsurco, si tuviera conciencia, sería el primer sorprendido de lo que oye. La materia no es causa material de la forma; no es *su* materia; ni la forma es causa formal de la materia; no es *su* forma.

No nos extrañe, pues, que, de cuando en cuando, la vida se abra paso por otra parte del cuerpo, y haya habido quien *vea* por la punta de los dedos o por la espalda. Y no por milagro; lo fuera en caso de admitir que la forma informe, reforme y transforme a la materia, y la haga *suya;* la remodele en órganos *suyos.* Mas no es milagro, si la vida —la vista, oído, pensamiento...— es el paciente y sutil ingeniero de puentes y caminos, hábil aprovechador de cauces naturales y perforador decidido de obstáculos. Hecho el camino, la vida —ver, oír, tocar, pensar...— circula tan natural, sencilla, suavemente cual el acto de ver nos lo dice: con un abrir y cerrar de ojos; y funciona con esas explicabilísimas ya preterición, anulación y desconsideración respecto de la *estructura* del ojo. Si así pretiere, anula y desconsidera la vida el cuerpo, nada de sorprendente habrá en que, de cuando en cuando, se abra paso la vida en cuanto vidente por otra

parte; y vea por la punta de los dedos —como se cuenta de cierta santa— o por otras partes, como consta por la psicología paranormal.

Menos aún necesita del prodigio estructural de los ojos el *mirar*. Ciertas vulgares fotos nos miran, insistente y tontamente; un retrato al óleo de gran pintor nos mira, con mirada extática: mira sin mirar a nadie; mira con mirada trascendente, saltándose o saltada a toda meta y punto de fijeza. En los dos casos, foto y retrato, miran sin ver. La simple y pura mirada no necesita de ojos reales. Cuando la vista se evade totalmente de la fisiología queda reducida a mirada.

El hombre ha inventado maneras de hacer que las cosas le *miren*; no ha sido menester para ello que les haya producido ojos, dejando a su espontaneidad o albedrío el que le miren.

Es verdad que

«El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.»

Mas la mirada no es mirada porque nos vea, haciendo el ver de condición necesaria positiva para mirar y ser mirados. La mirada es, justamente, mirada —ni más ni menos— porque no nos ve.

«Mis ojos en el espejo
son ojos ciegos que miran
los ojos con que los veo.»

Toda obra de las manos del hombre —arado, sílice tallada, aguja de hueso... timón, áncora, caballo domesticado, vestidos, casa, muralla... avión, máquina de escribir, calle, lenguaje, libro...— *mira* al hombre, sin verlo,

sin ojos. Mas tales inventos o productos suyos no son, en rigor, «*ojos ciegos*», cual si, de ordinario, tuvieran ojos y los hubiesen perdido, muerto el ver por el mirar; las obras del hombre han sido, por plan, hechas *para que nos miren*. Miran a las manos el arado, al cuerpo entero el vestido, a los ojos los anteojos, a los oídos el audífono o el teléfono; a ojos, oídos y mente el libro y el lenguaje; a las posaderas la silla; a los pies, calzado y calles; plato, cuchara, tenedor y cuchillo, al apetente, al *pedir de boca;* los cuadros, estatuas, ritos... a todo: cuerpo, alma, ojos, voluntad, sentimientos...

El hombre, pues, ha creado un mundo *para que le mire,* para sentirse mirado y admirado, y admirarse él de sí, frente a la indiferencia y neutralidad del *universo* que o no le ve, y menos le mira, o si le ve no suele mirarle, y si le mira lo hace con la mirada extática de esfinge, o cual nos miran, sin vernos, los animales.

Llamemos *enseres* a todo ese conjunto de cosas —obras de las manos del hombre, inventos, productos, creaciones suyas— hechas para ser *mirado* el hombre por ellas; y diremos, remedando sin gracia, mas con verdad, lo del Poeta:

"*Los enseres que el hombre ve*
son enseres porque le miran;
son enseres porque no lo ven."

Eso es sacar verdad lo del mismo Poeta:

«*...con el barro*
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.»

¿Que el hombre no ha creado el universo?:

*«¿Dices que nada se crea?
No te importe...»*

No nos importe, pues no le importamos. El *universo* no nos *mira.* No por calculado desdén. Peor aún: por neutralidad. Y si algo de él nos ve, nos ve como a uno de tantos animales, y nos trata como a animales —benéficos o dañinos, de rapiña o de presa activas o pasivas. Si algo del universo nos sirve, no es porque haya sido hecho, precisamente, para que nos sirva; sino porque da la casualidad o buena ventura —enteramente accidental— de que nos sirve; y aun eso de *servirnos* —de para qué nos sirven— tiene que ser un *hallazgo* del hombre —como el de que el agua sirve para beber, y los leños para vigas...

*«¿Dices que nada se crea?
No te importe...»*

¡Para lo que le importamos al universo los hombres!

Aparte de que es falso el que *«nada se crea».* El hombre crea *mundo*; y por tal creación rebaja el universo a material en bruto para sus planes. Algo bien formado son árbol y barro. El hombre los deforma y hace de ellos viga, remo, bastón, arco, copa, ánfora, ladrillos, adobes, empalizadas... Creó *mundo.* Y el *mundo,* sí que nos importa, porque mundo, a diferencia de universo, es precisamente ese conjunto de cosas que nos importan porque las hemos producido para que nos importen; y *mundo* visible es, ejemplificando, ese conjunto de cosas que nos importa ver, y para que le resulten importantes a la vista las hemos hecho de modo que nos miren. Lo que no nos importa es el universo en cuanto universo. Tan poco nos importa que lo anonada-

mos; deponemos su forma a material; sus fines, a medios nuestros; sus poderes, a esclavos nuestros.

No nos importa el universo, ni si ha sido o no creado, ni quién lo creó. No importamos nada al universo, y de mil maneras nos lo da a entender; y de esa, peor y definitiva, que es la neutralidad. El rayo ni nos parte ni nos perdona. Cae. Y la piedra ni nos aplasta ni nos evita. Cae. Al Dios que creó el universo —si es que existe tal Creador— no le importó crear precisamente *universo:* creó *lo neutral.* Como si dijera al hombre: No te importen nada ni lo que he creado ni el Creador. Tal cuestión no tiene importancia alguna; y que no la tiene te lo mostrará, fríamente, el universo mismo. Si yo, Dios, me metiera en universo me pasaría igual que a ti: me aplastarían las piedras, me ahogaría el agua y me partiría el rayo —el mismo y las mismas que yo creé, que tú crees que yo creé, de nada; y me resultó que las creé para nada y para nadie.

II

Mundo y hermanos

Lo que nos importa es el *mundo; la creación de mundo;* de ella nos consta porque lo hemos hecho nosotros; y lo hecho nos sirve porque lo hemos hecho justa, precisa, exitosamente para eso.

«...con el barro de la tierra»
"con el universo",

hemos hecho una copa, casa, murallas, y en ellas vivimos ya como *hermanos.*

En el universo no vivimos como *hermanos;* que no son hermanos los cachorros de un león y leona, ni los conejitos de un conejo y coneja, ni los monitos de un mono y una mona... Ni son *hermanos* la prole de un animal racional macho y de un animal racional hembra. Que macho se levante a padre, y hembra a madre, y su camada a hermanos... es una *creación,* un *invento.* Es una *creación* humana, tan original —en el sentido de nueva y de manantial primero— como las de copa, muralla, ciudad, ánfora, timón... Del universo, de lo natural, no nacen ánforas ni murallas... ni hermanos ni padre ni madre; nacen macho, hembra, prole... barro. Esto o todo ello pasa y desciende a material en bruto para *mundo.*

La copa se hará una vez de barro, otra de metal, otra de vidrio, otra de cristal de Bohemia...

«*...no te importe*» ni metal, ni cristal, ni vidrio, ni barro. Lo importante es beber todos en copa como *hermanos.* Vivir y sernos en *mundo.* A lo natural, hombre inclusive, lo parte un rayo; el hombre creador parte el rayo con un simple pararrayos. No tuvo que robar Prometeo a los dioses el fuego, para hacer don de él a los hombres —animales racionales naturales. El hombre lo inventó; sobran Prometeo, Júpiter y el olimpo entero de dioses; y conforme el hombre progrese a golpes de genio, de inventivas, van sobrando tantos y tantos dioses, creadores o redentores, porque en rigor, nunca hicieron falta. Era la *alfombra mágica,* el *Sésamo, ábrete...*: ensueños premonitores de las creaciones humanas.

La copa *mira,* sin ojos, a *nuestra boca* —no a la de cada hombre en cuanto animal sediento y que se nota sediento. La copa nos mira a *todos por igual;* y al mirarnos así, nos hace iguales con esa igualdad nueva que es la de ser *hermanos.* La usamos uno por uno —a

causa de la base, no reformada aún, de la individualidad biológica natural; aún tiende cada uno, por la voracidad natural de animal, a que le sirva sólo para él. Pero la copa no *es* su boca; no *es* miembro biológico suyo. Su copa y su boca no son del mismo orden que su nariz y su boca. Aun dado el que haya hecho él la copa, no conseguirá, por suerte, que se le convierta en un órgano más de su cuerpo, y tenga que cargar con ella como con sus dientes, hasta cuando no le sirven para nada.

«Pájaro seas, y en manos de chiquillos te veas», dice la conocida maldición gitana. «Copa tuya sea, y en tu boca se te convierta», fuera la maldición a echar a los que pretenden, ¡insensatos!, apropiarse los inventos del hombre, y no compartirlos entre todos. Porque eso es justamente ser *hermano*: compartir los *inventos*, serlos como *nuestros*.

Somos *hermanos* no por ser prole del mismo macho y de la misma hembra: cosas de universo; ni por ser hijos de un Padre celestial a quien le pasó el chasco de echarnos a *universo*, cuando, tal vez, pretendió traernos a *mundo*.

Somos hermanos por ser concreadores y usuarios de *mundo*, cuyos integrantes —los enseres— nos miran como a sus creadores.

> "*Los enseres que el hombre ve*
> *son enseres porque le miran.*"

> "*El mundo en que el hombres es*
> *es mundo porque nos mira.*"

No somos hermanos por sangre; somos hermanos por mundo.

La frase del Nuevo Testamento: «*nec ex sanguinibus nec ex voluntate carnis nec ex voluntate viri; sed ex Deo*



nati sunt. Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre, plenum gratiae et veritatis», ha de hacer lugar a la del Novísimo Orden: el hombre no procede de sangres, ni de rijosidades de carne, ni de querencias de macho, sino de sí en cuanto creador de *mundo*. Al *universo* lo hizo mundo el hombre y habita en él; el mundo lo mira cual a su gloria, y él ve al mundo cual su gloria, gloria propia del que se va creando a sí mismo por lo inagotable de su inventiva y éxitos.

Caín y Abel fueron hermanos carnales, prole de natural carne, rijosa y querencialmente nuevecita. Abel fue pastor de ovejas; Caín, labrador; Abel, animal racional de universo; Caín, animal creador de mundo, a quien no importó el no haber creado la tierra; la tomó cual material en barbecho, e hizo de ella, con elementales aperos, campo para los hombres, levantados a hermanos. Caín es el inicial creador de mundo. Caín no fue *hermano* de Abel.

Dios sabía, por instinto defensivo, lo que hacía al regodearse olfativamente en el humo grasoso de los animales naturales quemados por un fuego no inventado por Abel; y sabía lo que hacía al no querer aspirar y deleitarse morosamente en el de los sacrificios de un labrador.

Los griegos fueron más brutalmente sinceros; sabían expresarse mejor que los hebreos, al hablar de la «envidia de los dioses». El Dios del Antiquísimo Testamento no pudo aguantar al honbre en sus primeros pasos de creador. Caín, labrador, le sorbía los sesos a Dios creador. De Caín procederán todos los artífices, cuenta la Biblia —con mal disimulados envidia y resentimiento, eco, fiel y revelador, de los sentimientos de su Dios. Caín no mató a Dios; mató a Abel; realmente, a ninguno de los dos; mas sí en realidad de verdad, en lo

que real y verdaderamente eran Dios y Abel: seres naturales de universo. Y se murieron ellos solos, de por sí, a manos —inocentes de sangre animal— del hombre en cuanto inventor, creador de mundo. Desde Caín y por virtud de sus manos de labrador, y por las de sus descendientes artífices y artesanos, cobra sentido lo de *hermanos;* antes, éramos camada y manada de antropoides, en promiscuidad de universo.

El agua del río que con ánfora damos al hermano es don ambiguo; el ánfora es creación nuestra *para dar* de beber al hermano; mas el agua del ánfora no lo es. No fue hecha *para* beber; da la casualidad de que sirve para ello. La fruta que en plato ofrecemos al hermano es otro híbrido de universo y mundo, por muchos cuidados que el labrador haya puesto en ella. Empero ánfora y plato que a disposición de todos ponemos nos unen, sin hibridismo ni ambigüedades, en un *mundo,* común y propio del hombre: *el mismo de todos y para todos.*

Nuestra hermandad, real de verdad, crece con las fases de la transustanciación de universo en mundo, de la de hombre natural en hombre trabajador. La auténtica hermandad surge en forma de sociedad de trabajadores. Y nos la ganamos paso a paso, invento a invento, a pulso de ocurrencias, ingeniosidades y golpes de genio.

Hay una falsa aristocracia ontológica —no ridícula, por no ridiculizada aún, cual lo está la aristocracia de sangre: la procedente de rijosidades y querencias, linealmente cultivadas, de ciertos machos y hembras. Es la aristocracia del que lo tiene todo por su tipo de existencia, por razones de ontología; y no ha de trabajar para, con su trabajo, merecer el ser.

Dios es el peor ejemplo del tipo de ser aristocrático. Lo es Todo desde siempre y para siempre, necesariamente, sin más causa que su ser, con que se halló siendo; no se lo ganó. Pese al tufillo aristocrático de tantas fases y

conceptos de Hegel, el Espíritu absoluto tiene que ganarse su ser con «el trabajo y seriedad» del concepto, con la Historia, pues, para llegar a serse en firme y en realidad de verdad, hácese cuerpo, viviente, hombre, sociedad; lo racional se hace-*ser* real, y no sólo se encarna; *es* carne. Y no tan sólo se une en unidad de persona con un hombre, imponiendo con pulcritud y remilgos una insalvable distinción de naturalezas —como si la naturaleza del hombre no fuera lo más importante de él... El Espíritu absoluto, sin remilgos, hácese por identidad cuerpo, carne, hombre, sociedad...; hácese historia, para así, *siendo* todo, saber de todo, por experiencia de ser, y no por contárselo una naturaleza a otra, cual cuentos de hadas que se contaran naturaleza divina a humana, y ésta a aquélla.

El Espíritu absoluto no padece de remilgos ontológicos, cual el Dios de los teólogos cristianos. Es Dios trabajador; es *nuestro Dios.* Y lo de *es* y lo de *nuestro* van en serio: *en ser.* Y no es que el Espíritu se haga cuerpo, viviente, hombre, sociedad... cual si todo eso preexistiera y, por un acto de valiente decisión ontológica, se sumergiera en todo, se expusiera a todo. Cuerpo, espacio, tiempo, vida, alma, imaginación, pensamiento... moral, Estado, religión son *creaciones suyas,* inventos de *serse, aventuras de su ser mismo;* y salir con suerte de la aventura ontológica de hacerse-*ser* cuerpo para así entrar en la aventura de hacerse-*ser* hombre... es haber corrido con suerte una aventura, que, para no ser trampa o palabrería, pudo resultar en una entificación o corporalización definitivas e irremediables. Lo demás: lo asegurado, ya de antemano, por necesidad, por esencia, por inmutabilidad, eternidad... es ser lo que se es sin *mérito alguno;* no haberse ganado el ser; hallarse siéndose todo, cual aristócrata, por nacimiento, por genealogía: *por ontología.* La teología cristiana se quedó a mitad de

camino. Dios *se hizo* hombre: híbrido, cual centauro, de dos naturalezas y una persona; no se hizo *ser hombre.* Lo importante se reconcentraba, precisamente, en dos puntos: primero, Dios se hizo *ser hombre;* y segundo, Dios se hizo *ser carpintero.* Por treinta años Dios se hizo *ser hombre trabajador.* Creer en eso, contra toda ontología; montar sobre eso una Iglesia, contra todo imperialismo y aristocratismo romanos; elaborar una teología de Dios que *es hombre trabajador...* tales son las faenas de ontología, teología, antropología y sociología, expuestas, ofrecidas, planteadas por Dios mismo a sus creyentes; incomprendidas, huidas y rechazadas abiertamente por su Iglesia, al cabo ya de 1966 años de que fue *ser* entre nosotros, y cual uno de nosotros, Dios carpintero, Dios trabajador.

Jesús de Nazareth, hijo de carpintero, de lavandera y cocinera, hizo durante treinta años mesas, vigas, bancos, lechos, azadas —para sus hermanos: los carnales y los hermanos en trabajo.

De todas esas aristocráticas teorías teológicas: dos naturalezas, una persona; dos voluntades, o una; procesiones divinas; comunicación de idiomas... no le importó nada a Jesús. Leyendo los Evangelios y desembarazándolos de la hojarasca helenística de conceptos, teorías, valoraciones y falso aristocratismo genealógico y filosófico, se percibe aún al Dios que *es* hombre carpintero, hijo del pueblo trabajador, despreciador de aristocracias y genealogías, que, si no reconoce, cual importante, la vinculación genética con su madre natural y hermanos naturales, no iba a reconocer esotra ficticia de venir de reyezuelos cual Salomón y David.

De todo ese aristocratismo de teologías y Credos hubiera dicho Jesús, dirigiéndose al pueblo trabajador, lo de A. Machado:

«No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.»

Y de haber preguntado a Jesús acerca de si el *Credo* debiera comenzar por las palabras: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador de los cielos y de la tierra...» hubiera respondido: ¿Cómo? ¿Que Dios todopoderoso ha creado ya todo: los cielos y la tierra? Así que

«¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro.»

«¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.»

No nos importe el *Credo*, y demos por un maravedí las teologías. Lo importante es el *trabajo;* él nos hace *hermanos.*

CAPÍTULO TERCERO

HOMBRE Y CONCIENCIA

«Hay dos modos de conciencia:
una es luz, y otra, paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;
otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.
Dime tú: ¿Cuál es mejor?
¿Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario
peces vivos,
fugitivos,
que no se pueden pescar,
o esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar?»

I

Conciencia contemplativa

«El hambre hace echar a los ingenios por caminos que no están en el mapa», decía Cervantes —por experiencia propia. El hambre y el ingenio produjeron *El*

Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha quien, en verdad, echó por caminos que no están señalados en el mapa del hombre normal, y apenas estaban vagamente amojonados en el literario. La conciencia no surge como contemplativa cuando aprieta el hambre. Si hay hambre e ingenio, el ingenio inventará caña o red; y, pescará, si los hubiere, *«peces vivos, fugitivos»*. Mas, si no los hubiera, con hambre, ingenio, caña, red y paciencia se morirá el hombre de hambre. Antes de morirse, su conciencia de visionario le hará ver visiones —alucinaciones las llaman— de

«peces vivos,
fugitivos»
"*que se han pescado ya*".

«Érase que se era.» Hubo un tiempo y unos hombres a quienes les entró hambre de ver —apetito visual. Platón creyó que eso de «hambriento de ver» lo padecían unos pocos elegidos y selectos: los filósofos —los amigos de contemplar o *philotheamones;* pocos y dichosos, pues de ellos es ya el reino de las ideas: visibilidades.

Aristóteles —no sabemos si más comprensivo u optimista— añadirá que «todos los hombres tienen apetito natural de ver». Ver no es ver que se ve; es notar que se ve; verse de paso, de reojo y de refilón, al ver otra cosa:

«Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario
peces vivos,
fugitivos»
"*que no se quieren pescar*"; y por no quererlo, sino dejarlos ser a sus anchas, a su realidad, la vista, consciente de su instalación y querencia de simple ver, o no inventa enseres de pescar —red, anzuelo, caña...—, o

dado que se hayan inventado, ignóralos, si es que no los desprecia.

El visionario no es consciente de serlo; es, literalmente, subconsciente de serlo; por eso mira, mas no ve. La mirada es ver fijo, fijado y alienado o extático —embobado y encandilado. Y lo que ve —al poner al ver en trance de mirar— son

«peces vivos,
fugitivos»
"que no se pueden pescar"; y que no se pueden mirar, si es que, a ellos no les da la gana, la querencia, de entrar en el campo de la mirada. Que haya qué mirar —que «haya» peces— es, para la conciencia contemplativa, pura casualidad; que, habiendo qué mirar, lo mirable sea tal o cual, es otra casualidad o golpe de suerte —la de que haya *«peces»*—; y que, dada tal o cual cosa, se ofrezca a las miradas como así o asá —cual vivo, fugitivo— es otra casualidad —sospechosa insistencia en la suerte.

La conciencia de visionario es conciencia de jugador a juegos de puro azar.

A los

«peces vivos,
fugitivos» "no se los puede pescar", porque pescarlos sería trampa en el juego del mirar. Mirar es estar la vista a ver «lo que sea», a la buena de Dios —de los peces. Mirar es instalarse la vista en los dominios del *porque sí* o *porque no.*

Cuando da la casualidad de terminarse el mirar, hállase el hombre con que no ha visto; y, claro está, se halla sin *«los peces»*. Que los extasiados están embobados y que, al revertir, por gracia de su humanidad, a los dominios del ver, no sepan decir más que ¡ah!, ¡maravi-

lla!, ¡nadie lo dijera!, ¡el ojo no vio!, ¡desierto!, ¡soledad!, ¡algo!, ¡algo!, ¡Aquel!; y, al intentar decir un poco más, hablen en lenguaje de los que ven, es cosa que advierten, sin más —entre compasivos y urbanos— los que se instalan en ver, pensar, oír, querer.

"El ojo que ve
es ojo porque no mira,
y es entonces cuando ve."

Extasiarnos, enajenarnos en otro es la manera sutil y potente de no ver, ni pensar ni querer. Es una manera decorosa, y aun distinguida, de embobarse. ¡Míreme! ¡Míreme fijo!; así es como nos hipnotizan —y nos emboban. La vista, de ojos o de mente, es propensa a mirar, y a embobarse.

II

Conciencia activa

Con caña y red no cabe más que

«esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar».

Conciencia de actividad asesina, de conocimiento asesino de su objeto. Caña y red entran en la categoría de aparatos captores, mas no en la de productores. Entre pescador y carpintero se abre un abismo; el mismo que entre conciencia activa y productora, por la simple razón

de que estas clases de conciencia provienen de aquellas clases de trabajo; *son* la conciencia *de* tales trabajos. Caña y red son inventos que no inventan o producen su objeto. Inventan la manera de sacarlo de su propio ambiente o elemento —los peces del mar.

Invento es la abstracción; y por ella —red sutil— dejo pasar los individuos y me queda la especie —concepto de hombre, de circunferencia...— colados, cual insignificantes, Platón, Aristóteles... Homero, Hesíodo... Jesús, Lutero... Kant, Hegel, Marx... Galileo, Newton, Einstein... yo que escribo, tú que me lees... Y la red se vuelve más ancha de mallas, más abstracta o abstrayente; y el concepto de viviente dejará pasar igual plantas que animales, que este rosal, que este caballo; y por fin el concepto de ser resultará la coladera máxima; por sus intersticios se cuela por igual todo ente: Dios, hombre, figura, número...; y retiene ese mínimo de «algo que es», «algo que existe», «esencia existente» o «existencia esencializada», y siempre con la adición o coletilla: sea de la manera que fuere.

En la playa inmensa, desolada, uniformada de *ser* están muertos, por indiferencia —extensión uniforme— Dios, hombre, número, figura, en cuanto tales, como dentro de la playa conceptual «mediterránea» que es el concepto de hombre están muertos —por indiferencia y universalidad del concepto— lo mismo Platón que yo, Sócrates que Unamuno, Heráclito que Antonio Machado...

Red es el concepto; artefacto mental; invento, sin duda, tan primitivamente aparecido cual red material; tan poquito a poquito afinado, cual las redes materiales también; y, cual ellas, tiene que aguardar, pacientemente, a que se presenten nuevos seres concretos, para entonces ver que se le cuelan sus peculiaridades, que el nuevo pez pasó la red, salta por unos momentos y resulta

presto y sin remedio muerto en la arena fría, limpia, uniforme, indiferente del concepto. Los abstractos matan a sus concretos, de muerte entre violenta y natural.

Tal es la «*maldita faena*
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar».

Tal es la faena del concepto abstracto y abstractor.

El Sofista, entre mil cosas —«y ninguna era buena»— fue esa de «pescador de caña» —así nos lo describe Platón, puesto ante tal especie, en su aparición inicial. El pescador de caña saca ya al pez medio muerto, uno a uno, pez por pez. La red los saca vivos, de muchos en muchos. A la hora de la verdad —y presto les llega— muérense todos los peces uno por uno. Las cosas mueren todas por igual sin pena ni gloria, en la arena del concepto, a manos de la red de la abstracción —que es el aparato más breve para pescar muchos a la vez, y hacer que se mueran, ellos, también a la vez.

No *se conoce* —como decimos *se dice* o *llueve.* Conocer es conocer yo, tú, o él; o nosotros. Conocer se hace con conciencia; no así el caer o el digerir.

Mas el conocer resulta potencialmente consciente cuando se sirve de aparatos, de inventos. Se crece, se digiere, se ve por ojos, se oye por orejas —todo ello por órganos naturales en que uno se halla siendo y obrando—; operan automáticamente —otra manera de decir que no obran conscientemente, que conciencia no es conciencia de digerir, de ver por *ojos,* de oír por *oídos.* Yo no digiero; *se digiere* para mí; yo no veo, los ojos ven para mí. A mí me dan el resultado, la cuenta total hecha; y por tan bien hecha la doy que, de ordinario, ni paso yo la vista por la cuenta total. El *visto bueno,* firma y sello del yo, está dado de antemano.

No así cuando conocer tiene que servirse de aparatos.

No nace uno sabiendo escribir a máquina, manejar auto, mirar por telescopio... Yo, uno por uno, con conciencia atenta, redoblada, tengo que aprenderlo —si es que puedo. Abstracción es un invento: aparato mental de tipo red, con playa propia, inventada también: la universalidad. Si está mal dicho —pues no es real de verdad eso de *«yo digiero», «yo* veo por *ojos»...*—, está ya bien dicho eso de *«yo pienso»*; mas es verdad perfecta «yo conceptúo», «yo pienso con conceptos». Lo que va de andar a pie a marchar en auto eso va de «yo pienso» a «yo conceptúo» —diferencia de pie a auto.

La conciencia es doblemente activa, en este caso; es *inventora* del aparato —y eso no se hace dormido, sonámbulo o naturalmente—; es *utilizadora* del invento —y esto otro llega a hacerse semiautomáticamente, *semiinconscientemente, mas siempre activamente.*

Mas siempre también tal conciencia activa, servida de redes de conceptos, de reglas de abstracción, es un hacer *«penitencia»,*

«...esperar
el pez, como pescador».

Y desde este punto de enfoque es conciencia *pasiva,* paciente; tiene que aguardar a que se le dé el objeto, con la esperanza secreta —silenciosa e invisible cual la red— de que haya

«peces vivos»,
"que dejen de ser fugitivos,
y por ello se dejen pescar".

Tal mezcla explosiva de actividad y pasividad, de naturaleza e inventos es causa de esa intranquilidad constitutiva del pensamiento —la *Unruhe,* de Hegel; la

uneasiness de Locke—; o, como dice nuestro Machado, tener conciencia de estar siéndose y haciendo

> *«...esa maldita faena*
> *de ir arrojando a la arena,*
> *muertos, los peces del mar».*

El pensamiento conceptual, consciente de suyo, es mezcla explosiva cuando se cae en cuenta de que se le mueren los peces, que dejan de ser fugitivos; lo cual es dejar de ser pez el pez —hombre el hombre, Dios el Dios, fuego el fuego... Ya nada hace lo que es.

Nada saco de rectificar eso de que «Platón es hombre», o de que «Dios es ser», con frases como «Platón es hombre, mas de una manera original, distinguida, peculiar suya, bien diferente de como es hombre el esclavo que hacía de portero», pues, en la primera proposición, Platón en cuanto Platón no es sujeto propio del universal «hombre»; y en la segunda, «hombre» no es predicado propio del singular «Platón»; y en esotro de «Dios es ser», o el sujeto no está a la altura de la abstracción y universalidad del predicado, o el predicado no está a nivel de la unicidad y originalidad de Dios.

Tales proposiciones son, cada una, la verdad a medias.

> *«¿Dijiste media verdad?*
> *Dirán que mientes dos veces*
> *si dices la otra mitad.»*

Al decir, y pensar —y pensar conscientemente— que «Dios es ser» digo, y pienso, siempre *«media verdad»*. No es preciso que me digan que miento, cuando añado «Dios es de originalísima y única manera ser»; sé, con mala conciencia ontológica, que miento, pues robo a *ser* su

concepto propio, su universalidad, su carácter de predicado; y, en castigo, esa proposición se me queda sin sentido: sin predicado. Mas si digo —pienso y sé que pienso— «Dios es ser», y tomo en serio eso de *ser*, Dios deja de poder ser Dios. Robo a la proposición su sujeto. He mentido dos veces, por decir en cada una una mitad y querer enmendarlo.

La chirimoya es real —la sabrosa, originalísima fruta que es— por su última diferencia —no, por ser *fruta*. Dios es Dios, Platón es Platón... por sus diferencias *ultimísimas* —superlativo desesperado de Escoto, dicho el cual se echó valiente y consecuentemente en el nominalismo y la fe. Que «Dios es *este* dios» es cuestión de fe; que «la chirimoya es *esta* fruta» es cuestión de «comida»; Dios, fruta, hombre... no son ni siquiera abstractos; son puros nombres revertidos a la función semántica, indicativa, gesto del dedo mental; no valen para declarar nada. «*¡Maldita faena!*»

Toda nuestra ontología, teología, lógica... son no las niñas de la «media almendra», sino las niñas de la verdad a medias. No tienen remedio o escape:

«¿Dijiste media verdad?
Dirán que mientes dos veces
si dices la otra mitad.»

III

Conciencia práctica

No me ve la gravitación. Por eso, al menor descuido de mi parte, me arreará ese palo de ciego que llamamos caída. Mas *me mira* ella, sin evasión, en el plano

inclinado o en el péndulo de Galileo, o en la máquina de Atwood o en la balanza con esferas de Cavendish o de Boys. No me ven la madera en el árbol o la piel en el animal; mas me miran —fijas y extáticas— en la mesa o en el calzado.

Le inquietaba a la conciencia activa eso de que se le morían los peces al sacarlos a la playa del concepto, pues lo que le interesa a la conciencia es el pez vivo y no el muerto —que es un ex pez: «el Pez».

Casa, calzado, mesa, silla, timón, barca, lápiz, papel, teléfono, televisor, avión, auto, calles, plazas... son *productos:* enmaterialización de ocurrencias, inventivas o ingeniosidades del hombre. Tales objetos, lejos de morírsenos al sacarlos a la arena del mundo, son entonces lo que son y hacen lo que son. No preexistían hechos, allá en el mar, y los sacábamos a una no menos preexistente playa. Los sacamos de nada que eran a mundo y, cual pez en agua, hállense siendo y obrando calzado en pie, vestido en cuerpo, televisor en ojos. La materia natural —la materia naturalmente informada por sus formas— es la que se muere, al sacarla de universo a mundo.

«Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro.»

No ha de importarle tal cosa a la conciencia práctica, por dos razones, que son motivos o motores: *primero,* qué haga en cada momento de materia es un simple y bruto hecho. El acero viene al ser, cual material inventado, a costa del natural hierro —precisamente porque al hombre le importó muy poco el no poder hacer hierro. Y el papel sobre que escribo ha venido al ser, a costa del ser de ciertas fibras vegetales —justamente porque al hombre le importó un bledo el no poder hacer árboles. Jamás

en la historia de la humanidad se ha despojado a tantas materias de *sus* formas; y a éstas, de *sus* materias. El ser es de *plástico; es lo plástico,* por excelencia. Y cada ente tiene tanto de *ser* cuanto guardare, bajo cada forma, de plastificable. Ser es, decía Hegel, lo inmediato indeterminado, lo dado sin más —de buenas a primeras, de por sí y sin intermediarios— como no determinado, mas, por eso mismo, determinable a todo —a todos los tipos de entes. La técnica moderna es, justa y precisamente, un experimento en ontología: la mostración de lo que de *ser* tienen los *entes* más determinados, cristalizados o endiamantizados. Y en plan de técnica ontológica entra lo que Hegel intuía cual posible y progresivamente realizado por técnica simplemente conceptual: espacio (ente), cuya verdad (ser) es el tiempo; tiempo (ente), cuya verdad (ser) es la vida...; derecho (ente) cuya verdad (ser) es moral...; historia (ente) cuya definitiva verdad (ser) es Espíritu; y, llegados a tal cumbre, otra vez a repetir el proceso: de ente a ser, de cosa en estado de ente —determinada, intermediada— a cosa en estado de ser —de inmediatez indeterminada, de lo determin*able.*

«De la mar al percepto,
del percepto al concepto,
del concepto a la idea
—¡oh, la linda tarea!—,
de la idea a la mar.
¡Y otra vez a empezar!»

No se ha dado jamás caracterización mejor de Hegel, y del proceso dialéctico idealista.

Tal proceso entra en el tipo de conciencia activa, mas no en el de práctica.

Por eso, *segundo:* sea lo que fuere —y «lo que fuese sonará» en el capítulo siguiente— de este círculo infernal

o esfera celestial, la conciencia práctica es el *plan* mismo de romperlo.

Mientras al mar se lo deje en mar, poco ganaremos de que calor y presión saquen de él perceptos, conceptos, e ideas —nubes y nieve—; al final, las nieves —ex agua de la mar—, volverán al mar, después de cumplir lindas tareas —desde agrícolas a estéticas.

«¡Y otra vez a empezar!»

Conciencia activa es conserme en mundo de aparatos, que me miran, mas impotente de hacer que lo real me mire. La red me mira; y de su mirada y mi ver surge el sentirme ser pescador; pero el pescado —percepto o concepto— captado o sacado del mar, no me mira —por supuesto no me ve; y, así no nos vemos—, y por no mirarme se me muere: *«¡Maldita faena!»*. Red es el telescopio; me mira a los ojos y por él veo las estrellas; mas ellas no me miran. "Su silencio me aterra"; no porque callen y no hablen a mis ojos, pudiéndolo hacer, sino porque no les importa el ser o no vistas, mirar o no mirar, ser admiradas o temidas por el hombre. Y eso de: «no les importa», son «indiferentes a», «neutrales a», no acaba de declarar su pluscuamolímpico no darse por enteradas de nosotros, ni aun de los aparatos inventados para verlas, mirarlas y admirarlas.

Mientras del mar no pueda hacer *mi* mar, sus peces nunca serán *míos;* se me morirán, ellos, y terminará mi conciencia —tras tanto trabajo y larga paciencia— por extinguirse también en esa conciencia aburrida y somnolienta de pescador, despertada a golpes, discontinuos, de sucesos gratuitos y fortuitos, bandazos incomprensibles de ser a no ser —de caer a no caer pez en red; de caer tal a caer cual, sardina o salmón; de entrar un buen ejemplar o una birria.

De alguien que ve —de algo que me mira y de cosas que ni me ven ni me miran, a pesar de estar viéndolas y mirándolas— surge un compuesto inestable, chispeante: la conciencia activo-pasiva. No cuaja o fragua en firme, por causa de la cosa que llamamos, presuntuosamente, conocida, íntimamente persuadidos, no obstante, de que, para ella, eso de «conocida» es «pura denominación extrínseca» —dicho con una de las pocas frases medievales, sinceras y justas en teoría del conocimiento: de *su* tipo de conocimiento.

Percepto o cosa percibida, en cuanto percibida; *concepto*, o cosa concebida en cuanto concebida; *idea*, o cosa idealizada, en cuanto idealizada... son otras tantas denominaciones extrínsecas, crecientes en extrinsecismo. La cosa se queda tal cual; ahí no ha pasado nada. Y elevando necesidad, o fracaso, a virtud decimos que eso precisamente demuestra la «objetividad» del conocimiento. Demuestra, a la una, la objetividad de lo conocido y la impotencia del conocimiento. Lo de *mío* —*yo* conozco esta cosa y esta cosa es conocida por *mí*— es puras ganas.

Percepto, concepto, idea revierten a la cosa, al mar, del que en verdad nunca salieron; la conciencia activa revierte, con sus aparejos a cuestas, a la conciencia contemplativa. Para tal viaje no hacían falta alforjas. Y lo que Machado —ante la estatua que Barral le cincelaba— decía de sus ojos naturales:

«que los quisiera tener
como están en tu escultura:
cavados en piedra dura,
en piedra, para no ver», pudiera decirlo de los ojos dados a pensar: percibir, conceptuar, idear. De nada sirve el ver, el ver por medio de algo que me mira para que, mediante él, vea —sea telescopio o concepto o

idea— si lo visto, percibido, pensado es «piedra dura» —indiferente tarugo de ser, zoquete de cosa.

De cuero, clavos...; de lezna, martillo... surge esa humilde, pedestre ya, novedad real que son los zapatos; y por su ser mismo cuero y hierro... me miran; y, por cuero y hierro trabajados, me miran lezna y martillo...; y eso de que zapato *es* calzado no es pura denominación extrínseca, sino intrínseca: es su *ser* mismo, impreso, cual forma y fin en la cosa misma. El zapato es realmente tal, al y por llevarlo; y es real y verdaderamente *mío* —de mí en cuanto hombre, bípedo que se sabe serlo y hace valer el serlo, contra pieles y hierro naturales.

Cuando llegue el hombre a la luna, provisto de aparatos para *percibir* —arrancar, captar, empaquetar y traer algo de ella—, la visión de la luna por ojos y anteojos cambiará de especie; y resultará realmente —y no sólo palabrera o desiderativamente— *percepción;* y ella: la luna, un *percepto;* mía, del hombre *creador* —no ya besugo encandilado. Y de tales perceptos surgirán *con-ceptos*, reales de verdad, posesión real de la conciencia: perceptos y conceptos de luna, y hablaré de ellos por algo más que ladridos de perro o palabras que no van más allá de esa delgada capa de aire que decimos tiene nuestra tierra y que, decimos por ahora, no tiene la luna.

De cuatro átomos de hidrógeno surge uno de helio; de la unidad positiva de cada átomo suelto de hidrógeno sobra, para unirse, un pellizquito de masa de individualidad; es lo que traduce, en términos reales, la diferencia entre la *suma* de cuatro átomos de H, y el *todo* que es *un* átomo de He.

El principio vagamente verdadero que «de cosas en acto no surge una en acto» y el «de una suma no surge, sin más modificación, un Todo» resultan ahora definida-

mente verdaderos: de la formación del *Todo* He, a costa de la suma de 4 H, da testimonio *físico* la emisión de energía de millones de calorías por mole.

De cuero, clavos..., lezna y martillo... zapatos y hombre hácese un *Todo* —no una suma—; por parte del hombre, conciencia productora; por parte de la cosa, cosa producida. *Su Todo es sociedad.*

La diferencia entre *suma* de pieles, hierro... animal bípedo y ese *Todo:* zapatos-hombre, no consiste en emisión o absorción de energía —comunicación que de su nuevo estado hace un Todo al Universo—; consiste en que los zapatos que miran a los pies del hombre que los inventó —a costa del estado natural de su forma y materia— y hombre que *los ve* como suyos, pues los ha hecho, y, por tanto, como suyos se los calza, son reales ellos y real él; y no, real él, y zapatos mágicos ellos.

Electrón en un cuerpo viviente es, realmente, electrón *viviente;* y, si el cuerpo lo es de un inteligente, el electrón es *inteligente.* Así Eddington y Whitehead valientemente realistas y consecuentes. La diferencia entre electrón (en estado de) viviente o inteligente y electrón (en estado de) partícula inanimada tiene que ser real, y realmente comprobable por medios o instrumentos, inventados para ello —aunque, por ahora, no lo sepamos autor y lector. Sólo así adquiere para el alma sentido real eso de *mi* cuerpo; y, para el cuerpo, lo de *mi* alma. Lo demás es hacer tanto de cuerpo, como de alma o espíritu, realidades mutuamente ultraídas, pluscuamperfectamente indiferentes.

Pues bien: a la conciencia práctica, la de manos inteligentemente creadoras, no se le mueren los peces —las cosas del universo. No las aniquila; las anonada —que es la muerte ontológica más grave. Le demuestra, prácticamente, al hierro que su forma natural no es suya, y que, al dejar de tenerla, nada le pasa a su ser. *La*

técnica anonada las formas naturales. Y semejante anonadamiento de las formas no se queda en nihilismo; la realidad asciende a humanizada, y no para el hombre natural, sino para un estado sobrenatural, inventado, del hombre, cual lo es, por humilde que parezca ya, ir calzado o vestido, vivir en casa o comer en plato con cuchara, tenedor y cuchillo.

El cantar XXXV, sobre los dos modos de conciencia, nos colocaba ante la disyuntiva, desagradable en sus dos partes: o conciencia de visionario o conciencia de asesino. Los cantares XXXVII y XXXVIII nos dan la verdadera solución:

«¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.»

«¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro.»

PARTE SEGUNDA

TEORÍA DEL PENSAR

Capítulo Primero

PENSAR Y CONOCER

«Decía mi maestro: Pensar es deambular de calle en calleja, de calleja en callejón, hasta dar en un callejón sin salida. Llegados a este callejón pensamos que la gracia estaría *en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo.»*

I

Pensar y ser

Conocer no es lo mismo que pensar. Calle no es lo mismo que camino. Ni ciudad es lo mismo que campo. Conocer está en el mismo tono que camino y campo; pensar, en el de calle, callejón sin salida y ciudad.

La gracia de la teoría del conocimiento *estaría* en poder cumplir aquel, nunca cumplido, mandato de Jesús: hacer el bien de manera que, si lo hace uno con la derecha, no se entere su izquierda; y, si lo hace con la izquierda, no se entere su derecha. Es la única manera de evitar la soberbia proveniente de ser bueno sabiéndo-

selo ser, y la de eludir el exhibicionismo del bien que se hace —que se enteren o las derechas o las izquierdas.

Teoría del conocimiento sólo puede hacerse si se conoce de tal manera que lo conocido no se dé por enterado de que lo conocemos, y, a la vez, el conocedor no se dé por enterado de que es conocedor.

Claro está que teoría del conocimiento tiene que hacérsela conociendo —y no, pateando las cosas o echándose a dormir. Se sabe qué es ver, al *ver* y *por ver;* y qué es oír, al *oír* y *por oír...* Se puede saber qué significa «400 billones de vibraciones por segundo de un campo electromagnético»; mas saber que eso es el color rojo, tal como lo vemos —el rojo *visto*— es otro cantar. Eso de los 400 billones... no lo ve la vista; ni lo puede ver, no por imposible de ver, sino por impotencia de ella —que es la verdaderamente real imposibilidad.

«Una hora bien contada no se acabaría nunca de contar» —decía Mairena a sus discípulos, con su tantico de sofistiquería. "*Un color bien contado no se acabaría nunca de ver.*"

No habrá lector tan ignorante o ingenuo que piense, al oír esos números tan grandes y precisos de los físicos modernos, que alguno de ellos haya contado jamás tal número unidad a unidad, período a período; y, al final, hecha ya la suma total por la vista en cuanto contadora, se le aparezca a ella en cuanto vidente —¡quién se lo dijera!— eso que todos, sin contar, vemos de un golpe y llamamos rojo o violeta. El contaje es cálculo indirecto, y los datos para tal cálculo los dan instrumentos —no los sentidos naturales.

Por tal separación entre suma y todo, por *ver* el *Todo,* todo de *un* golpe, y no poder ver los sumandos —a pesar de serlos de tal suma y de tal Todo— adquiere sentido la *teoría física* del color. Si *viésemos* sumando por sumando y *viésemos* la suma total y el Todo de ellos sobraría la

teoría. De la luz *Todo* diríamos lo que dijo Aristóteles, después de ver, mirar, remirarla y admirarla: luz es el estado de transparencia de lo transparente; o acto de lo transparente en cuanto transparente. Que a través del aire veamos el bosque es la mostración propia de que el aire ejerce *en acto* su función de transparente —de hacer aparecer algo a *través de él—;* y tal acto *es* la misma luz; luz es ni más ni menos que eso —jamás algo sustantivo, independiente de un *cuerpo* transparente. Cuando la luz tropieza con un cuerpo intransparente lo que aparece es *color* —el rojo de la rosa... A *través* del rojo de una rosa nada podemos ver, a pesar de los esfuerzos del aire transparente, es decir: a pesar de la luz. Color es, pues, ese límite (superficial) puesto a lo transparente por lo intransparente. Todo lo cual puede ser verdad, y lo es, porque dice en palabras —no tan transparentes como la luz— lo que vemos. Mas nunca llegará a *teoría* de la luz y del color, justamente por esa coincidencia entre ver y ser: color es lo visible y lo visible es color.

Parménides hizo imposible una *teoría* de luz y color, al sostener que «son una misma cosa pensar y ser»; o, en su forma aristotélica, «son una misma cosa ver y luz».

Sócrates no cometió parricidio. Parménides no fue asesinado por sus hijos: por Sócrates, ni por Platón, ni por Aristóteles. El parricidio lo cometió, realmente —supiéralo o no— Demócrito; y si queremos distribuir la culpabilidad de tan horrendo crimen, Descartes, Hooke, Newton...

En ningún orden vale: «*lo que* pensamos, vemos, oímos, queremos, de manera natural, inmediata, de buenas a primeras» y «*el pensar*, ver, oír... de todo ello *es lo mismo*».

Que «*color es* lo visible y que lo *visible es* color»..., que «*sonido es* lo audible y lo *audible es* sonido»..., que «*ser es* lo pensable y que lo *pensable es* ser», es falso.

«Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos»,

es desahogo sentimental contra la sentencia clásica: *«el ser y el pensar... no coinciden ni por casualidad».*

Lo que es o *qué es* el color es lo invisible para la vista; es justamente lo que ella no puede ver —no obstante de ser lo concerniente a ella. Pero *qué es* el color es lo cognoscible de él, por entendimiento. Y como al entendimiento no le ayudan en este punto los ojos naturales, inventó otros: especulativos, unos —cual geometría, álgebra...—; o prácticos, otros —cual interferómetros.

"*Confió*" el entendimiento de Descartes, Huygens, Fresnel... en que no es luz verdadera la que vemos, y que no es *realmente verdadero* nada de lo que, acerca de ella, pensamos. Tal confianza en el conocimiento —y desconfianza en el pensamiento— ha hecho posible, y real, la *teoría* de la luz, sacando a la mente de esa insignificante, patente e inocentona verdad:

«Color es lo visible y lo visible es color»,

callejón sin salida al que, tras unas vueltas y paseítos por calles y callejas de definiciones, divisiones, argumentaciones —todas en el fondo tautológicas, circulares, o convertibles— llegan, a la una, sentidos y pensamiento.

Cuando nos dicen solemne y definitoriamente:

«todo ser es bueno y todo lo bueno es ser»;
«todo ser es uno y todo lo uno es ser»;
«todo ser es verdadero y todo lo verdadero es ser»...

nos dicen —sin quererlo—: hemos llegado a un callejón sin salida. Señal: la convertibilidad, es decir: el que dan

la vuelta en la proposición sujeto y predicado; no queda a la mente más que dar también la vuelta y repetir esa deambulación por iguales callejas que llevan a las mismas calles, dentro de la misma ciudad.

O bien: «*Llegados a este callejón pensamos que la gracia* estaría *en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo*».

Pero no la busquemos aún. Convenzámonos de que hemos llegado a *El Callejón sin salida*. Y daremos toda la razón a la ciencia moderna de haber saltado las bardas del corral medieval y griego, sin esperar a que la filosofía autorizara el salto con su ejemplo.

Como resultado de una evolución de millones de siglos —sea dicho sin pedantería filogenética— mis ojos ven de un golpe el blanco cremoso de la pared frontera del papel sobre que escribo; o, para ser más impersonal,

«ese cielo azul, que todos vemos».

Color liso, uniforme, homogéneo, indiferenciado en matices, todas sus partes unánimes en un color: azul o blanco o rojo...; o si no queremos poner a servir de ejemplo a tan dilatada y venerable superficie cual la del cielo, basta una pieza de mosaico, o un trocito de papel. El color visible termina por hallarse dentro de un trozo finito en estado de uniforme, homogéneo, indiferenciado ya. La vista lo está viendo *en tal estado* desde hace millones de años. Y la mente, al dar a palabras lo visto, hablará de rojo, violeta, azul, blanco, negro..., cual de especies, *cada una* uniforme, homogénea, indiferenciada conceptual y *visualmente*. La vista llegó, hace tantos millones de años, a *su* callejón sin salida, con la forma de plaza lisa, uniforme, homogénea e indiferenciada de rojo o de violeta, o de azul. Y ahí dan vueltas, de ahí no salen ni la vista ni el pensar lo visto.

No hace falta olfato policíaco para sospechar que eso de ser algo, uno, verdadero, bueno... son el gran callejón sin salida del pensamiento, tal cual emerge de una evolución filogenética, allá por el siglo quinto antes de nuestra era. A tal callejón intelectual llegó la mente por primera vez hace tan sólo unos 2.400 años y todavía repetimos el encajonamiento. De conceptos ricos, cual los de hombre, viviente —calle mental— pasamos a conceptos calleja —cual cuerpos y sustancia— y de ahí nos encaminamos sin remedio, en virtud de progresiva abstracción, al callejón sin salida de ser, algo, bueno... donde ya todo nos da vueltas:

«todo ser es bueno, todo lo bueno es ser»...
«todo ser es algo, todo lo algo es ser».

Algo, ser, bueno, verdadero... son conceptos internamente homogeneísimos, uniformísimos, descalificados o desmatizados...; así lo son, en su orden, rojo visto, azul visto...

Algo es un positivo negador de esto, estotro, de todo lo concreto: *ser* es un positivo negador, por igual, de todo ente, para así ser *ser*, ni más ni menos; *algo* ni más ni menos... A tal callejón sin salida llegamos al cabo de bien pocos pasos: de *este* hombre a *ser* hay cinco o seis pasos —los contados en el famoso y poco frondoso árbol de Porfirio.

De noche, todos los gatos son pardos —dice el ya clásico refrán. El pensamiento es capaz de hacer noche de *entes* —no querer ver hombre en cuanto hombre, rosa en lo que tiene de rosa, dos en cuanto es justamente dos...—; lo que en tal noche de entes ve es «algo», «ser», «cosa»... Entes en gris. *Ser* es todos los entes en pardo. «*Maravilloso poder de inhibición del ser.*»

II

Conocer y método

Llegados ya, y pertinazmente regresados, a ese callejón sin salida que es el ser, «*pensamos que la gracia* estaría *en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo*».

La puerta al campo es la negación que la ciudad hace de sí, en cuanto cerrada o amurallada —cosa que lo era por definición y por plan de construcción. De la puerta en casa o ciudad, corral o castillo, vale lo que de las llaves decía Perménides: «es de uso ambiguo». Cierra, unas veces, la ciudad contra el campo; abre, otras, ciudad a campo. Y por tal uso ambiguo el hombre se encierra, a veces; y, a veces, se desencierra de encierro.

Campo es muchas cosas —lo cual es decir bien poco. Una de ellas consiste en ser lugar propio para caminar —algo bien diverso del deambular ciudadano. Campo no tiene ni calles, ni callejas ni callejones sin salida —todo ello planificado o resultante en ciudad. Campo y caminantes son metáfora sensible de conocido y conocedor, frente a pensamiento y pensar.

«Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.»

En vez de camino y caminante digamos método y conocedor.

Dos clases hay de camino, y dos de método.

Caminos hay que se hacen para dejarlos hechos, tan hechos que el caminante no se salga de ellos, y vaya desde su punto de partida, por su medio, hasta su punto terminal. Tales caminos le dan a uno escogidos, determinados y prefijados principio, medio y fin. Son carretera real. El caminante es accidental. De suyo están hechos para autopistas, para autos: para mecanismos motores, no primariamente para tales o cuales hombres. Pueden ser tales caminos prodigios de ingeniería. Mas siempre —tengan la forma que tuvieren— su función es encarrilar; caminar por ellos llega a ser, y tiene que ser rutina.

El método axiomático entra en esta clase de camino. Carretera y axiomática son isomorfos —tolérese la palabraza.

Toda demostración científica, todo experimento planeado con éxito, dejan un camino real, tendido desde principios a teoremas, desde aparatos a dato. Cualquiera puede repetir la demostración y el experimento; están ahí, cual la carretera que va de Caracas a Maracay.

Quien *inventó la demostración* —sus pasos y trucos— *conoció;* los que la usan, *piensan.* El conocimiento científico se sedimenta en pensamiento.

Retocando aquella frase ferozmente cruel de Machado:

«De diez cabezas, nueve
embisten y una piensa», pudiéramos decir:

"De diez cabezas, una
conoce y nueve piensan."

En definitiva el *pensamiento* científico y el filosófico terminan en callejón sin salida: en los principios o axiomas. Mas el *conocimiento* filosófico o científico siempre ha logrado hallar la puerta al campo, saltarse las bardas, es decir: saltarse los principios, abriendo en ellos no tanto una puerta cuanto una brecha.

Quien se sintió metido en ese callejón sin salida que es el llamado postulado de Euclides: «por un punto fuera de una recta, punto y recta en el mismo plano, sólo puede haber una paralela a la recta» —tanto más callejón cuanto más evidente parezca— pudo optar por deambular desde él a calles y calles de teoremas, dentro de la ciudad geométrica griega; sólo al cabo de unos veintidós siglos se atreverán Lobachevski, Gauss, Riemann a abrir una brecha en el muro —que brecha es poner, cual aserción inicial: punto y recta, en plano, no determinan, de por sí, esa única relación de paralelismo. Punto y recta en plano son *campo abierto* a relaciones, impuestas por un acto libre, parecido a esa imposición inventada y eficaz de molde sobre material moldeado. La negación: «punto y recta en plano no determinan una sola paralela por dicho punto a dicha recta» es la *brecha* o el *salto* de las bardas. La gracia de las geometrías no euclídeas *ha estado*, justamente, en haber hallado la puerta al campo. Los que la hallaron *conocieron;* los demás *pensamos*, es decir: demostramos, a base de principios dados, y aceptados cual insaltables.

Caminos hay que no se encarrilan —o reifican. Caminos de huellas; caminos que se hacen al caminar; estelas en mar. Caminos de un uso, cual los bienes fungibles o combustibles.

Métodos inasibles son, en general, los propiamente históricos. La historia deja huellas, estelas —no surcos cual el arado, ni microsurcos cual la música.

La historia es historia propiamente por los *hallazgos*

e *inventos* del hombre, en todos los órdenes: religioso, militar, técnico, moral, político, científico. Lo demás, cual lo natural, constituye el dominio de lo previsible y postvisible, cual se calculan, sin preferencias, eclipses pasados y futuros, mareas futuras y pasadas. Lo natural no tiene, en rigor, porvenir ni pretérito; ni hace acto de presencia. Sencillamente es presente, pasado o futuro. Sin novedad alguna.

Al futuro lo hiende el porvenir, lo nuevo, lo incalculable e imprevisible, lo sorprendente —cual la proa del navío la superficie del mar. Al pasado lo transforma la historia en *pretérito* —anticuado, antigualla, pieza de museo, obsoleto, anacrónico—; *pretérito* es la estela que la historia —lo nuevo, al surgir— deja en la superficie lisa del pasado.

Con solemne terminología podríase decir que la historia no posee racionalidad prospectiva; sino sólo retrospectiva. Los inventos —por ser novedad y en la medida en que lo sean— no son previsibles; mas, venidos al mundo, dan nuevo sentido a todo lo anterior y reorganizan el mundo de nueva manera, cual venido al mundo el invento de la máquina de vapor revolucionó con su presencia la industria, comercio y sociedades, e hizo pasar a museo —por obsoletos— los aparatos y métodos anteriores.

«Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.»

Con el andar de los *inventos* se hace el camino de la historia; y al volver la vista al pretérito se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar. Quien una vez en su vida vio funcionar la excavadora mecánica, no verá, al

volver su mirada al pasado, sino hombres-esclavos de pico y pala; y en pico y pala, aparatos sueltos que vagamente esperaban ser miembros de un Todo: de la excavadora.

Mas si por una contingencia extrahistórica —cual diluvio universal, no ya de agua sino de radiaciones atómicas— desaparecieran los inventos, y se revirtiera al estado natural, desaparecería la historia: la estela del hombre creador, caminante, en la mar del ser. Que

«caminante, son tus huellas
el camino, y nada más».

Los grandes métodos humanos son de este estilo:

«caminante, no hay camino,
se hace el camino al andar»,

«Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar».

El que se invente algo —en religión, política, ciencia, técnica...— es un azar —una dichosa ventura, o desventura: venturas, las dos, por igual. Quien inventa algo es el primer sorprendido; le cayó la buena suerte —claro está que habiendo de ordinario jugado muchas veces: haciendo méritos, que nunca llegan a ser «causa necesaria y suficiente».

A la historia el hombre la mantiene real *en vilo,* a *pulso de inventos. Conocer* —frente a pensar y contra simple pensar— es el azar de la inteligencia. Conocer es tener la buena suerte de inventar algo. El uranio, por lo que tiene de esencia o constitución química, se compone de 92 electrones y 238 nucleones; por lo que posee de «azar», emite partículas y radiaciones.

Inteligencia, en su estado normal y definible, es *pensar*.

Inteligencia, por su componente de inventiva o azar, es *conocer*.

En verdad, en verdad,

> *«¿Para qué llamar caminos*
> *a los surcos del azar?...*
> *Todo el que camina anda,*
> *como Jesús, sobre el mar.»*

Conocer es el milagro de andar, sin hundirse, sobre el mar del ser —lo inmediato, indeterminado y siempre idéntico.

Capítulo Segundo

OBJETIVIDAD

«Se olvida —decía mi maestro— que la objetividad, en cualquier sentido que se tome, es el milagro que obra el espíritu humano, y que, aunque de ella gocemos todos, el tomarla en vilo para dejarla en un lienzo o en una piedra es siempre hazaña de gigantes.»

I

Mar, percepto, concepto, idea, *Mar*

La tarea del pensar:

«De la mar al percepto,
del percepto al concepto,
del concepto a la idea
—¡oh, la linda tarea!—,
de la idea a la mar.
¡Y otra vez a empezar!»

La puerta es un *invento,* y su uso ambiguo —cual las llaves; nos lo dijo Parménides. La puerta es una *negación inventada* de esotro invento que es la muralla o la pared.

Las cuatro paredes de la casa, o la muralla de la ciudad, son el invento primero; puerta, ventana, llaves... son original y positiva negación del primer invento; así que invento también, sólo que secundario. Inventadas murallas y pared se descubre que *«la gracia* estaría *en» librarse de ellas* sin derruirlas, y entonces *se inventan* puertas, ventanas, cerrojos, y llaves, troneras y puentes levadizos... Los dos tipos de inventos —cada uno, negación positiva y nueva del otro— forman un par dialéctico.

Cada uno también da su *percepto.* Murallas producen para la vista natural ese espectáculo o aspecto nuevo no natural que es campo *abierto:* lugar de peligros, sorpresas, asechanzas: todo ello reducido, realmente, a inoperante, por la seguridad de ese verdadero invento que es la muralla, que, a su vez, es objeto nuevo para la vista natural. Muralla no es objeto *natural* para la vista; campo *abierto,* no lo es tampoco, por muy «natural» que se nos haya hecho ya ver el campo desde la ventana o balcón de la casa y otear el horizonte desde muralla o fortaleza —modo bien distinto de verlos desde la cumbre de una montaña o desde el fondo de un valle.

La vista natural no *percibe: ojea,* un poco a la manera como nos sentimos al flotar en el mar y cual se notan los pulmones al respirar la atmósfera: sumergidos en una infinidad real —seres dentro de Ser, cuerpos dentro de Cuerpo. Sentirse cual «pez en el agua», tal fuera la mejor expresión. Colores y formas de cosas en estado «mar»; ruidos y ruidos en «mar» —así sin delimitaciones, refugios, cotos cerrados, compartimientos estancos, recintos aislados. Tal es el modo global de ser las cosas en *mar* —de agua, de aire, de color, de sonido, de calor... En

mar no hay *perceptos,* ni *percepciones;* hay, eso sí, distinciones evanescentes, perfiles difuminables, contornos definidos por un momento, desdibujables siempre —así hayan durado horas o minutos. La nube es «camello»; la nube es «comadreja»; «el fantasma está aquí, allá... se fue».

Los animales deben vivir así en el mundo de las cosas, cual en mar y baraúnda de ellas, flotando a ratos, ahogándose a veces, agarrándose a algo, adormilados en el bochorno y calma chicha del ambiente, sobresaltados de cuando en cuando... y vuelta a serse en *mar.* Tal nos imaginamos su vida y su manera de conocer y sentir —un poco con esa donosa mezcla de fisiología mental y fábulas de Esopo, de que nos habla Santayana.

De conocer cosas en *mar* y conocedor *enmareado* y mareado a ratos, sólo se sale por *invento.* Lo sabemos, mas sólo *después* de haber sobrevenido al universo en mar eso de navíos y barcas, casas y ciudades.

Entre conocimiento y cosas en *mar* y conocimiento con *perceptos* —cosas en cuanto percibidas, conocedor en estado de percipiente— hay un abismo, sólo franqueable por un salto cualitativo.

El hombre lo ha dado; no, el animal, ni el hombre en cuanto animal natural. Percibir y percepto, percipiente y percibido implican distinción *inventada,* diferencias *impuestas,* aislamiento *forzado.* «El hambre —decía Cervantes— hace echar a los ingenios por caminos que no están en el mapa.» La percepción hace echar al conocimiento por caminos, surcos, linderos que no están en el mapa de las cosas naturales, sencillamente porque, de natural, las cosas no están en *mapa;* se son cual peces en *mar* —enmareadas, y, a ratos, mareadas.

«De la Mar al percepto» se salta por *invento,* por ocurrencia genial del hombre, más originaria, decisiva —común y corriente ya— que rueda y gallinas. Que la



vista *percibe* es una afirmación del mismo estilo y nivel que la mano *escribe; lo percibido* es lo *escrito.*

El río se desliza por su cauce y por la vista; el perfil del río —frente a riberas y bosques— es recorte genial o *definición visual.* Es el *percepto:* el río *percibido.* Y la vista lo recorta y define, por cuchillo más sutil —¿quién lo duda?— pero no menos eficaz que el humilde invento culinario. Ese perfil, o *definición* visual, es el *eidos* o la *idea* de río. No algo supracelestial; sino sencillamente eso que, por ocurrencia genial, improvisó un buen día la vista: deslindar dentro de lo visible, cual mar, algo aisladamente visible, recortándolo con el rayo visual. Pintores hay que consiguen —por invento negador, por negación de negación— revertir al estado de cosas visibles en mar de colores; y nos difuminan perfiles —de río y bosque, de río y cielo...— y decimos que nos hacen ver mar, río, bosque de otra manera. Son dialécticos que ignoran serlo y, a lo mejor, blasfeman del nombre. No se los llama dialécticos; se llaman impresionistas.

La humanidad pasa ya, sin notarlo, de mar a percepto —a lo mejor ya desde hace dos mil años. Y entre *perceptos* vivimos y nos movemos. Y entre *perceptos* viven, se mueven y pintan los clásicos: los grandes definidores visuales. Primera, triunfal y riquísima, negación de lo natural.

> *«De la mar al percepto»*
> *«¡oh, la linda tarea!»*
> *«Del percepto a la mar.»*

Negación de negación: triunfo y riqueza del impresionismo —en pintura..., en filosofía sensualista, asociacionista.

Los sentidos han sido siempre los maestros de prime-

ra enseñanza de la inteligencia. Pero la inteligencia no ha necesitado nunca de maestros de enseñanza secundaria o superior; ella es la que *inventa* toda enseñanza superior a la primaria.

Ella inventó pasar o saltar

«del percepto al concepto»;

y, sea dicho expresamente: después de inventar eso de *concepto*. La mano natural del hombre se sorprendió un día a sí misma fabricando cacharros: definición o perfil nuevo dado al barro. La mano inventó un *percepto:* olla, ánfora, plato... La inteligencia aprendió la lección; y le acudió esotro de *definir*, referido o no a barro, a madera, a piedra... Por bisturí y cuchillo más sutiles y potentes que los de la vista o manos separó —sin aniquilar nada— forma inventada de material usado; y *conceptuó* ese *percepto* que se llama plato en «circunferencia»; olla, en «volumen»; y, corriendo las aguas por el mismo canal —sólo que más alejadas ya del manantial— *conceptuará* esotro *percepto* que es «ánfora»; y con asas, sobre todo, entrará en el dominio invisible e impalpable de la topología.

El cuchillo definidor trabaja según la frase: *«ni más ni menos»*. Ante el percepto «plato» la operación-exigencia «redondo, "ni más ni menos" que redondo» *define* la circunferencia —pura, nítida, límpida—, desprendidos, cual escoria, lo de barro, lo de enser de cocina...; y si, ante el mismo percepto, insisto tajantemente en «plato ni más ni menos que plato» *defino* un peculiar enser de cocina —y, por indiferentes, quedan desprendidos o abstraídos los componentes físicos de color, material...; los geométricos, cual redondez o elipticidad...—; y si, dentro siempre del Todo de todas las cosas vistas o

visibles, oídas o audibles..., insisto en aplicar la guillotina de «algo, ni más ni menos que algo», el concepto obtenido es el de ser, a mantener en vilo contra la gravitación continua y constante hacia entes. Su energía potencial es máxima —digámoslo así con lenguaje físico corriente ya—; por eso, al menor descuido, por simple soltarlo de la mano de la abstracción, del poder separador del «ni más ni menos que», se cae en Dios, hombre, rosal y gato, dos...: en entes. La diferencia ontológica entre ser y entes no es natural o esencial, cual entre gato y rosal; es, más bien, del orden de entre agua en nube y en lluvia, entre piedra sostenida en alto por la mano, y piedra soltada de ella y caída hacia o en tierra.

En definitiva los abstractos son «escritos en agua»; son abstractos *de un concreto;* con «de», posesión imperdible; con «de» tirante y atrayente por parte del concreto.

«Del percepto al concepto.» Mas sin posibilidad de perder esotro: *«De la mar al percepto»*. Del Todo nadie y nada se evade definitivamente; se aleja violentamente, dentro de un campo gravitatorio —manera sutil y real como el Todo muestra ser Todo *de* Todos, y *todos* notan ser todos ellos *de* el Todo.

Un intento ulterior, y más aventurado, de evadirse definitivamente del Todo es el pasar

«del concepto a la idea».

Idea no es cosa alguna peculiar y distinguida, cual Dios o rosal, dos o gato...; *idea es concepto circundado de o enmarcado en negaciones expresas*. Al percepto se daba estado de concepto por cortar sus lazos con lo demás, dentro del Todo —del mar y seres en Mar— mediante el bisturí del «ni más ni menos». No obstante todos los

esfuerzos de la abstracción, persistía ese «de» —forma de energía potencial que sólo se anula al caer sobre *su* concreto, al modo que la energía potencial de la luna respecto de la tierra se anularía al caer la luna sobre la tierra. La mente ha *inventado* un instrumento nuevo por cuya virtud trata de cortar de un concepto ese «de»; algo así como lanzar, a suficiente velocidad, un cohete para evadirse del campo gravitatorio terrestre, y con adecuados dispositivos para no ser atraído ya por ningún otro cuerpo. La primera parte es técnicamente soluble y solventada ya; la segunda requeriría algo novísimo —de lo que, pobre de mí, no tengo la menor idea. Los técnicos no pasan de simples ocurrencias o atisbos —¿un aislante peculiarísimo contra la gravitación?; y Wells nos hablará de eso de «cavorita». Tal cuerpo dejaría, en sentido riguroso de la palabra, de pertenecer realmente a nuestro universo y a cualquier universo con «peso».

El aislante metafísico equivalente es la *negación* —el *no* aplicado a un *ente,* de modo que haga el vacío absoluto a su derredor. Lo que en tal caso de total aislamiento le quede es su *idea* —o es él *en estado* de *idea.* Empleemos, violentándola, la frase-programa: *«en cuanto».*

El hombre *en cuanto* hombre *no* es Dios, *ni* rosal, *ni* cuerpo, *ni* sustancia, *ni* ser; el hombre *en cuanto tal* no es sustancia, como lo son los demás cuerpos; caso de ser sustancia, tiene que serlo *humanizadamente,* no de manera común a todos; Platón *en cuanto* Platón no es hombre, ni ser, ni sustancia; si por hombre, ser, sustancia entiendo eso común a él y a los demás, pues en tal caso ni hablo ni entiendo Platón *en cuanto* Platón, sino *uno de tantos* —lo que es justamente la negación más radical e insalvable de Platón *en cuanto* Platón.

Este plan de aislar perfectamente por negaciones o por el esfuerzo del «en cuanto tal» una cosa, de modo

que vaya a serse en otro mundo —el de las Ideas— le acudió y lo ensayó Platón en su diálogo *Parménides.* Y, tajante, despiadada y resueltamente aplicado dio por resultado que lo uno ni es ni no es ser; ni es ni no es idéntico consigo mismo; ni es ni no es diverso... Tal estado de absoluto, desaforado y descomunal ensimismamiento realizaría la frase-programa de Platón: «el mismo en cuanto mismo, consigo mismo; y así, siempre solitario en su idea».

Idea de un ente —Dios, hombre, circunferencia, dos...— es lo que le queda al ponerlo o ponerse a ser «el mismo» —idéntico— «en cuanto mismo» —idéntico en cuanto idéntico— «consigo mismo» —apartado de todo, en identidad repelente y aislante, y estado, extremo ya, de soledad y firmeza en soledad.

Tal ente en el su estado de *idea* no puede ser sustancia, cuerpo, espíritu... género, especie: todo ello ambientes comunitarios, mares en que nada es lo que es; lo está siendo con otros o con todos. Es con-ser, con-sustancia; con-cuerpo, con-género, co-especie. Tal ente en el su estado de *idea* no puede ser sustancia...; *no* es hombre. Se halla enmarcado en el *«cero divino», «el Gran Cero», «la nada».*

«Dios regala al hombre el gran cero, la nada o cero integral, es decir, el cero integrado por todas las negaciones de cuanto es.» Sobre tal fondo o *«pizarra negra»,* resaltan las *ideas* —lo que cada ente tuviere de *idea,* que, a lo mejor o a lo peor, es *nada.* Dejemos para más adelante hablar de ese tan ambiguo regalo divino, recordando, y extremando ya desde ahora las precauciones del poeta:

«timeo danaos dona ferentes».

En todo caso la *negación,* así empleada, es un *invento.* De funcionar, real y verdaderamente —es decir: con

pleno rendimiento— sería la negación el *aislante supremo* que dejaría reducido un ente a su *idea* —a su superdiamante. Poco sacaríamos de ello, pues no podríamos ni tan sólo conocerla. La *idea de dos* o *Dos en idea* no es cognoscible; ni tan sólo es necesariamente posiblemente cognoscible.

Conocer una cosa realmente es, de alguna manera real, serla realmente —lo demás es broma o jarabe de pico. Conocer acaba, pues, con el estado de idea de la cosa conocida; al ser conocida, ya no es ella misma, en cuanto misma, consigo misma, solitaria. Basta con que piense o diga que es «algo» para que, por eso poquito, o mínimo de comprensión o contenido, se halle siendo con todos y como todos, como uno de tantos seres.

La negación es un *invento* montado para mostrar su propio fracaso. Bomba montada para que explote íntegra; y de ella, de su estado o realidad inicial, no quede nada. Bomba atómica o nuclear perfecta.

«del concepto a la idea
—¡oh, la linda tarea!—,
de la idea a la mar.
¡Y otra vez a empezar!»

El plan de montaje de la primera bomba atómica o nuclear mental consta cuidadosamente descrito en el *Parménides;* y el resultado de la explosión no son ni siquiera cuanta de luz o de radiación. Es *No* en nube: ni, ni, ni, ni...

II

Objetividad. Kant y Velázquez

«...si Kant hubiera sido pintor, habría pintado algo muy semejante a Las Meninas...; *una reflexión juiciosa sobre el famoso cuadro del gran sevillano nos lleva a la* Crítica de la razón pura, *la obra clásica y luminosa del maestro de Königsberg.»*

Dos tipos, al menos, hay de objetividad: la natural y la inventada o artificial. La vista recorta el perfil típico de montaña frente al de la cúpula celeste, y el del río respecto de sus riberas... Montañas —ni más ni menos—; río —ni más ni menos—, son *perceptos:* contornos típicos, efecto de recortes hechos por los sentidos, en su función *inventada* de «definidores». Todo ello, objetividades —y objetos— naturales en balance final, pues lo es la materia y lo es su forma. El sentido, en cuanto «definidor», cumple, antes de la letra, el lema de la Real Academia de la Lengua: *pule, fija, da esplendor;* ésta, a las palabras; aquél, a las formas y a sus naturales materias. La objetividad natural es, pues, academicismo espontáneo.

Empero el perfil típico de avión surge de un material inventado y de una forma inventada, dando un resultado en que se enmaterializa un proyecto, un designio y un éxito —una causa formal, final y eficiente *inventadas.* Habrá requerido tal vez la evolución natural centenares de millones de años para que nazcan aves —a lo mejor, de peces— y, surgida una especie de aves, serán precisos siglos de siglos para el advenimiento de una variedad. En menos de cincuenta años, han surgido ante nuestra vista, oído y tacto aviones; y de un tipo a otro —de

hélice, a turbina, retropropulsión...— se ha saltado en una veintena de años. Han surgido por virtud de un proyecto —causa formal *inventada—;* de un designio —finalidad *inventada—;* de un éxito —causa eficiente *inventada—,* todas ellas coajustadas en un material *inventado* —transformación inventada de materiales naturales.

«*...la objetividad* —de avión, papel, lápiz...— *es el milagro que obra el espíritu humano y... aunque de ella gocemos todos, el tomarla en vilo para dejarla* —en un avión, papel...— *es siempre hazaña de gigantes.*»

El hombre posee, por naturaleza, alma racional. Sólo por virtud de su inventiva de formas, fines, materiales y causas eficientes *nuevos* asciende a *espíritu. Espíritu es,* pues, *el creador de objetividades;* y, una vez creadas por él, es su *contemplador.*

Si damos a la palabra «inspector» el sentido resonante en la frase «inspector de obras públicas», el Espíritu sería, real y eminentemente, «el Inspector» de las creaciones del hombre —de *sus* creaciones, de *sus* objetividades. Avión, llave, lápiz, cepillo, casa... son las «obras públicas» del Espíritu humano —del animal racional, elevado, por seipsicreación, a espíritu.

La razón, el simple pensamiento, contempla; el espíritu inspecciona. La razón contempla perceptos, conceptos, ideas; y ¡vuelta a la mar! —a todo eso en «mar» de ser, de cuerpo, de vida... Todo lo cual llega a tener, cuando más, perfiles, eidos, evanescentes y difuminables; siempre en vilo, por la virtud inestable del «ni más ni menos», del «en cuanto tal» o del «no». De una materia natural nacerán aves o peces, animales racionales o monos; sólo del *Inventor* —al que «aconteció» eso

de ser o hallarse nacido a animal racional— surgirán aviones, submarinos, ingeniero, robot...

Y si convenimos en que Inventor es la definición y el garante real de Espíritu, diremos que la objetividad artificial: avión que vuela, lápiz que escribe... es la única y propia mostración de que ese bípedo implume, o vertebrado mamífero... primate que es el hombre, «es» espíritu. Tal es *«la hazaña de gigantes»* —significado profundo y propio de la *técnica.*

«Convengamos en que, efectivamente, nuestro Velázquez, tan poco enamorado de las formas sensibles, a juzgar por su indiferencia ante la belleza de los modelos, apenas si tiene otra estética que la estética trascendental kantiana... Su realismo, nada naturalista, quiero decir nada propenso a revolcarse alegremente en el estercolero de lo real, es el de un hombre que se tragó la metafísica y que, con ella en el vientre, nos dice: la pintura existe, como decía Kant: ahí está la ciencia físico-matemática, un hecho ingente que no admite duda.»

El animal bípedo implume y vertebrado mamífero primate que fue Euclides pensó, con su razón natural —mediante perceptos, conceptos e ideas— sobre lo geométrico natural; y definió, vgr., *la recta* por igual procedimiento como la vista pensante «define» monte, valle, río, hombre, gato... La recta surge por esas exigencias de «ni más ni menos que», «en cuanto tal», «no»; y, a lo que quede de una vara de fresno, llamará línea de «bella y buena carrera» —*eutheia:* «la que reposa de manera igual sobre sus puntos»; sin altibajos de valle y cumbre, de hondonada y cresta.

Definir la recta por una función lineal como

lo hizo Descartes, en cuanto *espíritu* —y no en cuanto alma racional—; y el espíritu, en este riguroso sentido, no es forma del cuerpo natural; no es alma; y la llamada, y sida anteriormente, materia del alma racional desciende a simple materia —a cosa extensa. La *objetividad* de la geometría analítica —la de esa función $y = ax + b$, cual caso elemental y ejemplar— fue *«el milagro que obra el espíritu humano»*, milagro que lo constituye y define como espíritu; *«y tomarla en vilo para dejarla»* asentada en un sistema de coordenadas fue *«hazaña de»* un gigante por nombre «Descartes» al que, en cuanto espíritu, *se le hizo* ya, desde tal gesta, accidente eso de ser animal bípedo, implume, vertebrado, mamífero, primate de alma racional.

El espacio sensible, natural —folklore pintoresco de figuras, colores, sabores, pastos, ríos y remansos, bosques y fieras, enjambres y hordas...— fue tratado, sin consideraciones, cual material en basto y en bruto; homogeneizado, *«descualificado»* de lo esencialmente cualitativo. *«Por eso, espacio y tiempo, límites del trabajo descualificador de lo sensible, son condiciones* sine qua non *de todas las apariencias naturales de lo sensible, lógicamente previas o, como dice Kant,* a priori. *Sólo a este precio se consigue en la ciencia la objetividad, la ilusión del objeto, del ser que no es»* ya nada de lo que de natural es.

Invento es la *«pizarra negra»;* y sobre ella resaltan figuras puras, dibujadas por aparatos *inventados.* E *inventos* son espacio y tiempo, vacíos de folklore, pintoresquismo y decoraciones sensibles naturales. Y el no ver ya espacio y tiempo, mar o río naturales de cosas es ver material para formas nuevas, ajustable a ocurrencias y designios del hombre *inventor:* del espíritu humano, nacido según generación equívoca en cuerpo y alma

racional del hombre —un poco a la manera casual y peregrina como, allá en Belén y en una cueva, nació Dios.

Euclides tuvo alma racional geométrica. El primero en tener «espíritu» geométrico fue Descartes. Pascal lo tuvo, y renegó de él; en castigo, pluscuamdantesco, sufrió de aquel terror por el silencio de los espacios infinitos, sin caer en cuenta de que ese silencio y oscuridad los trocaba el espíritu geométrico, de poblados de voces divinas, angélicas, diabólicas o humanas, en escenario geométrico: lugar apropiado para exhibición del recién nacido Espíritu humano. Ya no le hablarían —en folklore teológico— de gloria de Dios, de aire tenebroso, retrete de pérfidos, insinuantes y tentadores demonios... Espacio y tiempo le hablarían ya del *inventor:* del *espíritu* humano; y de él, de Pascal, en cuanto espíritu, le hubieran hablado si no se hubiese espantado por tan poquita cosa como el silencio del cielo, que ya no arredra —aunque sí moleste por lo desacostumbrado— a nuestros cosmonautas.

La estética trascendental de Kant es un procedimiento *inventado* —no natural— que aplana, alisa, desmocha, descolora, destiñe, descualifica y homogeneíza espacio y tiempo reales de manera tan real, aunque original, como la técnica prepara el papel sobre que escribo. Lo que queda del espacio y tiempo, movimiento y fuerzas —en su estado natural de mar, perceptos, conceptos, idea— es real —cual lo es el papel o el acero o una fibra plástica...—; mas son *«realismo, nada naturalista».*

Que el hombre *es* espíritu no puede *mostrarlo* el alma racional de un cuerpo natural; sencillamente porque no *es* espíritu, por muy cargada que ande de razones. Algo no *es* espíritu, si de por sí, por seipsiespontaneidad, no se hace serlo. El que el alma racional, forma natural de un cuerpo natural, se meta a *demostrar* que es espíritu

muestra tan sólo las ganas de serlo, la ocurrencia de querer serlo —no de otra manera la alfombra mágica muestra las ganas de volar; sólo el avión *muestra* el hecho de volar y *demuestra* la impotencia de las puras ganas.

El primero que poseyó *espíritu filosófico* fue Kant; y, por tenerlo, fue el primero que describió lo que es *hacerse* espíritu y, por tanto, *serlo.*

El filósofo que se sirve de avión, papel, teléfono, altavoz, lápiz... *es* kantiano; y, por tal cosa, *es* espíritu —agradézcaselo o no a Kant.

Lienzo es un *invento* de estilo «espacio trascendentalmente purificado» de folklore y pintoresquismo naturales; rellenar otra vez el lienzo de folklore y pintoresquismo sería impresionismo o naturalismo, mas nunca pintura trascendental: la que hubiese hecho Kant «*si hubiera sido pintor*». Complementariamente: hacer filosofía —y, en especial, física— con mar, perceptos, conceptos e ideas es filosofía folklórica y pintoresca —la que jamás hiciera Velázquez, caso de haber sido filósofo.

«Cuando los franceses tuvieron a Descartes, tuvimos nosotros a Velázquez, y aún se dirá que no entramos con pie firme en la edad moderna, nada menos que un pintor kantiano, sin la menor desmesura romántica.»

Parte Tercera

ONTOLOGÍA

Capítulo Primero

SER, CAOS, NADA, CREACIÓN, TRABAJO

«Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer antes de su creación definitiva. Lo que pasó, sencillamente, fue que Dios vio el Caos, lo encontró bien y dijo: "Te llamaremos Mundo". Esto fue todo. La verdad es que el caos —decía mi maestro— no existe más que en nuestra cabeza. Allí lo hemos hecho nosotros —bien trabajosamente— por nuestro afán inmoderado, propio de viejos dómines —¿qué otra cosa somos?—, de ordenar antes de traducir.»

I

Caos, orden, creación

Allá..., casi a principios del siglo, en los días de nuestra casi niñez estudiantil, nos ponían los *«viejos dómines»* a *«ordenar, antes de traducir»* aquello de Horacio:

> *«Humano capiti cervicem pictor equinam*
> *Jungere si velit...»*

El caos verbal, y conceptual, de tales versos de Horacio cedía al orden de

«Si pictor velit jungere cervicem equinam capiti humano...»; y resultaba traducible e inteligible en condicional tan soso como

«Si un pintor quisera juntar cerviz equina con cabeza humana...»

Y los viejos dómines se quedaban tan orondos, satisfecha, con los debidos honores, la lógica; y los estudiantes creíamos haber sacado sentido de la nada, del caos lógico —que caos lógico era literal y conceptualmente el verso horaciano:

«a humana cabeza cerviz pintor equina
juntar si quisiera...»

E igual tarea de rectificación lógica nos tocaba hacer con aquello del venerable Homero:

«La ira canta diosa del pélida Aquiles
terrible que diez mil a los aqueos dolores infligió.»

«Hágase luz» en tal caos y «la luz será»: «Diosa, canta la ira terrible de Aquiles pélida, que inflingió diez mil dolores a los aqueos...». Y así con Cicerón, Tito Livio, Virgilio... Si no nos volvieron estúpidos tales *«viejos dómines»* de maestros fue porque Dios, o Alá, es grande.

El caos estaba en sus cabezas, de asiento y por vocación; en las nuestras, inducido y por obligación.

El orden no es «Diosa, canta la ira terrible de Aquiles pélida» y lo otro es caos. Debe decirse: «*si* el orden es: Diosa, canta...». Tanto es así que Dios, que sabe por esencia latín y griego, no se toma el trabajo de hacer nada, porque nada tiene que hacerse, sino leerlo en latín o en griego, que es como está escrito. Y lo que entonces le pasa a Dios es, sencillamente, que «*vio el Caos, lo encontró bien y dijo: Te llamaremos*» versos —mundo poético. Y eso fue todo.

Tomemos las tres letras a, m, o, y formemos todas las permutaciones posibles sin repetición:

amo
aom
mao
moa
oam
oma

El viejo dómine —«*¿qué otra cosa somos?*»— pasearía por esas letras la vista cansada de lógica y gramática y diría: dentro de ese caos sólo la combinación «amo» tiene sentido; lo demás es puro caos. El matemático descubrirá un *mundo* matemático sencillo, sin duda: un caso de la fórmula general $n(n-1)$, grupo de permutaciones n; y, precisamente, mundo de estructuras básicas, de *orden*, previas y fundamentales del mundo matemático entero.

El matemático, el Señor nuevo, «*vio el caos, lo encontró bien y dijo: Te llamaremos mundo*» matemático. Y «*esto fue todo*».

Si jugando con un dado me salen seguiditas las tres sucesiones de caras 1, 2, 3, 4, 5, 6; 1, 2, 3, 4, 5, 6; 1, 2, 3, 4, 5, 6, tal «orden» se hace sospechoso; para el que

saca, ¿será «falso» el dado?; para los que lo ven, «¿estará haciendo trampa el jugador?». Pero si salen las secuencias 251126, 122654, 426113, tal «desorden» aritmético está «en orden». Jugadores y espectadores son, por igual, al juzgar así, *«viejos dómines»*.

El matemático, Señor nuevo, les dirá, por igual, tales secuencias o insecuencias son probables, que caos y orden no tienen sentido. Tanto 1, 2, 3, 4, 5, 6 como 2, 5, 1, 3, 2, 6 son «porque sí»; y porque sí, sin razón alguna, corto de seis en seis los saques; que, si los cortara, vgr. de cinco en cinco, tendría: 1, 2, 3, 4, 5; 6, 1, 2, 3, 4; 5, 6, 1, 2, 3; 4, 5, 6, 2, 5...; y ya no me parecería todo tan amañado.

Sólo el párvulo en aritmética lleva en su cabecita por modelo de orden la sucesión natural 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10...; y lo demás es *caos*. Para él una función sería —y suele ser al comenzar su estudio— una máquina infernal de producir caos —cual el aparente en la tabla.

$$1, 2, 3, 4, 5, \ldots$$

$$\frac{1}{2}, 2, \frac{9}{2}, 8, \frac{25}{2}, \ldots$$

Caos de correspondencia, regido por una ley de orden tan sencilla como

$$y = \frac{1}{2} x^2$$

El matemático ve tal caos, lo encuentra bien, y dice: te llamaremos $y = \frac{1}{2}x^2$. El párvulo llevaba en su cabecita

el esquema de orden 1, 2, 3, 4...; veía esa correspondencia, la encontraba mal y la calumniaba de *caos.*

El caos es el estado de combinatoria pura, de funcionalidad ejemplar del universo —del físico, social, matemático... Sólo un Dios puede ver tal «caos», encontrarlo bien y decir: eres y te llamarás *mundo;* y mundo básico del que todos los demás órdenes son subórdenes. Caos es el estado de potencia potente y omnipotente.

Tras la cara 6 sale, vgr. la 3, «porque sí»; que, si hubiera razón o causa determinada, el dado sería falso o haríamos trampa; trampa en favor de causa o «razón suficiente». El «porque sí» garantiza aquí el que la razón no sea trampa; y el razonador, falsario. El estado de caos es, justamente, el estado de lo real en que no caben trampas ni falsarios —en que no hay ni puede haber causas o razones suficientes. Lo que hay es «novedad» —sorpresa, espontaneidad, surgimiento de formas.

Contra el axioma de «*viejos dómines*» filosóficos: «la potencia no pasa al acto sino por un ser en acto», hay que decir: de ese estado de potencia por antonomasia, que es el de Caos, se pasa al acto, a la novedad, *porque sí.* No hay que hacer nada; nadie tiene que hacer nada; sería meter la mano, intervenir «bajo mano», en el juego del surgimiento de novedad; hacer imposible eso de «novedad» —que pide a gritos «manos o razones suficientes afuera».

Lo primerísimo, lo primero de todo, «hizo» Caos —cantaba ya Hesíodo—; algo así como decimos «hizo mal tiempo»; aunque, en verdad, «hacer» caos sea el mejor tempero para que surja, en verdad, ser, *novedad.* Hacer «caos» es hacerse novedades. *Caos* es el estado propio y propicio para *creación,* para *novedad: «Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer antes de su creación definitiva. Lo que pasó, sencillamente, fue que Dios vio el Caos, lo encontró bien y dijo: "Te*

llamaremos Mundo"». Dios no creó el Mundo, el Caos. Creó otra cosa —y de ella se hablará inmediatamente. Que Dios o una causa cree novedad, es una contradicción en los términos mismos. Novedad es novedad *porque sí.* Una causa no es más que una vulgar *repetidora y reeditora.* La causa primera sería la gran *repetidora,* el infinito *reeditor:* El Monótono.

Por suerte —y no para los viejos dómines en teología y filosofía— hay todavía en el mundo *caos.* Los elementos básicos del mundo —protones, electrones... moléculas, fotones— se rigen por leyes estadísticas, por sutiles juegos, por tipos de «porque sí». La ausencia de causalidad suficiente hace posible *novedades.* Todavía «hace», en lo básico de nuestro universo, «tiempo de novedad, de creación».

Tal es el descubrimiento de las teorías —y realidades— estadísticas —Boltzmann, Gibbs, Maxwell, Fermi, Einstein, Bose, Dirac...

Retocando dos frases célebres de Heráclito:

«Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ni Dios alguno ni ninguno de los hombres; puesto que fue, es y será Caos»: «elementos echados a voleo».

Frente a la secuencia «racional» 1, 2, 3, 4, 5, 6..., la rapsodia 4, 6, 1, 2, 5, 3 es un «revoltijo»; mas tal revoltijo lo producen un dado —un invento o *novedad* emmaterializada— y un jugador —tipo de actividad *inventada*—, y echando al *azar,* sin razón o ley para casos seguidos; y, al final de saques y más saques, el Revoltijo de los revoltijos ostentará una Ley: la de distribución uniforme de probabilidad, con 1/6 para cada caso, mas no tan justo que no quede un margen ineliminable de sorpresa, de saques imprevisibles, de *novedad.*

«Un coup de dés jamais n'abolira le Hasard» —Mallarmé. Ni un saque de dados, el más fabuloso, ni infinitos saques de dados abolirán la *Novedad.*

El creador según el conceptuario de los *«viejos dómines»* habría de ser causa y razón, necesaria a la vez que suficiente, de todo. Caso de serlo, no podría jamás saber que ha hecho algo *nuevo.* El creador tiene que ser el primer *sorprendido* ante lo que le resultó; lo cual equivale a decir que no sabía de antemano lo que iba a hacer o a resultarle; o sea, que no es Creador, sino causa ocasional —necesaria, a lo más, pero nunca suficiente— del llamado efecto o creatura.

«Dios nada tenía que hacer antes de su creación definitiva.» No dijo «hágase el Caos», y *«vio que era bueno»;* sino *«vio que era bueno»;* que era el estado de la realidad más propenso, propicio y propio para *novedades* —nuevas, para Él; tan casi exclusivamente para él que sus *«viejos dómines»*, tomándose gran trabajo, tratarán de ordenar, primero, y traducir después. El resultado será un tratado de Dios creador y de la creación, de la misma solemne ñoñería y sosería lógica que

> «Si un pintor quisiera juntar cerviz equina con cabeza humana...»

La novedad —discreta sin duda—, de los versos

> *«Humano capiti cervicem pictor equinam*
> *Jungere si velit...»*

se fue, con el «orden», al diablo.

II

Nada, creación, trabajo

«Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó su mano derecha,
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la nada hecha.»

"*Dios no es el creador del mundo..., sino el creador de la Nada.*" Tal es su creación o creatura definitiva.

Para el griego —«el verde que te quiero verde»— el ser nunca fue real problema. Lo fue el no ser. Si al ser no le basta con su ser para ser real, no creo que nadie sepa qué es lo que le haga aún falta. En última instancia, creado o no, el ser es ser; y ser se es de por sí, y cual razón suficiente no puede darse o dar sino esa: *ser*. Si a la existencia no le basta con ser existencia para existir, ¿qué rediablos le van a añadir para que la existencia, el existir, exista? Si a *el dos* no le basta con eso de ser el dos para tener dos unidades, no hay proveeduría abastada para añadirle ni una fracción; lo que se le añada, se le podrá igualmente quitar; y *el dos* no será, por esencia, dos —sino por casualidad.

Lo difícil del problema es explicar por qué o cómo la existencia —sea la de hombre o rosal— deja de existir, por qué el ser deja de ser; no, por qué el ser es. *Es,* justa, precisa y suficientemente, por su ser.

Los griegos lo vieron tan perfectamente y tan insistentemente lo miraron que quedaron deslumbrados por tal verdad —deslumbrados, encandilados, absortos en ella. Tanto que ni siquiera inventaron, en matemáticas, el cero; y buena falta le hacía ya a su aritmética, por no

decir a la nuestra; y en filosofía sólo pudieron poner ante ser una negación: no ser.

Dícese que los hindúes inventaron el cero: mas los hindúes nunca tomaron en serio al ser, a eso de existir. Lo existente es ilusión, pluscuamevanescente apariencia.

El pensar termina siempre en *callejón sin salida*. La simple palabra monosilábica de *no* es bien positiva y sonante palabra; lo menos adaptado a su pretendido concepto o significado. El aragonés refuerza el *no* con un *renó* y un *recontranó;* y, por virtud precisamente de tal tozudez y empecinamiento, no, renó y recontranó son tres refutaciones *ad absurdum* de la imposibilidad de pensar *no ser*. Es el gesto, vano y desesperado, del que no llega a librarse del ser.

La gracia está en librarse de la necesidad del ser, de la necesidad de la existencia; salirse de la esfera del ser, a pesar de su bellamente circular figura.

La gracia suprema estaría en que «el Ser que se es» —vulgar y brevemente llamado Dios— se librara de la necesidad absoluta o infinita de ser ser Él: ¡el más encadenado que nadie a su ser! Dios es el ser metido en el más estrecho callejón ontológico, sin salida a campo alguno. Dios es el callejón sin salida.

> *«Cuando el* Ser que se es *hizo la nada*
> *y reposó, que bien lo merecía...»*

No hay cosa que merezca más el descanso de no ser —el descansar de su ser— que *«El Ser que se es»*. No hay estado más monótono, aburrido, soso y ñoño que el de «necesidad». El Ser que se es hizo la *nada* de puro aburrimiento. Con perdón del poeta —y, sobre todo, del poema— debiera decirse —con verdad ontológica y sin gracia literaria—:

"Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó su mano derecha,
hasta ocultarse la boca,
y quedó la nada hecha."

La verdad es que eso de *Nada,* nadie lo ha pensado en serio. Por el mero hecho de pensar, con un pensar real, en Nada, tal Nada queda agujereada en su pretendida nadidad por el pensar real que en Nada piensa —y por la *real* palabra de *no,* que no se la puede aguantar el negador y pensador. La «Nada» está, realmente, acribillada a balazos de pensamientos reales.

La Gracia de Nada *estaría* en que, al pensar con pensamiento real en *nada,* al pensamiento le pasara —entendiera— lo que piensa: se aniquilara. Mas entonces nadie lo podría contar y lo que es peor para algunos no habría esos tratados sobre la creación de algo de «Nada» —hijos de la ignorancia afectada de esa inevitable refutación del pretendido concepto de nada, por el mismo pensar en nada.

Creemos pensar en la nada de *otros,* un poco en el sentido cínico y evasivo de «ahí nos las den todas»; nunca, en la nada de nosotros, que fuera la actitud noble y, sobre todo, la ontológica. Que así nos evadimos del problema de la muerte —con la muerte de los otros: con algo que pasa a otros.

Pensemos, por un momento, lo aburrido que es ser por necesidad o eternidad —propia o impuesta, esencial o por gracia o por desgracia—; y caeremos en cuenta de que la *gracia* de crear *estaría* en crear la nada, las maneras de no ser el ser:

«La muerte, el silencio, el olvido. Tales son los milagros del no ser cumplidos.»

Nuestro Poeta brinda tal tema ontológico a los poetas:

«y es el milagro del no ser cumplido;
brinda, poeta, un canto de frontera
a la muerte, al silencio y al olvido.»

Tuvo que brindárselo a los poetas; que los filósofos y teólogos lo rehúyen y escamotean, bajo mil formas, cual esa de afirmar y dar por probado y dogmáticamente definido que los males son puras negaciones, que el pecado, en cuanto pecado, es pura privación de bondad, lo cual no obsta a que el pecado en cuanto pecado sea castigado con penas eternas bien positivas, y castigado en la realidad de verdad de unos condenados que no son privación de hombres, sino hombres de carne y hueso, mantenidos en su ser, bien positivo, a costa de infinitos milagros, para que así, milagrosamente, durante positiva eternidad penen por causa de unas «privaciones o negaciones» de ser. Hay novedades en ser; hay novedades en nada.

Caos es ese estado básico, primero y primario, de la realidad, condición necesaria tan sólo para que de ella surjan, *porque sí,* novedades en ser y novedades en nada: muerte, silencio, olvido: noche, ausencia.

«ya tuvo el día noche, y compañía
tuvo el hombre en la ausencia de la amada.»

Novedad en nada, cual dolor, dolerá en firme, *en ser;* y en firme será preciso ponerse a remediarlo, y no con ese «allá nos las darán todas» que es el otro Mundo; y *novedad* en nada, bien positiva, son las indignidades, las injusticias, las deslealtades, la envidia, la avaricia, el avorazamiento de la acumulación capitalista..., y no

simples privaciones o negaciones ontológicas de una realidad básica y, en el balance final, buena. Lo cual no es tomar en serio ni los crímenes —los cometidos en otro— ni las injusticias —padecidas por otro— ni la pobreza —sufrida por otro...— ni los pecados —tan fácilmente absolvibles por unas palabras, respuesta a cualquier gesto vaguísimo de negación o arrepentimiento.

Las novedades en no ser son tan reales como las novedades en ser. Surgen las dos del *caos,* porque sí; el caos es su condición común real necesaria; nunca, suficiente.

«¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro.»

Tres cosas hay que no debe importarnos aceptar si queremos hacer en serio, en real, metafísica moderna.

Primera: *que hay caos,* el gran barro ontológico.

Segunda: *que hay novedades.*

Tercera: *que hay novedades en ser y en nada.* Son los tres *porque sí,* sincera y valientemente aceptados.

Metafísica, teología y credos se hacen la ilusión de ignorar lo de *novedades,* y la de que no ha habido jamás *caos.* Dios creó de nada los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay, que es Todo.

«Echaste un velo de sombra
sobre el bello mundo y vas
creyendo ver, porque mides
la sombra con un compás.»

Credos, teologías y metafísica echan sobre caos y novedades —en ser o en nada— un velo de sombras —ese velito del «no»: no hay caos, no hay novedades—; y creen ver que no hay más que *El Ser que se es*, y los seres que El Ser hace ser. *Dios no es nuevo o novedad para sí;* es necesariamente todo lo que es —que es Todo— desde siempre y para siempre, inmutable, eterno. Sus creaturas *no son novedad* para Él; y no lo son ellas, para sí.

El día no es, real y verdaderamente día, si la noche no es, real y verdaderamente, noche; y un día no es *nuevo* día, si la noche no es *nueva* noche; ni yo nazco en verdad, si no nazco con *novedad* —hombre nuevecito, yo nunca estrenado—; ni yo moriré en verdad, si no muero con *novedad* —con muerte nunca estrenada ni estrenable por nadie. Novedades en ser, novedades en nada. Así, sin velo ni sombra de puros y ultraídos no ser, nada, negación.

«El hombre no es Dios», «Dios no es hombre» no precisamente porque uno incluya una negación o privación del otro —cual finito, *in*finito; mortal, *in*mortal; corporal, *in*corporal; temporal, *in*temporal...—, sino porque los dos son *novedades*, cada uno la suya, tanto o más inconexas e independientes que lo son perfume y sinfonía. Los dos: Dios y hombre son novedades, emergidas del caos, cual de condición necesaria, pero no suficiente. Empero una vez venidas al ser, *porque sí*, coajústanse de manera parecida a como en auto parecen haberse dado misteriosamente cita motor, volante, condensadores, cauchos...: coajuste, que es *novedad* él mismo.

Nada de que Dios cree al hombre, ni el hombre a Dios; que ni el motor cree al volante ni éste a aquél —ni la Gioconda a la Novena Sinfonía de Beethoven. Si es que de caos surge *porque sí* algo cual Dios, podrá suceder —nunca necesaria y suficientemente— que, por *invento* o novedad, se coadapten Dios y hombre. Lo que va a ser

más improbable gesta que el surgimiento de una obra de arte integrada armoniosamente de la Venus de Milo y del Requiem de Brahms.

Hesíodo —viejo y sabio en Teogonías— casi seguramente acertó al cantar:

«Primerísimamente, antes que todo, "hizo" Caos. Inmediatamente después, Tierra, la de amplio esternón, asiendo de todo, siempre segura.»

Los dioses serán «novedades en ser», posteriores y secundarias; remotas e insignificantes, los hombres. Todos, en fin de cuentas, *novedades* —por muchas condiciones necesarias que hayan precedido.

«Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó su mano derecha,
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la nada hecha.»

Dios es perfectamente consecuente. Para que brote la nada es preciso que Él se cubra la mirada —no vea, no piense, no quiera. Entonces les pasará a todas las cosas lo que de la manera como murió Abel Martín canta Mairena:

«Pensando que no veía
porque Dios no le miraba,
dijo Abel cuando moría:
se acabó lo que se daba.»

Al no ver Dios, al no pensar Dios... en cosa alguna, dejan, cosas y Dios, de verse, de pensarse y de serse. Acábase Todo: Dios y cosas. No se ven, no se miran, *no son.*

«El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.»

Y correctísimamente pensaba Abel que no veía, *«porque Dios no le miraba»*. Los ojos de Abel, el entendimiento de Abel, habían dejado de ser ojos y mente reales porque les faltaba esa coafirmación irreemplazable de la realidad de sus ojos y entendimiento que se la da, precisa y propiamente, eso de sentirse visto por otros ojos que ven que tenemos reales ojos y entendimiento porque vemos que nos están viendo otros ojos que ven, a su turno, que los nuestros son ojos reales porque el ojo del vidente —el de quien nos ve— sabe muy bien que

"El ojo que él ve no es
ojo porque él lo vea;
es ojo porque le ve."

Así *se son* los dos, viéndose que se ven; y el hombre es realmente hombre porque y mientras el hombre ve que Dios le ve y ve que ve Dios que el ojo del hombre no es ojo porque Él, Dios, lo vea; es ojo porque él, el Hombre, ve a Dios. Lo cual es reconocer Dios que el ojo del hombre es, *de por sí,* ojo, real e independientemente de sus divinos ojos, con independencia reconocida en esa misma dependencia que es ser visto por los ojos del hombre.

A su vez, y a la una, Dios es verdaderamente Dios *porque* y mientras Dios ve que el hombre le ve, y ve Dios que ve el hombre que el ojo de Dios no es ojo porque él, el Hombre, lo vea. El ojo de Dios es ojo real porque Él, Dios, ve al Hombre. Lo cual es reconocer el Hombre que el ojo de Dios es, *de por sí*, ojo real, independientemente de sus humanos ojos, con independencia reconocida en

esa misma dependencia que es ser visto el hombre por los ojos de Dios.

Dios y hombre se son y se mueren a la vez y a la una por dejar de verse —por dejar de *conserse.* Dejan de serse *a la vez* Creador y Creatura. Así ha muerto Dios a eso de ser Creador, al dejar el hombre de verlo cual creador. Al levantar el hombre su mano derecha hasta ocultar su mirada de teólogo o de creyente, *«quedó la nada hecha»* —la nada de Dios. A la una con Dios muriérase el hombre a sus ojos y mente si alzara su mano derecha e izquierda y ocultara su mirada de hermano de los demás hombres —de los que ve que se ven, que se reconocen reales, no porque se reconozcan ya hijos del mismo Padre, puesto que el Padre murió al taparse con sus manos los hombres esa mirada de teólogos y creyentes por la que veían que Dios los veía cual su creador, y Dios *era* creador. Se reconocen porque se ven ellos ya creadores, productores, inventores de un mundo de enseres humanos que los miran, fija y extáticamente.

En tal mundo no hay tiempo ni manera de taparse los ojos, pues las manos están ocupadas en crear. Quedan libres ojos y mente del trabajador para conserse con los demás trabajadores por las manos, por las creaciones comunes, por los productos colectivos, por las novedades sociales.

Si Dios y hombre hubiesen trabajado en común, en vez de mirarse —de creer y pensarse—, jamás Dios y hombre hubiesen

"*alzado sus manos derechas*
hasta ocultar sus miradas";

y jamás... la nada quedara hecha. La nada de ellos: de Dios creador y de creaturas, no creadoras. Pero caso de haber trabajado en comunidad, mano a mano, fueran

los dos —Dios y hombre— conocedores mutuamente y de un mundo común. Hubiera surgido *sociedad* humano-divina.

«La avaricia rompe el saco.» Por haber hecho del hombre total y absoluta creatura —desde esencia a existencia— por sacarlo de Nada, Dios monopolizó lo de Creador. Eso de «causas segundas», de «naturaleza» y «potencias naturales» resultó pura palabrería; a la hora de la verdad entendimiento, ojos, voluntad... del hombre no bastan para pensar, ver, querer...; háceles falta un concurso divino previo y simultáneo. Y esotro de «sustancia», «esencia», «existencia» —el *ser* del hombre— tampoco bastará para ser y ser *en sí.* Y si el ser no basta para ser, y la existencia para existir, y lo de sustancia para ser *en sí,* eso de continuar llamando al hombre *real* y *ser* se reduce a broma ontológica, a injuria agravada de insulto —y los dos a mansalva.

No nos extrañemos de que el hombre-creatura viese el cielo abierto —el cielo de su ser— al irrumpir en él esa *novedad* que es sentirse ser trabajador, productor, inventor —creador— y ver que sus productos lo miran.

Ya no es posible que *«brote la nada»;* se ha hecho, por invento, que sea imposible el que brote porque no hay manos que se alcen para ocultar los ojos.

De la *Nada* hablarán teólogos y fenomenólogos. Jamás los trabajadores, conscientes de su nueva condición de creadores y de consecuentes usuarios de sus creaciones.

Ser y *Nada* quedan relegados a cuestiones puramente escolásticas. La praxis, el *trabajo creador social,* no reconoce más categorías que la de *Caos* —barro ontológico, material ontológico suprarradiactivo, realidad cual perenne disponibilidad, como energía entitativa potencial— y la de *Novedad* —en ser o en Nada.

Capítulo Segundo

NOVEDADES

«Nunca, nada, nadie. *Tres palabras terribles; sobre todo la última... El hombre, sin embargo, se encara con ellas, y acaba perdiéndoles el miedo...*»

«*Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético,* heterogeneizante, inventor *o descubridor de lo real. Que nuestro propósito sea más o menos irrealizable, en nada amengua la dignidad de nuestro propósito.*»

I

Novedades en nada

I.1) *Nadie.* Hay, inventadas, *novedades en modas* —algunas de ellas, ridículas; otras, adorables. Hay *novedades en palabras*, en material sonoro. Alguna vez tuvo que ser la primera en que a uno se le destrabó la lengua, y de balbucir y tartamudear sílabas en semiinterjecciones, le salió, seguida y límpidamente pronunciada, siempre inventada, la palabra «*thalassa*» —señalando con la mano lo que ante los ojos él y otros tenían. Y, desde tal

«novedad en palabras», a eso: ahí, dilatado, movible, líquido, ondulante, centelleante, azul vinoso... se llamó «*thalassa*» —y otros por parecido origen llamamos «mar».

En el paraíso terrenal Dios hizo desfilar ante Adán toda clase de animales; y Adán les puso, una vez vistos, nombre propio, bien formado y pronunciado sin tartajeos; señalando con la mano, para transformar ya la alusión del gesto indicativo en palabra indicativa, soltaría su lengua a frases como estas: a esto, que mi dedo indica, llamaremos «elefante»; a estotro —a que ahora apunta mi mano—, llamaremos «serpiente»... Acabada la revista y hecha la lista, ya no será preciso señalar con el dedo nada; bastará con la palabra, bien formada y pronunciada. Señalar con el dedo quedará prohibido por la urbanidad —cual falta de respeto a la «palabra»: que es esa *novedad en sonido* que define al hombre en cuanto *inventor de novedades en sonido;* de Logos.

Entre los diversos males que a la palabra podrán aquejar, uno, y no el menor, será inventar palabras antes de haber señalado la cosa; llevar palabras cual etiquetas disponibles, a ver si hallamos a qué pegarlas. Y tantas palabras, sin gesto indicativo de la su realidad, podrán andar volando por el aire que, al cabo de un tiempo, le acuda al honbre inventar algunas para que revoloteen sin poderse posar sobre cosa alguna. Etiquetas vacías volantes. Palabras-gesto.

Ser, cosa, uno, sustancia, cuerpo, hombre... palabras son cuyo gesto típico señalador es un arco de círculo, de radio grande o infinito, descrito por la mano; gesto indicador, a su manera, de la mayor, menor, o infinita extensión de lo global o universal designado por ser, algo... hombre. «Ser» no es *esto;* «hombre» no es *éste*... Esta mesa, este hombre, son respecto del gesto apropiado a Ser, puntos del círculo por los que pasa, sin

posibilidad de detenerse, el gesto de «Ser», el de «hombre». Pero, cuando menos de paso, el gesto señala algo determinado, no tanto como un punto; algo así, más bien, como una circunferencia de radio, infinito o desmesurado, señala un vagamente delineado horizonte.

«Nunca, nada, nadie»: palabras son que, de una u otra manera según las lenguas, salieron volando, aladas, de la boca de algún hombre —cual las palabras aladas de que nos habla Homero. Salidas, pronunciadas sin tartajeos, no pueden posarse en cosa alguna; cual la paloma de Noé, en su primer vuelo, no hallan donde posarse, y vuelven a su arca: a la boca y mente del hombre. Es que *nunca, nada, nadie* son la negación misma, expresa y obligante, de no poder posarse en cosa alguna, concreta o abstracta, singular o universal.

Mucho peor que tener que tragar saliva, es el tener que tragarse palabras; y pésimo, el tener que tragarse palabras que, soltadas, dieron la vuelta al mundo del ser, y no hallaron donde posarse y de que traernos un ramito de una realidad a la que enviar, esta vez seguros del éxito, *su palabra* —la que no volverá o nos la devolverán por no hallar destinatario.

«Nunca, nada, nadie. *Tres palabras terribles.*» Las tres son *novedades en no,* hechas de *no;* y, en sus más íntimas fibras, de *renó,* y de *recontranó.* Son los tres sonidos bien positivos. Más aún: *inventos, novedades;* contradicción sonora, que dice que «no», absolutamente «no», con su misma realidad positiva, audible, *inventada* para que se oiga bien, para que se entienda bien el *no* —imposibilitador de señalar algo— y el *sí* —posibilitador de la positivamente sonante palabra.

«Quien no quiera contradecirse, que no hable» —nos advertía Unamuno, quien se encaró con *no:* nunca, nada, nadie, y *«acabó perdiéndoles el miedo».*

Quien habla, afirma y reafirma el principio de no

contradicción, demuestra, por tal hecho, que «es imposible afirmar y negar a la vez lo mismo del mismo». Hablar es decir esto de este o negar esto de este. Quien dice de este esto y no esto —quien del mismo afirma y niega lo mismo— no habla; se le trabucan lengua y mente. Así nos lo previene Aristóteles. Para él, los sofistas no pasaban de tartamudos; y sus discursos, de trabalenguas.

No: nada, nadie, nunca... no llegaron, para el griego, a ser palabras —*logos.* No indicaban nada, no descubrían nada; no eran ni palabra-gesto —cual las de «ahí, allá... hombre»— ni palabras-luz, descubridoras de algo en su constitución, cual «el hombre es racional».

No: nada, nadie, nunca... quedábansele en *ruido.* No-hombre, no-par, no-sustancia, no-Dios no podían hacer ni de sujeto ni de predicado en proposición suelta o en proposiciones compuestas —tales como silogismo. «No-hombre es no-racional», «hombre es no-Dios» son ruido —vocal, auditivo y *mental.*

No: nada, nadie, nunca... «palabras terribles». Aristóteles, los griegos y medievales, no se encararon con ellas, y jamás llegaron a perderles el miedo. Por eso en su lógica, y en su ontológica, *no: nada, nadie, nunca...* no cuentan para nada. Cuentan, y mucho, en esos dominios poblados de sentimentalidades monstruosas, cual eternidad de penas, muerte eterna de vivos mantenidos en vida eterna por milagros eternos; infierno, pecado, condenación...; *no,* que dicho una vez en esta vida y mantenido sin enmendarlo a tiempo, se empedierne y cristaliza en *no* eterno, eternamente irreformable y eternamente mantenido en renó y recontranó. En *nunca jamás.*

Tratemos de encararnos con esas palabras, y perderles el miedo. Sobre todo, a la última: *nadie. «Nadie es la personificación de la nada.»*

«Don Nadie ¡Don José María Nadie! ¡El excelentísimo señor don Nadie! Conviene que os habituéis —habla Mairena a sus discípulos— a pensar en él y a imaginarlo. Como ejercicio poético no se me ocurre nada mejor.»

Ante ciertas barbaridades y barrabasadas que en tantos órdenes acontecen —sean o no los de guerra, religión, política...— uno se queda *anonadado.* ¡Qué más quisiera uno que *aniquilarse!* —dejar de ser vidente, oyente, paciente de ellas.

Nos *anonada* la injusticia sentida en carne propia y, si uno es noble de alma, en la ajena; nos deja anonadados la deslealtad de un amigo; nos anonada la traición de una autoridad, y tantos y tantos abusos de poder y confianza, por parte de tantos que recibieron poder y confianza y prestaron juramentos de fidelidad con promesas públicas, solemnes —poniendo por testigo a Dios y sobre sus Santos Evangelios. Desgraciadamente tales *no* no nos aniquilan. *Son novedades en nada;* positivos, originales, intrinsecados *no,* afecciones del mismo ser, negaciones *suyas,* tanto más potentes y temibles cuanto que no lo aniquilan; lo *anonadan.*

El ser, todo ser, es anonadable, de mil originales y positivas maneras, según *novedades en nada. El ser no es aniquilable.* Si se aniquilara por la negación, bien poco resistente fuera el ser en su ser. La gracia está en aguantar su propia negación: en anonadarse, sin aniquilarse; en resurgir del anonadamiento a nuevo ser. El ser que no la aguante y no resurja a nuevo ser será un *Don Nadie.* Y «el Excelentísimo Señor Don...» que no supere al anonadamiento y resucite a nuevo ser se quedará en Excelentísimo Señor Don Nadie. El anonadamiento pone a prueba el ser; y es él su grande, propia y decisiva prueba. Eso de identidad es sosería y ñoñería ontológicas. El ser tiene que ser puesto a prueba en su ser

mismo; y tales pruebas son *inventos* —a veces, ocurrencias diabólicas, según la terminología de teólogos resentidos de que se les ponga a prueba en su mismo ser de creyentes y en su posición oficial de Ilustrísimos, Excelentísimos, Eminentísimos... y resulten ser «Ilustrísimo Señor Don Nadie». Ser uno de tantos, un cualquiera, un don Nadie... no son nuevas e inofensivas frases; son estados del Ser.

Hasta no hace muchos años creía el físico que esa categoría —llamémosla sin pedantería— de *éste* convenía a cualquier cosa física, grande o pequeña, infinitamente grande o infinitamente pequeña; por tanto a átomos, moléculas...; y, claro está, a hombre, rosal, caballo, sol. *Este* hombre, de *estas* y *estotras* cualidades; *este* átomo en *este* lugar en *este* momento...; *este* sol, con *esta* energía emitida durante *este* día... Así que la cuestión: ¿en qué lugar preciso —singular: *este* lugar— se halla *este* protón en *este* instante...? poseía perfecto sentido y admitía, creíase, precisa respuesta. Las dos: pregunta y respuesta necesariamente planteables y solubles. La física moderna —cada vez menos idólatra de la verdad oficial y natural— ha notado que los elementos básicos del universo —protón, neutrón, fotón, moléculas...— no realizan la categoría de «éste»; que son, por el contrario, cada uno uno de tantos, uno de tantísimos —a veces de cuatrillones dentro de un centímetro cúbico, y aún más—; que cada uno es *un cualquiera:* que cada uno es un *Don Nadie;* y, por serlo, no hay razón para que esté en *un* lugar, *suyo, éste, único;* sino en uno de tantos de los de un volumen; y no puede tener como sola y propia y suya *esta* cantidad de movimiento, sino una de tantas, las posibles según condiciones globales de una celda de energía; que, de consiguiente, es cada uno sustituible, permutable, intercambiable por otro de tantos. Todos ellos, indiscernibles unos de otros; pura multitud, canti-

dad en persona y estado. Cada uno no es *quién;* es un cualquiera; y el cualquierismo aumenta con el número. Eso que solemne y oficialmente se llama estadísticas cuánticas, clásica... no son sino formulaciones de esta ahora sencilla afirmación filosófica: las cosas básicas del universo son, ejemplarmente, cada una una de tantas, una cualquiera —un Don Nadie. Y las leyes físicas lo delatan indisimulablemente. Eso de *«éste»* —de individuo, singular, único— no tiene sentido real.

Con el hombre hace su entrada triunfal la categoría de *Éste* —individuo, singular, único, original—; y cada hombre no es uno cualquiera o uno de tantos; es *éste,* ejemplar único de una única edición posible; y *éste* se llamará Platón, Aristóteles... o yo o tú.

Tal fuera el estado y criterio de distinción ontológica primera entre los elementos físicos y el hombre; los primeros, son, cada uno, uno de tantos, un cualquiera; el segundo, es, de suyo, *Éste* —individuo, único.

Pero los elementos físicos —los del Reino de Don Nadie, los del Imperio de Don Uno Cualquiera— son la base de nuestra individualidad; y somos, realmente, uno de tantos cuerpos —tratados uno por uno según las mismas leyes que los átomos: cada uno uno cualquiera, un don nadie—; y somos uno de tantos vivientes —regidos por leyes estadísticas, iguales para todos: sabios e ignorantes, santos o pecadores... Y la estadística se cuela, sutil, implacable y progresivamente, en todos los órdenes humanos —y tanto mejor cuantos más seamos—; y nos empeñamos —imbéciles asesinos de la individualidad, malhechores de la categoría de *éste*— en ser cada vez más, sin caer en cuenta de que el dominio del número, el de la muchedumbre, desencadena leyes tan potentes o más que las de gravitación y electromagnetismo. Cúmplense tan patentemente que por los ojos se nos entra ya eso de hombre-masa, técnicas de masificación

—desde psicológicas y pedagógicas a descaradamente comerciales.

El hombre desciende así al nivel de los elementos físicos: al estado de ser cada uno uno de tantos, un cualquiera, un *Don Nadie;* y no por decreto de los dioses o decisión de Dios, sino por esa vulgaridad ofensiva para un teólogo y filósofo, que es la ley de los grandes números —la estadística, el cálculo de probabilidades, en esa categoría, tan suya y nueva: la de *mayoría de medianos.*

Ser uno de tantos fieles, uno de tantos partidarios, uno de tantos compradores... no es una alabanza y menos aún un ascenso ontológico, por muy bien que les venga a religiones, partidos y vendedores contar con un número cada vez mayor de adeptos y clientes sin más individualidad que decir *Amén* a todo, comportarse cada uno como uno cualquiera —sin privilegios, exenciones, opinión propia, creencia individual. A portarse como uno de tantos llaman fidelidad, disciplina, normalidad.

Iglesias, partidos, propaganda, fabricación en serie, dinero, son máquinas desindividualizadoras. Dicho a la inversa: productoras del tipo de *Don Nadie.* Quien tiembla ante esa palabra terrible de «*Nadie*» es la individualidad, el Éste; cada uno, en lo que tuviere de *Éste.*

Encararse con *Don Nadie* es enfrentarse con esas monstruosas máquinas de cualquierismo; perder el miedo a ser hereje, apóstata, disidente; atreverse a exigir libertad de religión, de opinión, de prensa, de reunión...

«No se puede repicar e ir a la procesión», «nadar y guardar la ropa» —nos recuerda el Pueblo. No podemos aumentar el número sin aumentar el cualquierismo y desencadenar la ley de los grandes números. En el mar del cualquierismo se diluirán todas las mejores cualidades humanas constitutivas de la individualidad, capaces

de hacer de cada uno Éste, en religión, arte, filosofía, política... y nos estaremos siendo en el mar de una mayoría de mediocres.

«Nuestras vidas son los ríos,
que van a dar en la mar,
que es el morir.»

Nuestras vidas individuales —en religión, arte, política, técnica...— son ya riachuelos que van a dar en esa mar de una mayoría de mediocres, que es el morir a la individualidad.

Encarémonos con Don Nadie, con la mayoría de mediocres, con la mayoría de tendencias y tentaciones que hacia la mediocridad consagrada por la mayoría notamos por dentro todos, y perdamos el miedo a no morir como uno de tantos fieles, a no pensar como uno de tantos acólitos mentales, a no apreciar lo que tantos y tantos, por seguir la corriente de la moda, aprecian, alaban y llevan.

Y a la sociedad... ¿que la parta un rayo?

Una cosa es ser un Don Nadie; otra, ser Éste; otra, bien diversa de las dos, ser *miembro de sociedad.* Y no ser Don Nadie, y ser Éste, son las dos: una, condición necesaria a negar; otra, condición necesaria a llenar, mas ninguna de las dos es suficiente para ser *miembro de Sociedad.*

«*El hombre es la medida de todas las cosas, menos la de los hombres y la de los pueblos.*» La primera parte de la sentencia pertenece a Protágoras, sofista; y, por ende, individualista desaforado; la segunda parte, a nuestro Poeta. El hombre individual —el que esgrime enhiesto y desafiante eso de yo, yo— ha de saber hacerse «la medida de todas las *cosas*»; y saber, bien sabido y sido,

que no es «la medida ni de los *hombres* ni de los *pueblos*».

«Recordad el proverbio de Castilla: "Nadie es más que nadie". Esto quiere decir cuánto es difícil aventajarse a todos, porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre.»

Lo recordaremos en la parte final de esta obra, para que así sea el último recuerdo que de ella nos llevemos autor y lectores.

Por lo pronto, *Nadie* es positiva y original novedad en nada.

I. 2) *Espacio y tiempo en estado de formas a priori,* como novedades en nada.

«Todas las formas de la objetividad, o apariencias de lo objetivo, son, con excepción del arte, productos de desubjetivación, tienden a formas espaciales y temporales puras: figuras, números, conceptos. Su objetividad quiere decir, ante todo, homogeneidad, descualificación de lo esencialmente cualitativo. Por eso, espacio y tiempo, límites del trabajo descualificador de lo sensible, son condiciones sine qua non *de ellas, lógicamente previas o, como dice Kant,* a priori. *Sólo a este precio se consigue en la ciencia la objetividad, la ilusión del objeto, del ser que no es.»*

Desde tiempo inmemorial ha habido en la naturaleza superficies de sólidos más o menos lisas y uniformes. Alguien tuvo que ser el primero a quien acudió hacerlas lugar de aparición, resaltante y permanente, de algo bien diverso de las propiedades naturales del sólido, como lo son pinturas y signos, alto o bajorrelieves... La cosa se

quedó tal cual —mármol, el mármol; piedra vulgar, la piedra; techo de caverna, caverna; corteza de árbol, materia vegetal...—; mas por tal invento —insignificante ya para nosotros— el poder fenomenológico —la facultad de manifestar lo que la cosa es— entró a servicio de otra cosa —historias de caza, gestos mágicos, señales convivenciales... Por tal invento se disyungen ser y novedad, apariencias y realidad. Las apariencias ya no son *apariencias* de la cosa; la cosa es lo que es —piedra, corteza...—; las apariencias son ya apariencias de otra. La cosa pasa del estado ontológico normal en que son *suyas* esencia y apariencias, a otro estado ontológico anormal; la esencia es *suya;* ya no son suyas las apariencias. Que el inventor de esa función de una vara: ser lugar de aparición estable de muescas o tajos, no supo que cometía un crimen ontológico: el de escindir ser de verdad —sustancia de apariencias— y que perpetraba un atentado contra la propiedad privada: al dueño de las apariencias despojarlo de ellas y transportarlas a otro..., en nada empece el que real y verdaderamente, por virtud de la historia o cola de secuelas, sea tal invento crimen ontológico.

Progresando en tal tipo de delincuencia, alguien inventó el alisar superficies; otro, el producir material con esa función o finalidad de «hacer aparecer» una cosa en otra, de manera permanente y resaltante. Bronce, papiro, tabletas... pagaron con (sus) apariencias el costo de la operación. De la contextura físico-química de la arcilla nadie se preocupará; ideogramas o cuñas se encargan de que el ser de arcilla sirva para hacer aparecer dioses, hombres, cuentas, batallas, monstruos...

Siempre ha sido preciso *homogeneizar, descualificar* lo esencial o naturalmente cualificado. La superficie vegetal pintoresca —por el ser que a través de ella, cual suya, se asoma y luce— está descualificada y homogenei-

zada en este papel sobre que escribo —o en la pizarra negra en que, de niños, hacíamos las cuentas.

Pizarra, papel... son el límite del proceso —inventado— de homogeneización y descualificación de una superficie: *forma espacial pura,* por purificada *inventivamente* de pintoresquismo natural.

El inventor del papel o papiro, en sus funciones típicas, fue precursor de Kant. Quien para escribir lo empleó fue kantiano, de obras, aunque su teoría ontológica afirmara que se identifican ser y verdad, que los accidentes descubren a la (su) sustancia y que para eso sirven. La ignorancia excusa de pecado; nunca, de error. El espacio, tal cual en esta página se exhibe, es *«límite del trabajo descualificador de lo sensible».* Cualquier cosa material en cuanto que funcione como lugar de aparición de otra, funciona realmente cual *forma a priori de espacio.* Y, por ello, lo *es.*

El concepto natural de espacio, de superficie, de piel de las cosas es pintoresco y exhíbese pintarrajeado de las cualidades de las cosas, pues son suyas y actúan de *suyas.* Espacio es *naturalmente* paisaje, campo, espejo de las aguas, cúpula celeste, piel humana o animal, mármol o playa, hoja o corteza... Tal concepto jamás inventará eso de papel o placa fotográfica. El concepto natural de espacio o de superficie es un abstracto; nunca, un constructor o inventor.

Del concepto natural de espacio o de superficie, de plano o de recta... se recae a sus concretos —espacio, superficie, línea... de árbol, hombre, mar...

«De la mar al percepto,
del percepto al concepto...
—¡oh, la linda tarea!—...
¡Y otra vez a empezar!»



Al inventar el papel se rompe el círculo natural de concreto a *su* abstracto y de abstracto a *su* concreto.

El papel no es el concreto natural del concepto natural de espacio; sino el concreto inventado según la forma a priori de espacio. El papel no es el cuerpo natural del concepto de espacio: es el cuerpo artificial, propio de la forma a priori de espacio. Que un material pueda hallarse en estado natural y artificial —de corteza y de papel— no nos extraña ya —y algunos nunca se han admirado de ello, por inconscientes y rutinarios. Que concepto pueda encontrarse en dos estados: natural y artificial, natural y de forma *a priori,* sorprenderá a algunos, sublevará a otros; lo aceptarán, por evidente, todos los que vean ese cuerpo propio —e inventado para el estado de *forma a priori* del concepto de espacio— que es papel —liso, blanco, puro—; o pizarra —lisa, negra, pura.

Nuestros conceptos naturales —sean o no los de espacio, superficie, plano, línea, dos, triángulo...— *están siendo* en ese almario que es nuestro cuerpo natural; y desde él, y con él, *nos abren hacia* los concretos de que provinieron y a que tienden de primera y segunda intención. Los conceptos puestos —por técnicas mentales, inventadas por tanto— en estado de formas a priori —por un *trabajo* des*cualificador*— están cual en cuerpo propio en uno *inventado* —a la altura de su pureza y capaz de purificar o descualificar él lo concreto. Así el papel es el cuerpo, *inventado* y *propio,* del concepto de espacio en estado de forma a priori.

Ya no hay paso entre el concepto-forma a priori y *«la mar»;* ni lo hay entre el percepto natural de árbol y el percepto de papel.

Inventados tableta de cera, pergamino, papiro, papel... invéntanse punzón, plumas, pincel; y es el concepto de recta en estado de *forma a priori* el que inventa, para

sí y para su estado y actos de su estado, ese cuerpo que se llama, es, y funciona como regla; y es el concepto de circunferencia, en estado precisamente de *forma a priori*, el que inventa para sí ese cuerpo propio que es compás...

Y para hacer el debido acatamiento al primero que cayó en cuenta de que hay concepto en estado de *forma a priori*, digamos que recta y regla, circunferencia y compás... son especializaciones del supremo concepto en estado de forma a priori que es *espacio*. Si puede, o le es permitido, dése Kant por enterado.

Será o no verdad eso que el alma se distingue del cuerpo; y, sobre todo, que el alma racional es separable del cuerpo. Lo cierto es que el hombre *ha inventado* para sí una nueva alma cuya contextura son los conceptos en estado de forma a priori, y *ha inventado* para tal alma un nuevo cuerpo, componentes del cual son regla, compás, papel, pluma... Lo indudable, por palpable, es que todo lo natural —hombre o no, y, en el hombre, su cuerpo y alma naturales— ha descendido al nivel de simple material: almario para nueva alma que, por nueva, recibirá el nombre de «yo trascendental». Y de ello sabrán los que dejen de serse naturalmente, pues lo serán. Los demás son «paganos»; o, con más neutral calificación, «naturalistas».

Hay un tiempo natural y un percepto natural de tiempo; tiempo pintoresco con ritmo y melodía de danza folklórica, a veces; otras, aparatosamente envuelto en manto de luz o de sombra, al monótono compás de día y de noche, o con ese ritmo vegetativo de primavera, verano, otoño e invierno, a la vez pintoresco, folklórico, aparatoso y en definitiva monótono —por no hablar pretenciosamente del ritmo *alfa* de nuestro cerebro.

El hombre ha inventado un concepto de tiempo en

estado de *forma a priori* y el percepto correspondiente: reloj —de arena, de péndulo, de resorte... Y en él aparecen y en él ve el hombre —en cuanto y por lo que tuviere en estado de yo trascendental— lo que de tiempo puro, límpido, cristalizable en matemáticas tuvieron el tiempo y los perceptos naturales. Todo ese folklore de tiempos fastos o nefastos, sagrados o profanos, queda tan fuera de tiempo, en estado de *forma a priori,* cual el peso o calor de un cuerpo en su imagen especular. Es un prejuicio el de no admitir conceptos artificiales, del mismo estilo ontológico que cosas artificiales; hay realidades retocadas en puro espejo; hay conceptos, pulidos con función de espejo; espacio y tiempo en estado de *forma a priori* son conceptos en estado *artificial* —conceptos «artificiales», no menos potentes en su orden que espejo, placa fotográfica, nivel, regla, plomada... El cuerpo propio, inventado, para y por el tiempo en estado artificial o de *forma a priori* es el reloj. El cuerpo artificial del concepto artificial de espacio es la regla —el compás, el nivel... Quien los emplea es kantiano —sépalo o no, admítalo o no, condénelo o no. Las acciones de homogeneizar y descualificar son reales y verdaderas acciones —de cuando en cuando auténticas «gestas», nefastas para el folklore y pintoresquismo moral. religioso, teleológico de espacio y tiempo naturales.

Espacio y tiempo *artificiales* son *«límites del trabajo descualificador de lo sensible»;* son condiciones necesarias, del tipo *sine qua non,* para la objetividad propiamente científica; mas no suficientes. El espejo es condición necesaria para que pueda dar en él un cuerpo una imagen de sí —pura luz, congelada, imponderable, ineficiente—; mas es preciso que *se den* cuerpos, *que los haya* —cosa que el espejo no puede hacer. El cuerpo le hace al espejo *la gracia* de presentarse con todo lo suyo ante él;

el espejo responde, *sin remedio*, a tal íntegra presencia y eficiencia con una *simple imagen* —descualificadora de todo, aun de la realidad misma de la luz.

El espejo *anonada*, sin aniquilar, todo lo del cuerpo; casi todo lo de él lo anonada por negarle presencia y eficiencia —así al peso, al calor, a su composición molecular, radiatoria...; a la luz, a sus radiaciones las *anonada* por negarles eficiencia, aceptando la pura presencia.

Espejo, reloj, regla, compás... anonadan espacio y tiempo reales, internos o externos, en cuanto a eficacia; los dejan *ser reducidos* a pura presencia —a *presenciales típicos*. Las *formas a priori* de espacio y tiempo *anonadan* los conceptos naturales de espacio y tiempo en cuanto a sus reales conexiones con esencia, naturaleza, accidentes...; los reducen a *presenciales*.

Espejo, reloj, papel, regla, pergamino, compás... espacio y tiempo en estado de forma a priori son *novedades en nada* —anonadantes sin aniquilar. Lo que resulta de tal anonadamiento no aniquilador son presenciales puros y típicos del universo. La ciencia se constituye de tales presenciales; inventa órganos o instrumentos en que se los proporcione lo real; y paga gustosa «el precio» —anonadar sin aniquilar.

La imagen presente en el espejo, el tiempo presentado en el reloj, la longitud manifiesta en la regla, lo medido declarado por cualquier aparato medidor... son *«ser que no es»* —ser real que no es real folklórica, pintoresca, abigarrada, concretamente.

Espejo, reloj, placa fotográfica, regla, compás, papel... formas a priori de espacio y tiempo son *novedades* en nada —nada positiva y originalmente moldeada.

I. 3) *La lógica formal;* novedad en nada.

«El pensamiento lógico sólo se da, en efecto, en el vacío insensible; y aunque es maravilloso este poder de inhibición del ser, de donde surge el palacio encantado de la lógica..., con todo, el ser no es nunca *pensado; contra la sentencia, el ser y el pensar (el pensar homogeneizador) no coinciden, ni por casualidad...»*

«Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.»

Querer, empeñarse y emperrarse en pensar sólo en ser —ni más ni menos que en ser, en *ser en cuanto ser*— es poner a tal concepto en estado de *inhibición.* Espontáneamente, dejándonos llevar por la corriente, decimos y pensamos que yo soy ser, que dos es ser, que sol es ser...; que Platón es hombre, que Aristóteles es hombre...; que esta mesa es una, que estas sillas son dos... *Ser,* ejemplarmente, es, de suyo, el concepto de mínima inhibición frente a todo; de todos y de todo lo de todos se predica, y «vive» predicado de ellos. Los conceptos matemáticos son más remilgados y remirados. Esta hoja en que escribo es, de todo en todo, ser; mas sólo aproximadamente, burdamente, la llamaría rectangular un matemático. Esta hoja no es aproximadamente ser; *es ser.* Ser no padece de inhibiciones frente a ella, ni ella las sufre respecto de ser —de unidad, realidad, existencia... Quien inhibe al ser es el pensamiento: *«el pensar homogeneizador»; «maravilloso poder... de donde surge el palacio encantado de la lógica».*

Que, en efecto, la lógica habla de «alguien» —y no de hombre, por muy excelsos que nos tengamos; o de Dios,

por muy excepcional ente que sea...—; y habla de que «algo» conviene o no a un alguien —y no habla propiamente de que «el hombre es racional» o «el dos es par»..., aceptando lo prematuro y optimista del primer «algo» y lo eternamente cansino del segundo «algo»... E indiferentemente aplica la lógica el sí y el no, la afirmación y la negación —igual entran en ella proposiciones cual «Dios existe» y «Dios no existe», como lo del Poeta:

«El hombre es por natura la bestia paradójica,
un animal absurdo que necesita lógica.
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,
"Ya estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada".»

El hombre creó de nada todo un mundo, el mundo de lo artificial: de productos e inventos, de flecha a cohete, de aguja a perforadora... de troglodita a palaciego, de padre de familia a Padre de la Patria...; y recreó el mundo natural a la imagen y semejanza de sus necesidades y conveniencias, vicios y lujo.

«¿Dices que nada se crea?
No te importe...».

¿Qué falta le hacía entonces hablar de «algo», cuando tenía delante esto y esto: casa, silla, ballesta, tenedor... bellotas a la mano, frutas de árboles, carne de caza..., y hablar de «alguien» —presentes como estaban mujer, hijos, cazadores, pescadores... ciudadanos, amigos, enemigos—; y, encima de eso, decir «algo de alguien» o decir «no algo de alguien», y sostener que no se puede decir a la vez «alguien es algo» y «ese alguien no es algo»; y llamar a «alguien» sujeto; a «algo», predicado;

a «alguien es algo», proposición; y a eso de «alguien es algo» y «ese alguien no es algo», contradicción, y proponerse evitarla...

«El hombre es...
un animal absurdo que necesita lógica»:

inhibirse —o como se dice ahora «poner en paréntesis», «fuera de acción», «abstenerse de»— del mundo que él mismo ha creado o recreado? «*Maravilloso poder*» el de la inhibición del ser. Maravilloso por doble capítulo; *primero*, porque tal poder *es* la libertad misma; *segundo*, porque de su ejercicio surge «*el palacio encantado de la lógica*». Las dos maravillas lo son del estilo «novedad en nada» —formas de *no*.

Ser esclavo de sus propios efectos les pasa a las causas necesarias y suficientes de ellos. A toda acción corresponde una reacción, igual en valor de realidad, mas de signo o dirección contraria. Total: hecha la suma, resultado «cero». «La causa *fue* causa de su efecto y *resultó* efecto de su efecto, a la vez que el efecto *fue* efecto de su causa y *resultó* causa de su causa.»

Comience por donde comenzare, siempre llegaré a lo mismo», dijo Parménides, nuestro viejo padre en filosofía, después de haber puesto a girar la esfera del Ser.

En un mundo de causas y efectos, bien cerrado o perfecto, no hay, en realidad de verdad, causa que *sea* causa y efecto que *sea* efecto. Sólo una causa que se evada de tal mundo antes de que sobrevenga la reacción será causa y no efecto, y, mejor, *habrá sido* causa, y, por el mero hecho, el efecto *habrá sido* efecto: mas ni la causa *es* causa, ni el efecto *es* efecto.

Causa que se empeñe en conservar al efecto en su carácter de efecto desata una reacción en virtud de la cual el efecto se le vuelve causa, causa de su causa; o, si

no queremos apurar las cosas, el efecto se le pone a *serse en sí,* a *ser;* y se acabó lo de ser *de otro, por virtud de* otro. Se acabó la causalidad. El hombre *«creó de la nada un mundo, y, su obra terminada, "Ya estoy en el secreto —se dijo— Todo es nada"»,* porque si el mundo es realmente efecto, y se mantiene real por ser efecto del hombre, el hombre dejará de ser creador; se cambiará en creatura, en siervo de sus siervos; y se alzarán éstos a señores de su señor. El hombre, en cuanto inventor de la lógica, *«está en el secreto»:* inhibirse de ser en el mundo, negarlo, por indiferencia frente a sí y no, real o irreal, temporal o eterno, verdadero o falso, éste, ése, aquél; minerales, plantas, animales, hombre, héroes, dioses, Dios...

El ser se inhibe de los seres; le son nada.

El pensar se inhibe de afirmar y negar, de poner que *son* o que *no son,* de poner que *son* tales o cuales, así o asá. Objeto. Se inhibe de servirse del *es.* El ser *no es ya;* el ser *no es* hombre o el hombre *no es* ser; el dos *no es* ser, y el ser *no es* dos... «Es» abre al ser hacia todo; «es» es el estado de *cópula* del Ser.

Actitud, e inventiva, *absurda* para un animal —avorazado como vive en su mundo o adormilado a él.

El hombre se define como *«bestia paradójica»* al inventar el concepto de «ser en cuanto ni más ni menos que ser». Por virtud de tal inhibición surge *«el palacio encantado de la lógica». Encantado* cual los príncipes y princesas de los cuentos —estado de ni vivo ni muerto, de suspensión, abstención, emparentisificamiento, embobamiento extático, congelación óntica y energética.

«El hombre es racional», luego «lo que no sea racional no es hombre» es una deducción lógica, vivita y coleando aún de realidad. Más la fórmula

$$(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$$

es deducción lógica «encantada»; dentro de *p, q,* ni vive ni colea nadie, o todos por igual —lo que es peor, pues equivale a una total desconsideración ontológica. En la deducción lógica concreta la fórmula se ha trocado en *forma* —en forma de ese sutil material: hombre, racional. Para la *fórmula, «todo eso»:* hombre, racional, y su universo, *«es nada».*

«El palacio encantado» de la lógica formal —y sus congéneres en constitución y actitud: *«la concepción mecánica del mundo, la crítica de Kant, la metafísica de Leibniz, por no citar sino ejemplos ingentes»*— es de maravillosa arquitectura. Miremos y admiremos los pisos:

I) $qp \supset p$

$p \supset pq$

$pq \supset qp$

$(p \supset q) \supset (pr \supset qr)$

...

$(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$

$p \cdot \bar{p}$

$(p \supset q) \cdot (q \supset r) \supset (p \supset r)$

...

II) $a + b = c; \; ab = d$

$a + b = b + a; \; ab = ba$

$a + (b + c) = (a + b) + c; \; a(bc) = (ab)c$

$a(b + c) = ab + ac$

...

$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$

$(a - b)\,(a + b) = a^2 - b^2$

...

$$x'^2 - c^2t'^2 = x^2 - c^2t^2$$

$$x' = \frac{x - vt}{\sqrt{(1 - \frac{v^2}{c^2})}}$$

$$y' = y; \; z' = z$$

$$t' = \frac{t - \frac{vx}{c^2}}{\sqrt{(1 - \frac{v^2}{c^2})}}$$

$$x'_1 - x'_2 = (x_1 - x_2) \; / \; \sqrt{(1 - \frac{v^2}{c^2})}$$

$$x_1 - x_2 = (x'_1 - x'_2) \; / \; \sqrt{(1 - \frac{v^2}{c^2})}$$

$$t'_1 - t'_2 = (t_1 - t_2) \; / \; \sqrt{(1 - \frac{v^2}{c^2})}$$

...

III) $E = mc^2$

...

$$p = mv = \frac{m_0 v}{\sqrt{(1 - \frac{v^2}{c^2})}}$$

$$m_0 = c^{1/2}\sqrt{(E^2 - p^2c^2)}$$

...

$$E = cp$$

...

Son, cada uno en su orden lógico, algebraico, físico... «*palacio encantado*».

La técnica saca de su encantamiento tales palacios, y los trueca en castillos o en fábricas.

Kant vivió durante años en la lógica y ontológica wolfianas cual en palacio encantado. Las dos proposiciones «todo cuerpo es divisible» y «algo divisible es cuerpo» se hallan, lógicamente, en suspenso: tan verdadera la una como la otra, pues son equivalentes por inversión. Y es el pensamiento quien vive en tal ambiente de equilibrio congelado o encantado en que puede hacer de sujeto lo mismo «cuerpo», que «algo divisible»; y de predicado, es igual que funcione «divisible» como «cuerpo». De tal neutralidad sacan las categorías o conocimiento a la lógica; y la categoría de «sustancia» determina que «todo cuerpo es divisible» es proposición realmente verdadera; la otra: «algo divisible es cuerpo» es verdadera, mas no realmente verdadera. La función categorial hace echar pie a tierra a una sola proposición; la otra, a pesar de ser lógicamente equivalente, quédase en una de las vitrinas o neveras del palacio encantado de la lógica formal. Tal es la lógica aristotélica: «*artificio maravilloso que empleó el pensamiento humano, durante siglos, para andar por casa*», cual por palacio encantado, «lejos del mundanal ruido» —lejos de la realidad de verdad, de la lógica *heterogeneizante e inventora*, propia de «un pensar poético», "*heterogeneizante, inventor, descubridor de lo real*".

Lógica formal, matemática formal, física matemática son, en verdad, *novedades en nada* —maravillosos estados de encantamiento mental dentro de maravillosos palacios encantados. *No aniquilan* lo real de verdad; *lo*

anonadan. Pensar y pensado se ponen fuera del alcance de lo real; se entran en paréntesis, en vitrina; hácese el vacío absoluto; todo flota, ingrávido, donde se lo coloque; en tal ambiente de cero absoluto, todo se halla cristalizado: ordenado, inmoble, transparente.

El pensar termina en «*callejón sin salida*»: en nevera ontológica.

II

Novedades en ser

> *«Agua del buen manantial,*
> *siempre viva,*
> *fugitiva;*
> *poesía, cosa cordial.*
> *¿Constructora?*
> *—No hay cimiento*
> *ni en el alma ni en el viento.*
> *Bogadora,*
> *marinera,*
> *hacia la mar sin ribera.»*

II.1) *El pensar poético.*

Cuadros, estatuas, templos, palacios... presentan una indisimulable e irremediable expresión de «pasmados y extáticos». Por eso mirarlos, remirarlos y admirarlos lleva tan fácil y eficazmente al estado de embobados y absortos —a eso que llaman «contemplación».

Para no quedar encandilados, y obsesionados, es

preciso cambiar de perspectiva —cuando se puede. Es que todo eso son *novedades en espacio;* heterogeneizaciones, sin duda, inventos que en lo material espacializado introdujo el artista, contra y a pesar de su forma o género natural, cual sobre base necesaria; mas sin haber conseguido librarse, ni liberar a las nuevas formas, de la espacialización del material. Y espacio es, no algo en sí y eso ni más ni menos, sino estado de indiferente adlateralidad e indiferente unión de cosas. *Extensión* es *indiferente adlateralidad; continuidad, indiferente unión.* Estado espacial de algo —sea mármol, luz, calor, vida...— es, pues, estado de extensión y continuidad.

Los cinco puntos, aquí señalados con cinco letras

$(\dot{a})\ (\dot{b})\ (\dot{c})\ (\dot{d})\ (\dot{e})$

se hallan en estado espacial porque uno está al lado de otro indiferentemente; que el (*a*) esté al lado izquierdo de (*b*) y (*b*) al lado derecho de (*a*)... es puro hecho; tan puro y vacío de razones que ha sido preciso, por una decisión arbitraria y externa a ellos, adscribir a uno una letra y a otro otra. Cada punto es distinto de los demás; son cinco; mas indiscernibles; cada uno es tan punto, ni más ni menos, que otro. Son cinco, sin que sea posible dar razón de por qué uno no es otro —caso límite de quintillizos perfectos. Ninguno de ellos es *éste* o individuo, al menos con una pizca de originalidad que lo haga *único.*

Lejos de que sea verdad el principio leibniziano de «la identidad de los indiscernibles», tal no identidad de una pluralidad de indiscernibles es la definición, y la realidad, del espacio —y de lo que una cosa o muchas tengan de espaciales, cada una y una respecto de otras.

Hay, claro está, una adlateralidad cualitativa, ordi-

nal, como la que existe entre 1, 2, 3, 4...; 1 está al lado de 2, por una razón de orden positiva: por ser 1 menor que 2, y ser 1 el único entero predecesor de 2... Tal relación de orden libera a los enteros de ser puntos del espacio. Adlateralidad cualitativa rige entre mi brazo derecho y el izquierdo; y cambiar, sin efecto, uno por otro lo harán la imaginación o el pensamiento, mas Dios nos guarde de que se intente hacerlo de verdad.

Se dan uniones indiferentes, de puro y simple hecho; y otras, selectas. Se unen selectivamente dedos en mano, mano en brazo...; un punto de este papel con otro, tan próximo como queramos, se unen, sin duda —no es un montón de arena—; pero no hay razón especial de por qué están unidos, por la simple razón de que cada uno es exactamente igual que otro. Continuidad no es unidad especial fundada en especialidades de las cosas unidas; continuidad es unión positiva entre perfectamente iguales, sólo distintos por el número. Están unidos, simple y llanamente porque no están separados; y, al revés: están separados —discontinuos— simplemente porque no están unidos.

El espacio es el estado de *anonadamiento* —indiferenciación, homogeneización, descualificación— de la oposición uno-muchos, el mismo-diverso. Es el reinado del *porque sí en círculo*. Uno es uno porque no es muchos; muchos son muchos porque no son uno; uno está unido con otro, porque no está separado de él; uno está separado (discontinuo) de otro, porque no está unido con él.

Pero no se pregunte por qué uno es *este*, y otro es *este* otro; o por qué *este en cuanto este* está unido con *este otro* en cuanto *este otro*. Cada uno es Don Nadie, un cualquiera; en el espacio cada elemento es excelentísimamente Don Nadie y eminentísimamente Don Cualquiera.

Cuando la física clásica se planteó, por fin, el proble-

ma de si tenía sentido real, comprobable a «ojo de instrumentos», eso de que la tierra está en *este* lugar en *este* momento y con *esta* velocidad —de traslación al derredor de *este* Sol—; y, por tanto, si *este* éter, *este* tren de ondas está en *este* lugar, con *esta* velocidad, respecto de la tierra —triplemente *esta*—, el aparato no dio respuesta alguna a tan, al parecer, racional pregunta cargada de todas las razones de la física clásica.

Evidentemente la tierra está en cada momento en *un* lugar y en un solo lugar; mas tal lugar no es *éste* y tal momento no es *éste*. Esa categoría de *éste* no tiene sentido físico, por mucho que tenga de ontológico y por grandes que sean las ganas del físico clásico —así lo sean las de Michelson y Morley juntas— de dar sentido absoluto, privilegiado, a eso de estar *aquí* la tierra en *este* momento y estar *allá* en *estotro* momento, por tanto pasar de *este* lugar a *estotro* con *esta* velocidad.

La confusión entre estar en *un* lugar en *un* momento dado y estar en *este* lugar en *este* momento define la física clásica; la física moderna desenmarañó tal confusión; la filosofía continúa enmarañada en ella, y emperrada en mantenerla.

Un cuadro es *este* cuadro; una estatua es *esta* estatua —y no son uno de tantos, un cualquiera, un Don Nadie. Cuando un cualquiera puede hacer algo, lo hecho es una cosa cualquiera; nunca una estatua que sea *ésta* —original, nueva, ejemplar único posible. Una reproducción fotográfica de una obra de arte —de *ésta*— no es *esta* reproducción; es una de tantas, de los miles de una edición que no es, por su parte, la única edición posible, aunque, por el momento, sea la única posible legalmente.

El cualquierismo por parte de la causa y el cualquierismo por parte de lo hecho por ella son, por igual, destructores de la obra de arte.

Están peligrosamente cerca del cualquierismo las obras de arte espaciales —bi o tridimensionales. No tanto, las espacializadas.

Esta estatua —digamos la de la Venus de Milo, para no defraudar la fundada expectación de tantos lectores— es *ésta* —ejemplar único, original, maravilloso; un poco menos que Venus, si es que alguna vez existió y fue algo más único que su estatua—; mas Venus está pasmada en mármol, en *este* mármol, hecho *éste* por *esta* actitud de sobria y fuerte elegancia de cuerpo, patente sin ostentación, procacidad o vergüenza. Empero, siempre, es una sola de las actitudes de Venus, trocada en *esta* única, para siempre, por el pasmo de la inercia de la materia. El peor castigo que para Venus pudiera imaginarse sería condenarla a escoger de entre sus posibles, y múltiples actitudes, una; y, elegida, pasmar en ella a Venus por toda la eternidad. Eso, justamente, es lo que hace el artista al espacializar su idea. Y, espacializada, hace posible una infinidad de reproducciones, cada una una de tantas. Mientras exista el original, el *éste*, las reproducciones poseerán centro, sistema privilegiado de referencia; ellas serán entre sí cada una una de tantas —dominio de *relatividad*.

Cada objeto de arte *espacial* es, en realidad de verdad, la negación positiva y concreta del «principio de relatividad», propio del espacio físico. *Éste* es la negación positiva y original de uno-de-tantos, de un cualquiera, de Don Nadie. Cada uno de los hombres somos uno —y no muchos—; no somos *íntegramente éste;* cada uno, no es *totalmente único.* En la inmensa mayoría de nuestras llamadas propiedades no pasamos de serlas como uno de tantos, cual perfectos Don Nadie; y técnicas hay —de gran rendimiento religioso, social, económico...— que explotan, cual negocio, el cualquierismo, y lo reproducen en sus millones, centenares de millones de

fieles, adeptos, partidarios... El «éste» se refugia, alguna vez, en el arte —en (sus) artes.

Las artes espaciales son el invento exitoso de elevar a éste uno de tantos; «*llevar al lienzo*» la objetivación de *éste* —verdadera «*hazaña de gigantes*», cual Velázquez. Cada obra de arte espacial es un *éste pasmado* —sustraído a movimiento, a tiempo, a vida, a cambios de humor, enfermedades, muerte...

Mirando esos *éste* pasmados que son las obras de arte espacial éntranos el miedo de que la vida eterna no resulte pasmo eterno en una actitud —noble, vil, gazmoña, arrogante, infantil, amable, repulsiva, bobalicona o inteligente... El arte *es* esa lección, sin dárnosla. Lección de escatología ontológica. Vida eterna es *ser* condenado a ser *éste* en todo: condenación a ser estatua, instalada en un gesto y actitud inmutables: la de pasmado en bienaventuranza, la de pasmado en malaventura —o la del pasmo bobalicón en limbo.

Empero música y poesía son inventos del tipo de «éste», ni pasmados ni pasmables.

«Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva;
poesía, cosa cordial.
¿Constructora?
—No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento.
Bogadora,
marinera,
hacia la mar sin ribera.»

Esta sinfonía —la Novena de Beethoven...— es *ésta* por virtud de un invento, transfinitamente más sutil que

el más fino micrótomo: define tiempo y movimiento sin cortarlos. El cincel hace que un bloque de mármol sea *éste,* por recortarlo del restante de la cantera —por dividirlo de lo demás, a la vez que a tal bloque recortado lo rehace y realza en *éste* por virtud de la forma original que, pasmada ella en él y él en ella, le da indivisión positiva.

Al individuo lo definió el clásico por «*indivisum in se et divisum ab alio*». Unidad, por estar separado o dividido de; y unidad, por ser ya él. No insistamos en la observación de que una abrumadora mayoría de los hombres somos —casi siempre, y al menor descuido— individuos más bien por estar divididos corporal o materialmente de los demás que por ser cada uno *él* —haya o no otros. Es la materia, sellada por una cantidad determinada, la que nos hace estar siendo distintos de los demás —comenzando por notar que la materia se presta propísimamente a división; y la materia cuantificada, a división en trozos de igual contextura, cual una línea en dos líneas, un volumen en volúmenes, un igual en iguales. Que una vez dividida una recta en dos rectas, cada una se recobre, se reconcentre, y haga de sus extremos algo así como *su* piel, y de los puntos intermedios algo así como *sus* órganos, es transformación que las rectas son incapaces de hacer y aun de intentar; por eso se resueldan tan fácilmente en una recta, con esa facilidad sospechosa, directa e inversa, como divido 2 en 1 y 1, se sueldan 1 y 1 en 2. En el puro dominio de lo geométrico y aritmético no hay, en propiedad, individuos: cosas con unidad positiva y original.

La materia física no se divide con esa facilidad casi automática; ni dividida, se resuelda con esa facilidad, digna de llamarse soldadura autógena: engendrada por sí misma en sus mismas partes separadas. Por eso la

materia física puede servir de principio de individuación: de ser algo *éste.*

«*Materia signata quantitate est principium individuationis.*» Tal es la tesis clásica.

La gracia estaría en individuar sin recortar —por cincel o por mitosis. El cuchillo más delgado y mejor afilado no corta el aire, y lo deja recortado en trozos; el cincel más duro y acuñado no hiende la luz, y hace estatuas de tal material, sillares del templo del sol. Aire y luz parecen restañar sin más semejantes heridas —atentados inevitablemente frustrados.

Música y poesía son los maravillosos instrumentos para individuar el aire, sin dejarlo cortado; lo cortan y hienden en movimiento —hazaña superior a matar pájaro en vuelo.

Dos puntos determinan una recta; pero tales dos puntos sólo metafóricamente son *suyos:* de la recta. El primero y el último compás de la Novena Sinfonía de Beethoven determinan toda la sinfonía; mas son *sus* compases —*su* compás inicial y *su* compás final—; y eso de *sus* no es metáfora, sino sensible y sentida realidad. Los puntos de una recta, interiores a sus extremos, no son tampoco *sus puntos;* son puntos, cual los de otra cualquiera que, por un accidente, siempre y sin más remediable, son de una recta y no de otra. Las notas intermedias entre el primer y último compás son *suyas* —de la Novena Sinfonía justamente. Y bien sabemos, por sabiduría auditiva, que el estornudo de un oyente a mitad de una sinfonía es simultáneo con ella, mas no es de ella. Antes del primer compás no hay nada de la sinfonía; después del último, nada ella. Surge de nada, porque sí; y justamente esa presencia súbita, de sopetón, de golpe, *porque sí*, es su peculiar gracia —la gracia de su ser y la gracia que nos hace. Y desaparece sin aniquilación a manos de potencia externa; desaparece porque sí;

se va como había venido. Que de venir Dios al mundo, de tal manera viniera —y de tal se fuera de él. Los demás tipos de venidas e idas son una vulgaridad ontológica —tipos apropiados para uno de tantos, un cualquiera, un Don Nadie. No, para *Éste*. Por eso, precisamente, puede pasar aquello del Evangelio, «los suyos no lo reconocieron».

La forma parencial de uno de tantos es la menos apropiada para forma parencial de *Éste* —de *El Este.*

«*¿Qué se hicieron las damas;*
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?...»

Nuestro poeta ha sabido escuchar esa pieza poética de Manrique, y no le ha entrado por un oído y salido por otro, tras el paso por redes nerviosas de un cerebro que, por inexplicable lujo biológico, no es simplemente electrónico. «*El poeta no comienza por asentar nociones que traducir en juicios analíticos, con los cuales construir razonamientos. El poeta no pretende saber nada; pregunta por damas, tocados, vestidos, olores, llamas, amantes... El ¿qué se hicieron?, el devenir en interrogante, individualiza ya estas nociones genéricas, las coloca en el tiempo, en un pasado vivo, donde el poeta pretende intuirlas, como*

objetos únicos, las rememora o evoca. No pueden ser ya cualesquiera damas, tocados, fragancias y vestidos, sino aquellos que, estampados en la placa del tiempo, conmueven —¡todavía!— el corazón del poeta... Terminada la estrofa, queda toda ella vibrando en nuestra memoria como una melodía única, que no podrá repetirse ni imitarse, porque para ello sería preciso haberla vivido.»

Esas estrofas de Manrique son un individuo, un *Éste*, inconmensurable e incomparablemente más uno, más separado o distinto de todo que Platón de Aristóteles, que yo de tú. Son, verdaderísimamente, un *único*. Tan único, tan *«melodía única»*, que, al releer la letra, al reoírla tenemos ante vista y oídos la misma realidad —la misma, por ser única— cual nos encontramos siendo los mismos al cabo de habernos despertado miles de veces por decenas de años. ¿Con quién otro se iba uno mismo a encontrar siendo al despertarse? «Es imposible que el mismo sea y no sea a la vez el mismo según lo mismo» es una manera negativa y cruda de decir: «El mismo puede serse el mismo innumerables veces; en una vez, equivalente a muchas sueltas; o en muchas sueltas, y discontinuas, equivalentes —sumadas— a una».

Cuando el mismo es *este* mismo, la posibilidad de recreación de sí mismo por sí mismo, de reaparición de sí porque sí, pasa a realidad por virtud de una simple ocasión, o cuando más de condiciones necesarias y propias, que no pueden llegar nunca a suficientes. Lo único, *en cuanto único*, no puede tener causa suficiente de ser, pasar a ser, revertir a ser, sino *por sí mismo*. Toda novedad, en cuanto novedad, es algo nuevo —con evidente perogrullismo—; y lo nuevo «no tiene vigilia», y lo único «no tiene padres».

Cada uno de los hombres somos unos de tantos, un cualquiera, un real Don Nadie por los componentes básicos —necesarios— de nuestra realidad; el cuerpo de

cada uno es uno de tantos cuerpos, animados o no, sometidos todos a las mismas leyes; y la vida sensible de cada uno es del tipo uno-de-tantos, de tal especie, género...; desde nacer, como nace el «uno-de-tantos» de la especie, a morir —como muere el uno de tantos, de la especie—; en eso, y en tantas cosas más, nada innova «*este yo*», o la unicidad. Cada uno estrena, sin duda, un yo, un yo nuevecito; mas ningún yo estrena cuerpo o alma; cuerpo y alma son, por contextura, uno de tantos a los que sobreviene ese accidente —del que ni se enteran: el de ser mío, tuyo, suyo.

El arte, en contraposición resaltante con la naturaleza, inventa modos de reducir ejemplarmente la dosis de interno cualquierismo. Esta estatua —la de Venus de Milo— no es uno de tantos vivientes humanos, regidos cada uno por leyes biológicas de nacimiento a muerte, comunes a todos y, por ello, cumplidas por cada uno en cuanto uno-de-tantos. La Venus de Milo no vive; es el invento mismo de sustraerse a la biología. Y la Novena Sinfonía de Beethoven o el poema de Manrique son inventos por los que un segmento temporal se evade de las leyes físicas relativistas, del tiempo físico; y se hace *éste*, con inicio, medio y final originales. Sol, tierra, luna, cohete... son cada uno uno de tantos, de tantísimos, de infinitos sistemas de referencia posibles y equivalentes; ninguno es *éste* —por mucho que nos duela el que nuestra madre tierra sea un cuerpo cualquiera, un Excelentísimamente Don Nadie. Y una vibración, un período de un color, es uno de tantos de su frecuencia típica —uno de tantos de cuatrillones, quintillones, sextillones...— que es emitido o absorbido como uno de tantos, por leyes para uno de tantos.

La Novena Sinfonía es, en verdad, invento, cual el televisor; mayor invento que él. No es fabricable en serie, ni puede haber piezas de repuesto; y cuando se lo

reproduce —por discos, cinta magnetofónica...— revierte *la misma: la única.*

Cada uno nacemos de nuestros padres, como de causa necesaria y suficiente para ser uno de tantos hombres, individuos de especie; mas el que uno se haga yo, que uno resulte único, es novedad; es porque sí, porque *de sí. Yo* no nace ni *vive* ni muere por fenómeno biológico físico.

Que «éste» no es uno de tantos ni es demostrable por conceptos lo demuestra el arte, no en abstracto sino en concreto: *esta* obra de pintura: *Las Meninas* de Velázquez; *esta* sinfonía: la Novena de Beethoven; *este* poema: el citado de Manrique...

Todo ello son, de manera espectacularmente ejemplar, *novedades en ser;* y de manera superlativa lo es *Poesía:*

> *«Ni mármol duro y eterno,*
> *ni música ni pintura,*
> *sino palabra en el tiempo.»*

II. 2) *Lógica y pensar poético.*

«Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético, heterogeneizante, inventor *o descubridor de lo real. Que nuestro propósito sea más o menos irrealizable, en nada amengua la dignidad de nuestro propósito.»*

a) Solemos ser tan cruda, burda y brutalmente materialistas que esa palabra «inventor» no pensamos se pueda aplicar con sentido sino a los inventores de agujas, televisor, auto... estilográfica... rueda, timón, sílice tallada... La frase: *«pensar poético»* la toleramos —con benévola, irónica o displicente sonrisa— en labios y pluma de poetas. Algunos habrá que aguanten, por

simple urbanidad, eso de *«lógica poética»*. ¿Cuántos la tomarán en serio? Hagámoslo aquí.

Toda palabra —decía Aristóteles, y lo hemos repetido aquí— comienza por ser semántica o simplemente indicativa —señala algo, como el dedo lo hace: sin hacer nada. Ascenderá la palabra a apofántica, cuando descubra algo en alguien o encubra algo de alguien. Ese conjunto de palabras: «el hombre es racional», desencubre en el hombre eso de *racional*, frecuentemente oculto —entonces y ahora— por sus animaladas, errores y tonterías. «El hombre es bestia» es palabra encubridora de *racional*, si es que racional afloró y salió a luz del día alguna vez; sobre todo, si en algún feliz mortal llegó a cenit, a mediodía. Por ejemplo, en Platón, Aristóteles...

Encubrir, o desencubrir algo que ya preexistía, en alguien, que también preexistía, no son, por cierto, grandes y espectaculares acciones; lo son tan modestas como echarse encima el manto o quitárselo. Pero algo es algo; y desencubrir algo en alguien por la mínima virtud de unas palabras, o encubrirlo por otras palabras, es una especie de *«Sésamo, ábrete»* o de *«Hágase luz»*.

Las proposiciones *verdaderas* son otros tantos «Sésamo, ábrete» y «Hágase luz»; y la *lógica*, en su primera parte, es *caja de fósforos*.

Por sólo decir la definición de hombre, el griego no hizo, en su realidad de verdad, racional al mono. Por sólo su palabra Dios hizo al hombre real de verdad, y lo hizo real imagen y semejanza suya. La palabra, en su colmo de virtud, es *apofántica;* dicho en castellano, es *iluminadora* —fósforo: algo así como luz del Sol que sólo iluminara sin calentar.

La *Lógica*, en su segunda parte, es syn-logismo —palabra que, pulida por el roce lingual, resultará silogismo. Silogismo es contexto (syn) de palabras enrazonadas o razones empalabradas (logos) tal que, puestas

unas, se siguen otras, por el simple hecho de haber puesto las primeras. Así nos lo dice Aristóteles, en cuya cabeza y lengua cual en laboratorio de química, estrenó la silogística su poder y se formaron esos compuestos de razones empalabradas que son las figuras y modos del silogismo.

Sueltos andan por el mundo pedernal y hierro; golpéeselos, y saltará una chispa; suelta está la yesca, cualquier hoja seca; júntese todo eso, y la llama podrá encender leña e incendiar la casa. Sueltas andan proposiciones cual «el hombre es mortal», «los atenienses son hombres»; únaselas por *y*, y saltará la chispa: la proposición apofántica o radiante en luz: «luego los atenienses son mortales». La yesca quemada —y desaparecida— es la palabra enrazonada o razón empalabrada de *hombre*. Al término medio, el viento se lo llevó. Pero ha bastado con *poner* dos proposiciones para que, sin más, aparezca radiante en razón una tercera —una *nueva* proposición— formando las tres un contexto *nuevo* —un silogismo de la primera figura.

Silogismo es un *hallazgo* tan sencillo, en su orden, como el de un yesquero prehistórico. Es un *hallazgo;* no llega a la categoría de *invento*. Los materiales de silogismo y yesquero, con sus propiedades, son naturales. Sólo es novedad la ocurrencia de juntarlos; y novedad, su resultado.

Si al yesquero llamamos silogismo real no haremos gran violencia a las cosas; una poca, sí, a las palabras. Puestos pedernal y hierro, por sólo golpearlos se sigue chispa —algo nuevo, algo distinto de pedernal y hierro.

A la lógica —clásica, natural— se la puede potenciar de dos maneras; *primera*, transformando la proposición de iluminadora o aclaradora en creadora; *segunda*, transustanciando silogismo verbal-racional en instrumento de producción.

La lógica natural es *homogénea;* con palabras (logos) o sonidos enrazonados y razones sonantes compone otras palabras (syn-logismos); y de palabras no salimos —todo pasa en el mismo género. Cuando Dios dijo «Hágase luz», su palabra fue creadora. El silogismo ascendió a real, mas su premisa primera fue verbal. *Dijo Dios:* «Hágase luz»; la secuela fue real: «y la luz fue hecha» —sin más, y con la *palabra* bastó, sin arcos voltaicos o instalaciones eléctricas.

El silogismo divino —secretos de estado divinos— se definiría, imitando y retocando a Aristóteles: *aquel contexto de palabras y cosas tal que, puestas las palabras, se sigue sin más el ser de las cosas.* Silogismo *heterogéneo,* tanto, al menos, como palabras y cosas. Palabras extrañas —más que la fórmula clásica de «Sésamo, ábrete»—, aunque, de tanto repetirlas, nos suene a enser doméstico teologal eso de «hágase luz». Aristóteles no hubiera clasificado tales palabras entre las proposiciones. Eran un imperativo, absurdo, alógico, para el griego; y todo un salto de «género a género»: de palabra a cosa.

El camino más corto entre montañas va de cumbre a cumbre; sólo que, para caminar así, hacen falta piernas suficientemente largas —nos advertía Nietzsche. Para pasar de la palabra a cosa, el camino más breve es el de palabra imperativa, creadora. Dios sólo sabe el secreto: tejemaneje de la omnipotencia. Pero la lógica divina es, a la una, *heterogeneizante* e *inventora: lógica poética.*

Tiempos vendrán en que, al llegar a casa, musitemos una fórmula secreta para todos, sólo de nosotros conocida, y se nos abra la puerta cual ya ahora basta con pasar ciertas células fotoeléctricas para que se nos abran de par en par grandes puertas.

El «Sésamo, ábrete» pasaría, así, de cuento a historia, por virtud de la técnica. Y ésta, sí que está en nuestras manos.

¿Dices que nada se crea por la palabra?

«Alfarero, a tus cacharros», hazte ingeniero, y no te importe si alguien, sin serlo, puede hacer luz por sólo decirlo.

Represas, central eléctrica, redes de transmisión, instalaciones, conmutadores; la palabra semántica de un dedo, levísima presión, basta para que surja luz —cuando queramos, sin estar atenidos a ritmo solar o a milagros.

Represas, central, redes, instalaciones, conmutadores..., son las premisas que bastará *ponerlas* con ese *y*, que es una leve presión del dedo, para que, sin más, surja algo *heterogéneo y nuevo:* la luz eléctrica —la secuela real. Igual fuera hacer luz por palabras, dichas ante conmutador convenientemente montado. Hay aparatos *isomorfos* con la lógica de Boole, justamente en cibernética y computadores.

No hay cosa mejor montada para venir al ser que el ser; ni hay cosa que más fácilmente pase a ser actual que el ser potencial. Lo difícil es que el ser —preñado de urgencias e inminencias, por sólo ser ser— no pase al ser todo a la vez —de una vez. Que el ser pase a ser, por sólo decir alguien «Hágase», es lo más fácil ontológicamente. Tan fácil que ya está hecho, probablemente por un *lapsus linguae,* por un descuido verbal del primer aprendiz de creador por la palabra.

Todo el ser ha pasado ya a ser. Eso y no otra cosa es el ser *natural.* Y está ahí, sin saber muy bien *por qué;* que no es *porqué* suficiente, al parecer, eso de que haya venido a ser por un *lapsus linguae* de alguien. Pero nadie se descuidó; no hacía falta. *«El ser es»* inmutable, eterno, ingénito e imperecedero. No fue, ni será, *es;* y para eso le basta con ser ser. El griego lo supo, y supo decirlo; y jamás le acudieron frases cual «Hágase luz», «Hágase ser». Semejantes imperativos son un sinsentido ontológico.

«Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer... Lo que pasó, sencillamente, fue que Dios vio el Caos, lo encontró bien y dijo: "Te llamaremos Mundo". Eso fue todo.»

Por una suerte, ontológicamente inexplicable, hay novedades en ser, y novedades en nada. Tal es uno de *los datos* de toda ontología moderna, cual lo son de la técnica moderna el que hay válvulas electrónicas, condensadores, amplificadores, resistores, transistores... y los hay *porque se los ha inventado,* haciendo el ser natural de bruto y burdo material —de barro ontológico.

No se crea de nada; se crea de ser. Y la novedad surge, sin más, por ser novedad, porque sí —sean muchas o pocas, todas de ser, las condiciones necesarias para lo que tenga de ser: de lo *no nuevo,* de lo común con todos o con muchos.

Ser y novedad constituyen la suprema heterogeneidad.

Ser e inventos, la suprema contraposición.

En un mundo de novedades e inventos la lógica tiene que ser *heterogeneizante e inventora.*

Cuando las categorías de novedad e invento lleguen a ser patrimonio del sentido común —del sentido técnico, hecho común— la lógica poética, *«nuestra lógica, pasaría a ser lógica del sentido común».*

b) *«No sabemos en nuestra lógica la significación del principio de identidad.»* El mármol *es* mármol; mientras no se le invente esa novedad por la que es material de la Venus de Milo; al inventársele, al ser estatua, se le inventó nueva realidad; y el mármol ya no es él. La identidad ontológica rige tan sólo en el estado previo al arte, al técnico. La identidad del mármol es impotente para defender su forma y su materia: su ser.

La novedad en ser *anonada* al ser —y a su identidad.

«Nada hay nuevo bajo el Sol»; evidentemente, pues si Dios creó, ya desde el principio, todo: cielos y tierra, luminares grandes y pequeños, ¿qué novedades podían aún quedar en reserva? En la cabeza del Autor de dicha sentencia nada nuevo podía surgir, fuera de esa novedad de decir o por primera o por segunda o por enésima vez eso «nada hay de nuevo bajo el Sol». Pero cada vez es una vez *nueva*, tanto que sea la primera como la segunda; la segunda vez es, por primera vez, la segunda vez. Esa sentencia se refuta, pues, a sí misma, al igual que esotras: «Yo, cretense, os digo que todos los cretenses mienten»; «todo hombre es mentiroso» —y os lo digo yo que soy hombre—; «pienso que no existo», y lo pienso yo con real pensamiento; «escribo en inglés», mas por tergiversación diabólica resulta que me sale escrito en castellano... De *innovar* no se escapa nadie —ni siquiera quien repite el *Credo*.

Más sabio fue Heráclito: «El Sol es cada día nuevo». «No sólo cada día; es de continuo nuevo» —pujaba Aristóteles. Así que cada vez que lo diga coinciden dos novedades: la de decirlo esa vez y la de serlo el sol. Mucha novedad se acumula para que Aristóteles, el ontólogo, la tomase en serio, y no lo dijera, en definitiva, sino para refutar *ad absurdum* a Heráclito. Ni el sol es cada día nuevo, ni lo es de continuo; el sol es sol, desde siempre y para siempre idéntico. Eso quería decir Aristóteles, como secuela —visible, en aquellos tiempos— del principio griego general «nada se crea, nada se aniquila». «Todo es, es, es.» Nada de novedades en ser ni de novedades en nada.

Todo ser es lo que es; pero justamente *es* surtidor de novedades, anonadador de lo que era; es material ontológicamente radiactivo. Aristóteles, la filosofía medieval y tantas otras desconocieron por igual la radiactividad

espontánea y la inducida de los cuerpos, y la radiactividad del ser. Los dos tipos de *porque sí* son, en el fondo, lo mismo.

El principio clásico de identidad del ser no radiactivo suele simbolizarse por

$$A = A,$$

procurando que las dos A sean tan semejantes que la vista no descubra diferencia alguna, en nada: magnitud, perfil, tinta.

Mas el principio de identidad, propia del ser radiactivo en novedades, sería, simbolizando,

$$A = A \pm P_A(B).$$

A es A, más o menos la probabilidad P_A de ser B, probabilidad que podrá ser muy pequeña —cual la de que, *porque sí,* el hombre se haga mono o dios, si dejamos las cosas a su curso normal, y no lo forzamos, por un invento, cual el de la bomba atómica, a que tal novedad se desencadene en alud.

c) «*En nuestra lógica tampoco ha de aprovecharnos el principio de contradicción, o de no contradicción, que llaman otros. Porque no hay cosa que sea lo contrario de lo que es. El ser carece de contrarios. Y donde no hay contrarios no hay contradicción posible. Por nuestra lógica vamos siempre de lo uno a lo otro, que no es su contrario, sino, sencillamente, otra cosa.*»

El hombre comienza por ser lo que es siéndolo en estado natural —el de *ser* lo que *era;* es hoy lo que era ayer: animal, racional, así en línea inercial indefinida; venido al ser, por ella continuará moviéndose y siéndose para siempre. Dejará de existir como hombre; jamás

dejará de ser hombre el hombre mientras exista; y siempre que revierta —al cabo del Gran Año o no— al existir, repetirá, por identidad, el ser animal racional. Así pensaba el clásico, y el naturalista respecto de las piedras. Mundo sin radiactividad —sin probabilidad de novedades. Y tratarán de hacer evidente tal principio por esas razones de *«no hay cosa que sea lo contrario de lo que es», «el ser carece de contrarios»*...; es cual sacar brillo a un metal, de suyo brillante. Evidencia de lo evidente sacada a fuerza de limpiarlo con razones.

Simbolicemos con p la proposición «El hombre es racional», y por $\bar{p}$ su negación: «El hombre no es racional». El principio de contradicción contradicha quedará simbolizado por

$$\overline{p \cdot \bar{p}}. \quad \text{No} \mid p \text{ y no } p \mid.$$

La verdad, real, es que si vale p, $\bar{p}$ no existe. Eso de «el hombre no es racional» es *lógicamente* proposición concreta; *realmente* no lo es. La verdaderamente real es p; y $p \cdot \bar{p}$ se reduce, *real y verdaderamente,* a p.

La fórmula $\overline{p \cdot \bar{p}}$ *es lógicamente verdadera: mas realmente falsa.*

«*Por nuestra lógica* —la poética, la heterogeneizadora, la inventora— *vamos siempre de lo uno a lo otro, que no es su contrario, sino, sencillamente, otra cosa»: sus novedades.*

Novedades del uranio son esotras cosas, *suyas:* partículas α, o núcleos de helio, electrones, rayos gamma. Novedades; y de que lo sean lo certifica el cálculo de probabilidades —los tipos de *porque sí.* Y volvemos a la fórmula del primer principio de *lógica poética:*

$$A = A \pm P_A(B):$$

«*A* es *A*» más o menos la probabilidad de que *A* sea *B*: la de ser «otra cosa» —por novedad en ser o en nada.

Tal ontología, debidamente desarrollada, estaría a la altura de la física y de lo físico que, por lo demás, no son entes de razón pluscuamperfectamente ultraídos del mundo del ser, sino seres reales. La física puede refutar la ontología clásica, sencillamente porque físico y física son *ser.* La física *es ontológica;* lo físico *es ser* —aunque parezcan empeñados los ontólogos en ignorar lo primero, y acepten lo segundo oficialmente; mas, allá en el fondo, con la restricción mental: es ser, mientras no quebrante el principio de no contradicción y cumpla el de identidad, tal cual los defino Yo: La Ontología clásica.

$A = A \pm P_A(B)$ es la gran innovación o *novedad en ser* de la lógica poética. Por entrar *B* junto con *A*, el principio delata la *heterogeneidad* que afecta a *A*; el valor de la probabilidad —el coeficiente P_A de *B*— indica el grado de *invención*, de novedad.

Cada cosa física lleva adjunta su onda de probabilidad —dice la física cuántica. Que un electrón esté aquí, en *este solo* lugar en *este* instante debe reinterpretarse diciendo: «En un instante dado un electrón se halla en un lugar (*S*); mas con una probabilidad (*P*), mayor que cero, de hallarse en cualquier otro del universo (S_x) o de su llamada órbita». Y volvemos a la fórmula básica de lógica poética:

$$S_1(e) = S_1(e) \pm P_e(S_x).$$

Novedad en física cuántica —Schrödinger, Jordan...— es *novedad en ontología y lógica. Novedades en ser.*

Parte Cuarta

TEOLOGÍA

Capítulo único

VER Y HABLAR CON DIOS Y HABLAR CON DIOS SIN VERLO

«Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.»

«Anoche soñé que oía
a Dios, gritándome: ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
y yo gritaba: ¡Despierta!»

«El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie.»

Tan verdad es, que Dios, como dice el *Génesis*, hizo al hombre a su imagen y semejanza; lo hizo varón y hembra, siendo varón y hembra humanos imagen y semejanza del original y auténtico modelo de *ser* Varón y Hembra que es Dios. Desde tal creación del Hombre, el hombre Adán y el hombre Eva hablaron con Dios. Lo veían, despiertos, pasear, tomando el fresco, en el Edén; no tenían que soñar que veían a Dios; lo veían. Ni soñar que hablaban a Dios; le hablaban. Ni soñar que Dios les oía y respondía; les oía y respondía. Y si

ellos se dormían, Dios les gritaba ¡alerta! para que viesen, hablasen y oyesen, despiertos, a Dios que, eternamente despierto, los veía, hablaba y oía.

Eso pasó en el Paraíso terrenal; y, por eso, sobre todo, el Paraíso fue Paraíso —no por frutos de sabor ambiguo y ambivalente: a manzana y a moral.

Lástima que por tanta poquita cosa como extender la mano y comer del árbol de la ciencia del bien y del mal —por querer *saber* qué es bien y qué es mal— se acabara eso de que el hombre hablara a Dios-hombre. Desde entonces no fue posible al hombre sino

> "*...soñar que veía*
> *a Dios y que a Dios hablaba;*
> *...soñar que Dios le oía.*
> *Después soñar que soñaba.*"

Era ya Dios quien dormía, y el hombre gritaba ¡despierta! Ensueños y memorias coinciden en la ausencia de la realidad de verdad de lo recordado y ensoñado. Son dos *novedades en nada.* Y de memorias de haber Dios-hombre hablado, y dejádose ver por los hombres vivió la humanidad por siglos. Durante ellos, en realidad de verdad, el hombre, al pretender hablar con Dios, habló a Nadie. *Que Dios dormía,* era la interpretación que podía dar el hombre, ayudándose de la memoria, de la memoria de la memoria de las generaciones...; el ver y hablar hombre con Dios-hombre degeneraron en *creer* que se habían hablado y se habían visto, y en ganas de verse y hablarse, cara a cara, otra vez. *Que Dios no existía,* ni existió, y que lo del *Génesis* es ensueño de despiertos, hijo o engendro imaginativo de las ganas de un hombre que quiere hablar a otro hombre —a Dios-hombre, para hablar a alguien y no a Nadie— será otra interpretación de escarmentado según la coplita

«Soñaba el ciego que veía
y soñaba lo que quería».

En el hondón del fondo la impotencia del hombre para hablar a otro hombre, es incapacidad de ver a otro hombre —a otro *en cuanto hombre*—, cuando cuerpo y alma nos piden a gritos, voz en cuello, ver*nos*, y hablar*nos*; tal es la causa de que, cual realización imaginaria, creamos ver, oír, hablar a Dios y que Dios nos habla, oye y ve. Que siempre, en una u otra forma, la alfombra mágica precede al avión. Hasta que el hombre inventa el avión, no sabe, de buen e inequívoco saber, lo que deseaba al soñar, despierto o dormido, en alfombra mágica.

Que nos veamos, hablemos, oigamos... *en cuanto hombres*, es un invento, creación, novedad en ser, precedido todo ello por una fase de ojearnos, gruñirnos, orejearnos, olfatearnos, manosearnos... como animales racionales naturales —no aún como animales racionales, de *humanizadas* animalidad y racionalidad con pujos de Hombre.

Tales pujos son la real raíz de los ensueños, de

«Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...»

Después —cuando el hombre ascienda a hombre, *por oír su nombre de labios de otro hombre*— sabrá que soñaba; que los sueños de haber oído, visto, hablado con Dios «sueños son». Su realidad es hablar, ver, oír a otro hombre.

Dios lo supo, de primera mano; y de cuando en cuando hablaba, se dejaba ver, y oía a *un* hombre —cual Moisés—; y él, Dios, hablaba a Moisés; se veían «cara a

cara, como un amigo habla, ve, oye a otro amigo»; y a los demás hombres —hebreos, al derredor del Monte Sinaí— les enseñaba Dios la fimbria de su manto —manto para hombres. Moisés-hombre, vio, habló, oyó a Dios-Hombre. Que no nos vengan los teólogos con el cuento de que Dios tomó solamente apariencias humanas, que no era Dios en persona el que habló a Moisés sino un ángel o emisario suyo. Todo eso son cuentos sin gracia, pues la desgracia del cuento está en que el hombre «*que no habla a un hombre, no habla al Hombre; y el que no habla al hombre no habla a nadie*». El Dios que se dejó ver, habló, oyó al hombre Moisés fue *Dios-hombre,* todo eso en uno, tanto al menos como Jesús de Nazareth fue Dios-hombre. Sólo así Moisés hablo a alguien, real y realmente; y no soñó que había hablado; y pudo decir, sin mentira, a su Pueblo que había hablado con Dios.

Pero, una vez más, que Dios-Hombre fue visto, habló, oyó a un hombre, por ser tal uno mortal —y muerto— pasará a *memoria*, a ausencia de la realidad de verdad, a novedad en nada: a soñar que se vio, a soñar que se soñó que se vio; a soñar otros que Moisés vio; a soñar unos que soñaron otros que Moisés vio...; a recordar Moisés que vio a Dios-hombre; a recordar otros que Moisés recordó que vio a Dios-hombre, que Dios-hombre le habló...

Al cabo de no muchos siglos, el hombre caerá en cuenta de que *sabe* que está soñando despierto en que Dios-hombre habló, vio, oyó a un hombre, y éste a él; y *sabrá* por experiencia, que puede soñar despierto y dormido en todo eso, y en mil cosas más, sin que realmente haya nadie visto, oído, hablado con Dios, y Dios con un hombre. La *invención* de *cuentos* acaba con eso de que todo ensueño sea sueño de una realidad tal cual o que toda memoria sea memoria de algo real.

Dios supo, y de primerísima mano, que si él, Dios-hombre, no habla a un hombre, era como no hablar a nadie, o no hablar; y que de nada sirve el «haber hablado», el «haber sido visto»...

Dios se encarnó; se hizo hombre; visible, esta vez, tangible, audible... como un cualquiera. Dios *es* Jesús de Nazareth y Jesús de Nazareth *es* Dios. Hablando a nuestra manera: la de *«viejos dómines»*, y *«¿qué otra cosa somos?»*, Dios se convenció de que había de ser más en firme hombre entre los hombres. Nada de Paraíso terrenal y conversaciones de siesta; nada de Monte Sinaí. En Belén de Judá e hijo de judíos —judíos de judíos por generaciones—, hijo entre hijos de la misma madre y padre, de todos conocido y reconocido como de ellos, hízose Dios hombre, *un* hombre; y así por treinta y tres años. Dios *es* Jesús y Jesús *es* Dios; sin escamoteos teológicos. Que lo son esos de distinguir dos naturalezas: divina y humana, no unidas entre sí, unidas las dos en un tercero: la persona divina. Si Dios no se unió a la naturaleza humana quedó sin unirse en lo más importante del hombre que es su naturaleza; y si Dios eliminó la persona humana dejó de ser personalmente hombre, *este* hombre, que se sabe conscientemente ser tal. La teología fabricó un monstruo, por querer salvar el principio de identidad en su forma más rudimentaria —y menos dialéctica. Dios no fue hombre, con *fue* de *es*; Jesús no fue Dios, con *fue* de *es*. Total: ningún hombre pudo hablar al hombre en Jesús; el hombre habló a Nadie, que nadie es una naturaleza humana que no es sustancia consciente de sí, con voluntad propia, libertad propia, personalidad propia; y Dios no se hizo *ser* hombre, pues no se hizo *ser* ni naturaleza ni persona humana. «*El que no habla al hombre, no habla a nadie.*»

Pero —a pesar de todo, incluida la teología entre tales

pesares— Jesús *es* Dios y Dios *es* Jesús. Dios-hombre habló a hombres; se hablaron; se vieron, se oyeron.

> *«El ojo que ves no es*
> *ojo porque tú lo veas;*
> *es ojo porque te ve.»*

Los ojos de Jesús —divinos y humanos— no eran ojos divinos-humanos porque los veían los apóstoles; eran ojos divino-humanos porque ellos veían divina-humanamente a los apóstoles. A su vez —que es a la vez y a la una— los ojos humanos de los apóstoles no eran ojos humanos porque los veían como humanos los ojos humano-divinos de Jesús; sino porque veían, ellos —los ojos humanos de los apóstoles— que los ojos de Jesús eran ojos de hombre-Dios y de Dios-hombre. Y esto lo supo y supo decir Dostoyewski antes que todo teólogo.

Los ojos de la mujer, vistos por el varón, no son ojos de mujer porque los vea el varón; son ojos de mujer porque ven ellos los ojos del varón como ojos de varón que, en cuanto varón, la miran; y por ojos de varón, en cuanto tal, se siente mirada la mujer, mirada a sus ojos; y, por virtud de tal mirada, surgen a *ser* sus ojos ojos de *mujer*.

Y a la una: los ojos de varón no son ojos de varón porque los vean ojos de mujer; *son* ojos de varón porque los ojos de mujer los ven *como* ojos de varón; y por virtud de tal mirada de los ojos de mujer invéntase en el varón —novedad en ser— el que los ojos de varón *sean* de *varón*.

Dios no *es* hombre hasta que se siente estar *siendo* mirado por ojos de hombre, y reconocido y aceptado como hombre por los hombres; y el hombre no *es* Dios hasta que se sienta estar *siendo* mirado por hombres que

lo reconozcan y admitan *ser* Dios. *Se es* Dios en actos y por actos; *se es* hombre, por actos y en actos. Lo otro: el *serlo* permanentemente y sustancialmente es *poder ser* un hombre Dios; *poder ser* un Dios hombre; y tal poder ser —naturaleza, o esencia— es condición —y aun causa necesaria, mas nunca suficiente— para ser Dios u hombre —Dios-hombre o hombre-Dios. *Se es* Dios, *se es* hombre, *se es* Dios-hombre, *se es* hombre-Dios por modo de chispazo, de descarga eléctrica. *Se es* Dios, *se es* hombre... por modo de *novedad en ser*.

Así viene al *ser* la luz; y muchísimo más «la luz verdadera que ilumina a todo hombre que venga a este mundo».

El hombre no ascendió, entonces, a *ser* en acto hombre hasta notarse *reconocido* como hombre por un *Dios-hombre*; Dios-hombre no llegó a *ser* en acto Dios hasta notarse *reconocido* como Dios por hombres hombres. Tal chispazo, realísimo ontológicamente, lo ven los ojos de la fe, los ojos «creyentes».

«*Un acto de fe... no consiste en creer sin ver o en creer en lo que no se ve, sino en creer que se ve.*» Los ojos de los apóstoles *creían* a sus ojos, a pesar de que lo visto en Jesús era tan desconcertante, tan deslumbrador, tan inconcebible que se sentían tentados a no creer en lo que veían. Lo difícil les fue no el creer en lo que no se veía, sino creer que veían lo que veían. «Lo veo, pero no lo creo», «no creo a mis ojos» fueran las frases mejor adecuadas a tal situación.

Es bienaventurado no tanto quien cree sin ver él, mas creyendo que otro vio cosas increíbles, de extraordinarias y maravillosas —y, sobre todo, ese acontecimiento increíble y cosa increíble que es darse un hombre-Dios o un Dios-hombre— cuanto el que viendo tales cosas se frota los ojos para convencerse de que no ve visiones, que cree a pesar de lo que ve. No otra sería la actitud y

reacción de quien, habiendo comenzado por soñar, despierto o dormido, en alfombra mágica, viera, de repente, un avión. No creería a sus ojos; no creería en lo que ve.

Sólo uno, de adulto, puede saber que tales o cuales recuerdos son sus memorias de niño, de *haber sido* niño; y precisamente, por haberlo sido, ya no es posible, ni real, que lo sea. «Haber sido algo» es el perfecto «Sanseacabó».

De haber visto a Dios-hombre no le quedan al hombre —pasado el chispazo visual mutuo—, sino memorias: las de «haber visto a Dios». «Haber visto a Dios-hombre» es el modo y traza más eficaz de hacer imposible que el hombre vea a Dios —a no ser que él, Dios-hombre y hombre-Dios se presente ante el hombre otra vez, y salte la chispa del reconocimiento: del serse; tal es la primera condición, mas no la suficiente. Lo difícil es, empleemos un discreto adjetivo, que el hombre se haya mantenido *el mismo* en el intervalo entre dos revelaciones, y que Dios se haya conservado *el mismo* entre las dos. Si el hombre natural no hubiera dejado de ser niño —y eso de hacerse adulto o viejo fuera entonces pura cuestión de cronología nominal— recordar sus memorias fuera reserlas —y ellas dejaran de ser memoria; fueran presencia: representencias. Que Dios no cambia ni al ritmo de años solares ni al paso de millones de años... es cuestión de definición, del mismo estilo que «recta es la distancia más corta entre dos puntos» —y, si no es la más corta, no es recta. Al oírnos decir grave y convencionalmente tal cosa, Riemann se nos reiría a la cara, caso de tomarle de mal humor, o nos sonreiría benévolo, cual a niños de primaria en geometría —la clásica, la eterna, la única posible; díjose así por más de veinte siglos, y lo dijeron y dicen los niños con mente geométrica.

«Si no es inmutable no es Dios», «si no es línea la

más corta, no es recta»... Claro que, con semejantes anteojos geométricos, uno podría tropezarse una y otra vez en esa misma piedra que es «la recta riemanna», y no reconocerla; y, caso de hallarse en un universo riemanno, el concepto-anteojo de recta euclídea quedaría vacío, en anhelo y ganas de ver —creyendo aún en lo que no se ve.

Si fuera inteligente, sincero y valiente tal geómetra le acontecería, de súbito, no creer en lo que, realmente, está viendo: la recta riemanna, finita e ilimitada, la más directa y sin embargo, no la más corta entre dos puntos. «Creer en lo que ve», en lo increíble para el geómetra o nato o renato, fuera, y es, la máxima dificultad; y, si pudiéramos poner la cuestión y decisión en plan moral dijéramos que es el máximo mérito.

No es difícil saber si el que canta es un pájaro; lo difícil es saber si el que canta es un canario. Difícil es, pero no demasiado, saber, viéndolo, que un hombre es hombre-Dios; lo difícil, por eminencia, es saber *este* hombre —yo, tú, él...— que está viendo *este* hombre que es *este* Dios.

El primer filósofo que cayó en cuenta de la especialísima dificultad que entraña eso de anteponer *éste* a hombre y a Dios fue Escoto —al cabo de trece siglos de que unos hombres que se habían sido como *uno*, y no como *éste*, vieron y se vieron con *un* hombre-Dios, y no con *este* hombre y *este* Dios; mientras que Escoto se descubrió y sorprendió de estar siéndose *éste*: único, original, ejemplar exclusivo y excluyente de toda edición y reedición.

Lo difícil, decía Escoto, no es demostrar que Dios existe; sino que existe *este* Dios —el que se encarnó en *este* hombre: Jesús de Nazareth—; lo difícil no es demostrar que hay un primer motor, un necesario... sino el que tal primer motor es *este* Dios; es un *éste*. Lo de *éste*



no es demostrable; es sólo creíble, caso creer un *éste* a sus ojos.

No seamos inocentes, fuera de edad. Que cada hombre es uno y no muchos, es algo abismáticamente diverso de que un hombre sea *éste* y se sea como *éste*. Platón, Aristóteles... Tomás de Aquino fueron cada uno uno; y unos eminentes; mas no fueron *éste*, singular. Que eran cada uno uno provenía, según la confesión filosófica del «principio de individuación», de la materia y de la cantidad; la forma es, de suyo, universal. Sólo los espíritus puros son cada uno una especie entera; son cada uno uno y *éste*. A confesión de parte...

Mas Escoto —es la aurora del Renacimiento: la de nacerse a otro tipo de unidad: la de *éste*— sostiene —confesión de parte— que cada hombre se individúa por su entera unidad, por sí mismo, por su *unicidad* —por su estidad o hecceidad.

Para que Dios sea realmente Dios es preciso que, además de ser uno, sea *éste*. Desde tal acontecimiento, verdadera gesta ontológica,

> "*un hombre no es* este *hombre*
> *hasta que no oiga su nombre*
> *de labios de* esta *mujer*".

Y desde tal gesta *este* hombre exigirá, para creer que lo que ve es Dios, que vea a *este* Dios; y para creer que otros vieron a Dios-hombre, que le conste que ellos, cada uno, fue *este* hombre, y lo visto fue *este* Dios-hombre.

Verse dos como *éste* cada uno, bien diverso es de «verse dos, cada uno como uno». El *Nosotros* que surge de dos o más, cada uno, uno, pertenece a orden diverso del *Nos* que emerge de dos o más, cada uno *éste*.

El *Nosotros* pertenece a la correlación pastor-ovejas, vid-sarmientos; y así se notó el hombre-Dios Jesús visto

y reconocido por sus videntes de aquella época ontológico-histórica en que el hombre era uno, uno de tantos —los de su pueblo, ciudad, región, imperio—; mas no era, *aún*, *éste*.

Nos es sociedad; y sus miembros son —aparte de ser cada uno, uno, cual base terrena necesaria— *éste*: yo, tú, él...

«No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.»

«Dijo otra verdad:
busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás.»

«Con el tú de mi canción
no te aludo, compañero;
ese tú soy yo.»

No puede Dios, un Dios-hombre, revelarse y serse de igual manera en una colectividad humana en que cada hombre es uno-de-tantos, y en otra en que el hombre, comenzando como por lugar de ignición por unos pocos, se es, por novedad en ser, yo, tú, él.

«Dios con nosotros», Emmanuel, no es lo mismo que «Dios con Nos», Dios en sociedad.

«...es allí, en el corazón del hombre, donde se toca y se padece la otredad divina, donde Dios se revela al descubrirse, simplemente... como un tú de todos, *objeto de comunión amorosa, que de ningún modo puede ser un* alter ego *—la superfluidad no es pensable como atributo divino—, sino un* Tú *que es Él.»*

La confusión entre sujeto y yo, objeto y tú comienza a desenmarañarse ahora —en Teoría del conocimiento— porque sujeto puede serlo uno —un hombre—; mas sujeto no es, sin más, *yo*. Sujeto conocedor o conocedor en cuanto sujeto es siempre uno, y uno de tantos —de los que ven por ojos que son de uno por uno; mas todos, en cuanto a su estructura y funciones, son ojos del mismo tipo: de uno de tantos; y en igual plano de uno de tantos funciona el entendimiento, y la ciencia en cuanto tal. De ahí su *«objetividad»*: lo que uno ve, piensa... lo ve y piensa como uno-de-tantos, con universalidad. *Yo* —no tomando en vano la palabra, como es ya posible y real por *novedad histórica en ser*— soy el correlato de tú, aunque tú —por la base física, fisiológica, biológica, ontológica...— seas uno de tantos hombres, uno de tantísimos vivientes, uno de infinitos seres. En eso eres *objeto* —(tú) *es* objeto. Cuando el hombre se está siendo aún como *uno* —y uno de tantos— sólo puede ver que *un* hombre (y sólo uno, por ejemplo) es *un* Dios —un solo Dios, y aun el solo Dios que hay. Y gran cosa es que Dios se revele como siendo *un* hombre y *un* hombre se revele como siendo Dios. Y se vean, hablen y entiendan tal *uno* con los hombres en cuanto *unos*.

Al ascender *un* hombre a serse *éste* —por novedad en ser— lo que quiere —y tiene derecho ontológico a exigir— es ver a Dios como tú, como *tú* de *yo* —verlo como *mío*, de yo—; y que Tú lo vea a él como a *éste*, a yo —y no como a uno de tantos. No quiero ver a Dios como si fuera *alter ego*, otro yo, duplicación superflua de mi yo; sino como El Otro, Lo Original, Lo Único en persona, quien, a su vez, trate a cada uno en cuanto en estado ya y dignidad de yo, como otro que Él —los dos ya *yo*: personas. Ya no nos seremos objetos unos y sujetos otros. Eso de objeto se guardará para las cosas y para lo que, por lo pronto, tenemos, aún el más yo, de cosa.

Cuando *«el hombre crea en su prójimo, el yo en el tú, y el ojo que ve en el ojo que le mira, puede haber comunión y aun comunismo. Y para entonces estará Dios en puerta. Dios aparece como objeto de comunión cordial que hace posible la fraterna comunión humana».*

Después de Juan Bautista, el Precursor, vino al mundo Cristo. Juan anunció su venida y, llegado el momento, señaló con el dedo a Cristo. Y Juan se retiró, cumplida su misión, del escenario religioso. Cristo afirmó con todas las letras: «Os conviene que yo me vaya, porque, si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito, el Espíritu de verdad, quien os guiará hacia la verdad perfecta».

Después del «Cristianismo» tenía que venir el «Espiritualismo»; y con él, «la verdad perfecta».

Dios se hizo *ser un* hombre. Los demás supieron, por vérselo en los ojos y oírlo en las palabras, que tal *un* hombre era Dios; mas se veían vistos por tal *un* hombre-Dios cual simples hombres. Sólo *un* hombre era Dios, real y verdaderamente. «*Tú* eres el hijo de Dios vivo» —confesó Pedro a Jesús. Nosotros: «los hijos del Padre que está en los cielos», tenemos que pedirle que venga a nosotros su reino. En Jesús no sólo vino el Reino; él *es* el reino de los cielos; y no tiene que pedir que se haga la voluntad del Padre; «su Padre y él *son* una misma cosa». La colectividad entre un hombre-Dios y los demás hombres, cada uno uno de tantos, no podía llegar a *sociedad.* Y no llegó.

En la Eucaristía el pan y el vino hácense *ser* el cuerpo y sangre del *un* hombre-Dios; mas no llegarán sin más, sin algo más, a *ser* carne y sangre *mías*, del comulgante, de cada hombre que se sea *éste, yo.* Ontológicamente, en realidad de verdad, la comunión de *un uno* se reduce a procesión de *Corpus* por calles y callejas de intestinos. *Un* cristiano no puede, sin mentir a la ontología, llamar

de tú a Jesús; y él, al cristiano. Tal mentira no fue entonces posible, sencillamente porque nadie era yo, tú. No había llegado la sazón histórico-ontológica para tal *novedad en ser.*

Ahora sí que ha llegado —preparada y cultivada desde el Renacimiento, cultivada y explotada por el Capitalismo: a saber, por la forma nueva que ha tomado el individualismo: la de *yo,* la de *mío.*

Es la sazón para el advenimiento del Espíritu: del *Tú de todos.*

Los apóstoles no creían a sus ojos; no creían en lo que veían: que *un* hombre, uno de los suyos: hijo primogénito entre los hijos de María y José, de la tribu de Judá, fuera Dios. Se lo veían relampaguear en los ojos, estallar en las palabras, explotar en los milagros. Lo difícil les fue no el creer en lo que no se ve, sino creer en lo que veían.

La dificultad para nosotros se reconcentra en que el hombre-yo *crea* a sus ojos, crea que otro hombre es yo también, que es *tú*; *no otro yo,* superflua repetición del *un* yo; y, por superflua, o por ser *alter ego,* todo lo de él es *mío*; y cuantos más superfluos haya, más cosas habrá que sean mías; y cuantas más cosas produzcan los que no son tú *«esencial»* o *«fundamental»,* sino simples *«alter ego»,* más se podrán hacer mías, de mi yo; a costa de quien es *alter ego —otro yo*; otro de *mi* yo.

Ahí está enhiesta, desafiante, urgente la dificultad: no creer a mis ojos, a los ojos de *mi yo,* en que está viendo con los ojos de otro hombre el que él es *tú* —tan yo como yo. Lo vemos ya, no nos engañemos; no creemos a nuestros ojos; no creemos en lo que vemos; y de ahí pasamos —por una reacción propia del uno-de-tantos que aún somos— a no *querer creer* en lo que vemos, a no *querer mirar* en otro

«el tú esencial».

Dios, si es que existe, tiene nuevo campo en que revelarse cual *Tú* de todos los que sean ya, uno por uno, y cada vez más en número y calidad, *yo*. Le ofrecemos, si es que existe, entrar en *sociedad* con todos «si es que existe» —frase dura, ruda, brutal; digamos: «si es que, libérrimamente, quiere revelarnos que existe como yo, y, por tal gesta, hacerse *ser tú* de nosotros: los *yo*, uno por uno». Frase tan fuerte en el fondo, como la anterior; más suave, tal vez, en la forma.

Entonces a Dios-Tú le pasará, por libérrima y comprometedora decisión, que *"el que habla a un hombre habla al hombre, y quien habla al hombre habla a alguien"*; y a nosotros, por libre decisión también, nos acontecerá que *"el que habla a Dios-hombre habla al hombre-Dios, y quien habla al hombre-Dios habla a alguien: habla a Dios"* —a un Dios que es Alguien.

A los dos les sucederá eso de hablarse —ser, sentirse ser...— por libérrima decisión: la de Tú y yo, del mismo estilo general que el nuestro de amarnos; asunto entre tú y yo, entre hombre que se es *yo* y mujer que se es *tú*; y no los dos, cada uno, uno de tantos machos o hembras. Pero, como en toda libérrima decisión, el tomarla es mérito, mas el no tomarla no es demérito. Amarnos no es obligación; es gracia nuestra que nos hacemos; al trocarla en derecho-deber la degradamos al nivel de lo que pasa entre «uno de tantos» —terreno para leyes y leguleyos: contrato.

Que amemos a un Dios, Tú de cada uno en cuanto yo, y que Dios-Tú nos ame a cada uno en cuanto yo será asunto de gracia *mutua* —acto de coincidencia libre de voluntades libérrimas—; mas, por eso mismo, amarnos será mérito; pero no amarnos —unilateral o doblemente— no será demérito alguno.

Dios-Tú —no Dios *uno*— puede decidir libérrimamente no existir para nosotros, en cuanto yo —y nada se le podrá reprochar, y nadie tendrá derecho a exigírselo—; pero, por igual motivo, un hombre-yo —no un hombre, simplemente uno— podrá libérrimamente dejar de existir, en cuanto yo, para Dios-Tú, sin que le suceda nada ni en el orden ontológico ni en el religioso. Pasó a ser todo eso asunto entre yo y tú, y no entre cosas: finitas o infinitas, necesarias o contingentes. Es ridículo, absurdo e injurioso mandar que un hombre-yo ame a una mujer-yo; amar unilateralmente no da derecho alguno a ser, por obligación de ninguna clase, amado por otro *yo*. Trasponer todo asunto entre yo y tú al orden de necesidad —con secuelas de condenación o salvación— es una injuria a las dos partes, sólo perdonable a los que no se son todavía como *yo*, y no les cabe ni en cabeza ni en el corazón el que otro, Dios u hombre, se sea por modo de yo.

Que Dios existe por modo de yo es racionalmente indemostrable; es mostrable, si *Él: Yo*, lo muestra libérrimamente; *que un hombre existe* por modo de yo no es tampoco racionalmente demostrable; es mostrable *si* un hombre se es yo y se decide, libérrimamente, a mostrarse tal a un yo, a un Tú.

Dios-Tú debe saber muy bien que no tiene derecho alguno a que el hombre-yo lo ame. Se sentiría injuriado —diciéndolo a nuestro modo humano de viejos dómines, y «¿qué otra cosa somos?»— de saberse amado necesariamente. Pero nosotros, yo por yo, hemos de saber igualmente bien que amar a Dios, aun a un Dios-Yo que se brinde a ser nuestro Tú, el Tú, de nosotros los yo, es cosa de decisión libre nuestra, que honrará y satisfará al Dios-Yo justamente por ser libre.

Metámonos en la cabeza eso de que amar es mérito y no amar no es demérito; que aceptar una gracia es

mérito y no aceptarla no es demérito —vengan la gracia y el amor de quien vinieren. Convertir una gracia en desgracia ha sido el invento diabólico de tantas teologías, hechas por hombres que se *son* o se han *sido* como uno de tantos —y algunos como «Excelentísimo Don Uno de Tantos».

Convertir amor en odio —temporal o eterno— es otro invento no del demonio sino de un Dios malo, de tipo maniqueo. El procedimiento para los dos es el mismo: *necesidad de reciprocidad.*

«*Un Dios existente —decía mi maestro— sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él!*» Un Dios necesariamente amable y necesariamente amado sería —dirá todo el que se sienta ser yo, libre— la peor de las desgracias; para Él, pues hace imposible él mismo el ser amado libremente; y para nosotros, porque no hay más segura e infalible manera de hacernos sublevar contra el amor que imponérnoslo. Pero si no se puede imponer, seamos consecuentes: amar será mérito; no amar, no será demérito —sea el amante Dios en persona, y los amados los hombres; sean los amantes los hombres, y el amado, Dios.

No hay, pues, ateos desde el punto de vista de un Dios que se sea a la altura de *yo*; ni los hay respecto de tal Dios, desde el punto de vista de hombres que se sean en nivel de yo. No los hay, ni los puede haber. Que el ateísmo, como el «teísmo», no consiste en afirmar o negar a bulto que exista o no algo así como Dios. Si Dios fuera del tipo de ser fósil o diamante de ser, la afirmación de su existencia pertenecería al mismo orden que afirmar darse diamantes o fósiles; cosa que al yo, séanlo Él o nosotros, no le importa lo más mínimo. Que hay algo divino en el universo —algo así como un campo de divinidad o divinidad en campo— fuera afirmación ontológica equivalente a la física de que hay campo

gravitatorio, electromagnético, nucleónico... Y me inclino a pensar que así es. Necesidad, inmutabilidad, eternidad de la realidad en cuanto tal —bajo una forma más profunda que los principios de conservación en física, éstos especialización del ontológico— son *campo divino* o *divinidad en estado de campo* —en mar de ser. Y en él nos movemos, vivimos y somos. Mas ni al campo divino ni al gravitatorio podemos tratarlo de *tú* de nuestro yo —que ni siquiera así tratamos ya al mar, o al aire, pasada aquella época en que unos semiyós del mar y del aire, como Neptuno y Eolo, hicieron posible a unos semiyós de hombres «imaginar» una, a ratos deliciosamente vaga, a ratos trágicamente confusa, convivencia.

«Ateísmo» y «teísmo» consisten, por el contrario, en afirmar o negar que Dios es *ya* de tipo y altura de *yo*; lo cual no tiene sentido para un hombre si no se es *ya* él como *yo*. Pero, puestas precisamente las cosas en este terreno, Dios-yo y hombre-yo son libres de reconocerse cual existentes; y reconocerse por existentes será novedad en ser, mérito ontológico; no reconocerse por existentes será novedad en nada, pero no demérito ontológico para ninguno.

Las relaciones entre hombre-yo y Dios-yo pasarán entonces a ser del orden de intimidad y secreto de marido y mujer, de amante y amada. Es ridículo, indiscreto e indecente exhibir cual espectáculo público lo primero; revelar al mundo el amante o la amada la existencia misma de esa su relación de tú a tú es indecoroso asesinato de la esencialmente secreta intimidad del amor entre personas, entre *yos*.

Hablar de la religión de uno habría de llegar a ser, dice Santayana, cosa de tan mal gusto como lo es ya hablar del color de la piel. Es lo menos que se puede pedir.

Dios no ha venido *aún* al mundo como *yo*; tal vez

porque aún no lo *es*; y, si lo es, tal vez haya venido al mundo de los hombres-*yo*, al mundo de la intimidad y secreto —discreto, decente y decoroso— cual tú de un yo, cual Tú de los que vayan ascendiéndose a esa novedad ontológica que es serse uno como yo.

El *Apocalipsis* nos habla de aquellas piedras preciosas que Dios regalará a sus elegidos, con un nombre secreto en cada una y que sólo el destinatario puede leer y decir cual su clave secreta para hablar de Tú a Dios. Es el nombre propio de Dios-*yo* para tal hombre-*yo*, puestos los dos a tratarse de tú a tú. Lo demás de la vida eterna transcurre en el ámbito de la publicidad del cielo y de su exhibicionismo ante el infierno. Ahí nadie es yo; todos, Dios y bienaventurados, son unos de tantos —Eminentísimos, Excelentísimos, Ilustrísimos, Ilustres... Don Nadie.

«*Y si Cristo vuelve, de un modo u otro: ¿renegaremos de Él porque también lo esperan los sacristanes?*»

Y si Dios vuelve al mundo de los hombres de ese modo —novedad en ser o en socio-ontología, que es serse yo, para ver de consernos en yo— ¿renegaremos de tal Dios-yo porque se conviertan a creer en Él algunos de los antiguos dómines y sacristanes, y no crean en Él algunos viejos sacristanes comunistas? Lo probable es que en tal Dios —que se es ya *yo*— crean más comunistas que sacristanes, que es más fácil asciendan a serse *yo* los primeros que los segundos, empedernidos éstos por siglos de comprometedora historia pública y de rutina privada en ser uno-de-tantos o Excelentísimos Señores Don Nadie.

«*El gran pecado —decía mi maestro Abel Martín— que los pueblos no suelen perdonar es el que se atribuía a*

Sócrates, con razón o sin ella: el de introducir nuevos dioses. Claro es que entre los dioses nuevos hay que incluir a los viejos, que se tenía más o menos decorosamente jubilados. Y se comprende bien esta hincha a los nuevos dioses, que lo sean o que lo parezcan, porque no hay novedad de más terribles consecuencias. Los hombres han comprendido siempre que sin un cambio de dioses todo continúa aproximadamente como estaba, y que todo cambia, más o menos catastróficamente, cuando cambian los dioses.»

Mientras no nos conste en experiencia de yo a tú que Dios se está siendo ya a sí mismo como *yo*, y como *tú* del *yo* de los que se sean ya *yo*, no cabe decir con sinceridad sino lo del Poeta:

«El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.
Tres dioses o tres personas
del solo Dios verdadero.»

Decirlo despiertos. Que dormidos, será verdad aquello otro del mismo Poeta:

«En sueños se veía
reclinado en el pecho de su amada.
Gritó, en sueños: "¡Despierta, amada mía!"
y él fue quien despertó; porque tenía
su propio corazón por almohada.»

Parte Quinta

HUMANISMO

Capítulo Primero

HOMBRE Y PUEBLO

«El hombre es la medida de todas las cosas, menos la de los hombres y la de los pueblos.»

"El hombre que ves no es
hombre porque tú lo veas;
hombres sois porque os veis."

"La cosa que ves no es
cosa porque tú la veas;
cosa es porque no te ve."

Dícese que Aristóteles dio dos definiciones de hombre: «el hombre es animal racional», «el hombre es animal político». Como las dos tienen que ser buenas por la simple razón de que «lo dijo Blas, punto redondo», los lógicos le salvan la honra a Aristóteles añadiendo que las dos son de comprensión o contenido diverso, mas de igual extensión, colocando así —insensatos— la cuestión en el mismo nivel de las cosas geométricas: «triángulo es una figura de tres lados», «triángulo es una figura de tres ángulos»; así que todo triángulo equilátero es equiángulo, y todo triángulo equiángulo es equilátero... Todo

animal racional es animal político-y-todo animal político es animal racional.

Pero en esto, como en otros puntos —por no decir en casi todos— hemos progresado desde Aristóteles, tanto al menos como lo que va de la carreta de bueyes de tiempos del Estagirita al auto moderno. Esas definiciones de hombre *son* la carreta de bueyes para mente de boyero. Por algo, no obstante, había que comenzar en lógica y en transportes; y por suerte la carreta mental la inventó ya Aristóteles, librándonos a nosotros de la necesidad histórica de inventarla.

Alguno de nuestros contemporáneos puede no haber inventado el auto, pero lo usa —con el derecho de la época. Usemos aquí, y para el presente propósito, técnicas y tecnemas que tal vez autor y lector no hayamos inventado, pero que son del dominio público.

El hombre, en estado de animal racional, no ve por todas partes sino cosas, o porque lo son o porque no puede ver de ellas sino eso:

> "*La cosa que ves no es*
> *cosa porque tú la veas;*
> *cosa es porque no te ve.*"

Que algunas no nos vean porque no quieren vernos, o dejarse ver de nosotros, posible caso es, pero en él al hombre lo reducen violentamente a animal racional. Total: comiéncese por donde se comenzare, siempre se llega a lo mismo: hombre en estado de cosa «*racional*» entre cosas.

Que en semejante estado el hombre vivo, listo, inteligente descubra geometría pura, aritmética pura... ideas puras —aparte de esas cosas más o menos gruesas, burdas, crudas y toscas que son astros, pedruscos, agua, aire, fuego, y sus compuestos o conglomerados— no sólo

no tiene nada de desconcertante; es lo más natural. Y ahí están los griegos para confirmarlo. El animal racional griego es el descubridor y empalabrador primero y ejemplar de *cosas*: ideas, números, figuras..., las cosas por antonomasia que

"*cosas son porque no nos ven*";

y porque vieron los hombres que ellas no los veían, ni se daban por enteradas de que estaban insistentemente miradas por animales racionales, los griegos las llamaron *ideas* o *eide*: lo visible por antonomasia: lo visible que no me ve, lo visible no vidente, lo visible sin ojos; y, por ello, evadido de ser órgano de animales. Nuestros ojos videntes no son visibles; no se los ve el animal que por ellos ve, precisamente por ser órganos del animal. Los ojos del animal no tienen *eidos*; la razón de un animal tampoco *es* eidos. Ve eidos: cosas que no lo ven, y ve que no lo ven y, por tal acto de indiferencia e independencia de ellas frente a la vista, cree el animal que son reales *en sí*, y máximamente reales. Que son de otro mundo, o supra-celestial o sub-stancial.

Sócrates fue el primero de quien se sabe que *dialogó*; que preguntó, primero, y después —dando tiempo a que el interrogado se notara interpelado y se decidiera a hablar— escuchó, y, por suerte, algunas veces le respondieron.

Sócrates fue el primer animal *político*; no porque fuera el primero que vivió dentro de los muros de su Atenas —de los que apenas salió, sino por movilización guerrera— sino porque advirtió que las cosas no querían hablar con él, nada podía aprender de ellas; mas sí, de los hombres de ciudad, cuando, preguntados, respondían bien o mal, pero justamente a lo que les preguntaba, así tuvieran que confesar al final del interrogatorio, todos:

interrogador e interrogados, que nada sabían, resultando, pues, que nada sabía*mos*.

Diálogo... es, pues, pregunta y respuesta; los «diálogos» de Sócrates no son lo que escrito, o impreso, leemos ahora, por más que se halle en tales obras, destacadas aun tipográficamente, pregunta y respuesta.

«El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve»;

la respuesta que tú oyes a tu pregunta no es respuesta porque tú la oigas, cual reacción audible a tu audible acción, sino porque quien te responde nota y te hace notar que entiende tu pregunta y, por su medio, tú notas que te entiende y te responde, oyes por su oído, hecho así tuyo; y le hablas tú por la lengua de él, hecha de este modo —suprafisiológico y suprafísico— tuya. Y el mismo entrelazamiento surge, a la vez, entre respondiente y preguntante.

Difícil cosa es, hablando estadísticamente, tal coincidencia de independientes en tal contexto de relaciones, dobles cada una; es muchísimo menos probable que, de dos jugadores, echando uno su dado, y el otro, después, el suyo, comience por sacar el primero, pongo por caso, un seis, y el otro saque un cinco *porque* el otro sacó el seis —probabilidad condicionada por la primera—; mas, a la vez, porque el segundo sacó un cinco, precisamente cual respuesta al seis, el primero saque el seis cual respuesta, de reaseguro, a que el segundo sacó el cinco *por respuesta a* su seis. Tal prodigio estadístico se verifica, sin estadística, al ver yo que otro ve que lo veo o verme por *sus* ojos, y al ver estotro que yo lo veo, o verse por *mis* ojos; y se repite al hablarle, y notar que me oye porque me responde él, lo cual es oírme yo por los oídos

del otro y hablarme yo por la lengua de otro —los dos manteniéndonos dos—; y, al responderme el otro, notar el otro que responde a mi pregunta, lo cual es haber hablado él por mi boca, la que preguntó. Tal mutua posesión real, reasegurada, siempre en forma de chispazo de luz, es el prodigio, la novedad en ser, del diálogo. *Es el diálogo.*

Novedad que no puede surgir con sólo que uno de los interventores sea cosa o se halle o se ponga en estado de cosa —así entre la más fina y perspicaz de las inteligencias, y los números, figuras, ideas. El animal racional puede serlo perfectamente en eso de *racional*: mas no ascenderá, por novedad, a *político*, hasta que invente el dialogar.

> *«Para dialogar,*
> *preguntad primero;*
> *después... escuchad.»*

Evidente de toda evidencia, tal procedimiento no es científico, racional. Es *político*.

Que la ciudad, o *polis*, sea lugar propicio, de máxima probabilidad para el surgimiento del animal racional a animal político, podemos otorgarlo sin exceso de generosidad. Ciudad, definida frente a campo abierto, por ese *invento* que son las murallas —definición o límites de doble vertiente: interna y externa— y dearticulada por dentro según esotros *inventos* de calles, plazas, templos, acrópolis, casas, palacios, jardines, prisiones... es, sin duda, lugar propicio para que salte esa novedad en ser que es el diálogo —el *reconocimiento*, frente al simple conocimiento entre cosas animadas y raciocinantes. En el campo natural, virgen de ciudades, los hombres se ven, se oyen, se increpan...; en ciudad, *nos* vemos, *nos* oímos, *nos* entendemos, *nos* hablamos...

El hombre es, de natural, animal racional; por *invento*, por novedad en ser, *hácese* animal *político*.

El hombre en estado de perfecto animal racional es, pues, la medida de todas las cosas; de las que él ve —por ojos inteligentes— y ve que ellas no le ven ni le miran —así que ve que son cosas— y de las que él ve, mas ve que, a pesar de tener ellas ojos, le miran, pero no lo ven; no ven que las ve; no ven ni él por los ojos de ellas, ni ellas por los de él. En el primer caso conocedor y conocido no *se* conocen; en el segundo, se conocen, mas no se reconocen. Figuras, números, ideas... y hombre racional no se conocen; hombres naturales se conocen; mas no, por sólo eso, se reconocen. La persistente y honrada presencia, aun en nuestros días, de *teoría del conocimiento* nos da testimonio de que el animal racional no ha ascendido a *político* —a social. Yo conozco; y, para ello, basta con yo; sólo tiene sentido *nos* reconocemos; no, yo reconozco. Cuanto más conocemos, más y mejor conocemos cosas o lo que algo tiene de cosa, menos *nos* reconocemos. Los hombres se entienden con un tercero en las cosas, ascendidas a intermediario ineliminable, antidialéctico: se entienden en matemáticas, en física, en lógica, en cosas de la vida práctica. Mas no *nos* entendemos en esos dominios en que es preciso ver que los ojos que vemos son ojos, no porque los veamos, sino porque nos ven, lo cual es vernos ellos por nuestros ojos, o vernos unos por los de otros... Que este tipo de relación no haya hecho acto de presencia en ninguna lógica no es sino una confirmación más de la *cosificación* del animal racional —por mucha carne y sangre vivientes que tenga, y por eminente y pura que sea su razón.

El hombre en cuanto racional ha inventado la manera de medir el grado de racionalidad de todas las cosas —lo que tienen de lógico o de material para lógica:

axiomas formales y axiomas materiales. Axiomas formales son, por ejemplo, $a+b = b+a$, $ab = ba$ —o propiedad conmutativa de suma y multiplicación—; y material apropiado lo son los números —1, 2, 3, 4... $\sqrt{2}$, $\sqrt{3}$, π, e... Fuera de axiomas y material, lo que quede fuera son desechos o morralla racional; así sentimientos, pasiones, afectos, convivencia, tragedias... En «racional» entran, cual por casa propia, los cuantificadores «uno, algunos, todos...» ; no tienen cabida ni *Nosotros* ni *Nos*. *Nos* para la lógica formal es uno y uno y uno y uno... Sociedad es, para ella, Suma total, ni más ni menos; y yo es *uno*; lo que rebase eso de uno son sobras y desperdicios racionales.

El hombre, en cuanto animal racional, ha resultado el gran medidor de lo que los seres tienen de *cosa*; tan perfectamente hace su oficio de patrón de medida —de *métron*— que se ha cosificado; se ha hecho medida no sólo de lo que de ser medible tienen las cosas; sino de lo que de algunos seres no cabe en la medida, de lo que no es en ellos medible; y de lo no medible, ha hecho *no ser* —desperdicios y morralla. Hasta ha medido cuánto de desperdicio racional tienen sentimientos y sociedad; cuánto a Nos le sobra para caber en la medida racional y cuantificadora de *todos,* de *Suma*; cuánto a la vida económica o economía política le sobra para ser economía racional —de animales racionales puros.

El hombre animal racional no es la medida de *los hombres,* de *Nos*; y menos aún, de *Nos El Pueblo.* El hombre ha inventado hacer que las cosas dejen de ser simples cosas —*que me miren,* sin tener, para ello, que proveerse de ojos— mucho antes de que, cual estado, haya inventado transformar el verse unos a otros en ver*nos*. Casa, muralla, camino, lecho, silla, cuchillo, aguja, vestidos... lápiz, papel, televisor, auto, reloj, regla.... *nos* miran, sin que sea preciso dotar a silla de

posaderas; a regla y compás, de manos; a teléfono, de orejas y lengua; a auto, de pies y piernas; a máquina calculadora, de células cerebrales...; y a ninguna de ellas, de conciencia. La técnica descosifica, en realidad de verdad, las cosas; por más que, en su primera fase, se le cosifique o haga cosa al inventor *individual* —al inventor, por su base de animal racional— su propio invento: silla, mesa... televisor, radio, pluma... Ningún invento, sencillo o complicado, *mira* a *este hombre*; y *este* hombre, en cuanto *este* —séalo Franklin, Edison...— no puede sentirse mirado por las obras de su mano y mente. Los inventos son de *Nos*; propiedad de Sociedad, y de cada uno en cuanto miembro de Sociedad.

Todavía no nos hemos acostumbrado a mirar*nos*, como *co*inventores y *con*usuarios de inventos en cuanto inventos; sino como propietarios, uno por uno, o todo de uno —de *un* hombre natural. *Nos* vemos y *nos* miramos cual varón y hembra, al elevar tales categorías biogenéticas a la altura de esposo y esposa; y por novedad en ser biótico ha resultado verdad lo de

«...el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer».

Nos vemos y *nos* miramos como amigos, enemigos; nativos, extranjeros; maestro, discípulos... Todo ello *invenciones*, cuyo sujeto es una clase de *Nos*.

Mas si las cosas no *nos* miran, tales *Nos* no pasarían de pequeñas islitas en mar de cosas —barquichuelos de *Nos* en mar abierto.

Pueblo es invento. Pueblo es *Nos* en mundo de enseres, no en universo de cosas. No es suma de hombres en un universo de cosas que él: hombre y los hombres no han creado o recreado a su imagen y semejanza. *Pueblo* es

Todo de hombres que han reformado cosas que no veían ni miraban al hombre en cosas que los miren a *todos* como *Todo*; y transformado cosas que los veían, mas no los miraban a *todos*, en cosas que, además de verlos a *Todos*, los miren como *Todo*.

Tal proceso es, en uno, creación del Pueblo y creador de Pueblo. *El universo de los seres*, humanizado por los inventos del hombre, *es creador de Pueblo*, quien se mueve, vive y es entre seres humanizados, cual en *su* mundo —suyo, por derechos de creador. Los seres son *ya* sus seres. A su vez: el hombre, en cuanto inventor es creador de mundo —transustanciado por milagro universo de seres en mundo de enseres. *El Pueblo es creador de mundo*.

Trabajo es enmaterialización o encarnación de los inventos; es hacer de seres enseres; de universo, mundo; y, a la vez y en uno, de hombres *sociedad*.

Para implantar el socialismo no hace falta sino trabajar; lo demás, se *nos* dará por añadidura. Pero si trabajo es categoría ontogénica, productora de otro ser en los seres y, en especial, productora y enmaterializadora del ser del hombre en cuanto creador, inventor o productor, socialismo será, por sus pasos, categoría antropogenética: productora de otro tipo de hombre.

Pueblo y *Trabajador* terminarán siendo lo mismo. Se ganarán por el trabajo tal identidad. *Todavía* no lo son; mas la identidad ganada es la real de verdad; no la inmediata, la que algo es sin más ni más, de buenas a primeras y para siempre.

El hombre natural —animal natural y racional natural— no inventa ni puede inventar nada; es lo que es desde nacimiento, por vida, hasta muerte. Y si por una desgracia, peor que la máxima, Adán y Eva no hubieran pecado —ni ellos ni sus hijos— el hombre no hubiera ascendido jamás a inventor, productor, creador. El

pecado de Adán y Eva fue la salvación del hombre en cuanto creador. La salvación del hombre en cuanto creador la emprendió, humilde, mas decisivamente, el labrador Caín, y nos viene por la línea de Tubalcaín: el forjador de hierro —de atenernos a la Biblia.

Dios creyó castigar el pecado de nuestros primeros padres —y en ellos, a todos— condenándolos a ganar el pan con el sudor de su rostro. Jehová fue Dios *natural*; y si creó algo, fue por la palabra: por ese medio que no cuesta trabajo, ni da mérito alguno, ni transforma al agente en creador. Creyó que el trabajo era una condenación o pena debida a un pecado —gravísimo el pecado y gravísimo el castigo. Se equivocó; el trabajo ha sido nuestra salvación; nos ha salvado de ser creaturas y, poco a poco, por pasos bien ganados, nos asciende a creadores, productores, inventores.

Animal racional es definición de hombre en estado natural: hombre-cosa entre cosas. Algunas, cuando más, le ven; ninguna le mira.

Animal político o *ciudadano* es definición de *hombre,* en cuanto inventor de ese coto cerrado que es ciudad, dentro del cual los hombres se ven y ven que se ven; hablan y se hablan; oyen y se escuchan; piensan y se entienden; y un grupo de cosas los mira sin verlos.

Animal social es la definición de hombre, en cuanto inventor de mundo en que los hombres ven que se ven, oyen que se oyen, conocen que se conocen, y las cosas los miran, sin tener, para ello, que verlos, tocarlos, oírlos... con órganos bióticos.

En la primera fase de la historia del hombre cada hombre es uno; mas sólo uno de tantos o, cuando más, un Excelentísimo Don Nadie.

En la segunda, cada hombre es uno de ese Todo, finito y definido, que es Ciudad, frente a todo el resto del

Universo —que es lo más— respecto del cual uno de tantos es aún una de tantas cosas.

En la tercera, cada hombre es uno de *Nos*: *uno del Pueblo.*

En la primera, la cosificación es máxima —en hombre y universo.

En la segunda, crece notablemente la descosificación del hombre; imperceptiblemente, la del universo.

En la tercera: se acrecen a la par, y sin límite, descosificación del hombre y del universo. Hombre, por fin, humano; universo, por fin, mundo.

Pueblo-y-mundo, Pueblo-en-mundo son el estado a que tienden ya, declarada, planificada, y aun desaforadamente, hombre y universo.

¿Cómo fuera ya posible que el hombre natural, y aun el ciudadano, continuaran siendo *medida de Pueblo*? La historia misma se ha encargado —sin imposición externa alguna— de vincular cual calificativo de *pueblo* ese de *trabajador.* Tanto tanto que ha llegado un momento en que la humanidad se ha sorprendido a sí misma escindida en dos clases «inventadas»: la clase trabajadora y la clase ociosa; la empeñada en reconocerse todos como hombres y en hacer que las cosas nos reconozcan; y la dedicada a reconocer a algunos como hombres, y a los demás tratarlos como cosas, y a tratar las cosas como cosas —las finas finamente: cual las científicas; las burdas rudamente, cual las materiales, sin preocuparse de si algunas de ellas nos miran a los hombres. Y ahora, llegados a época de *Nos*, hállanse con que el Pueblo es el sujeto agente y paciente de ese calificativo de *trabajador*, y con loable empeño, si fuese sincero, ingénianse para hacer valer como trabajo lo que, hasta hace bien poco, entraba a lo más en la categoría de *otium cum dignitate.*

«Si algún día tuvieseis que tomar parte en una lucha de clases no vaciléis en poneros al lado del pueblo.»

Pueblo no es masa. *«A nosotros no nos preocupa la salvación de las masas. Recordad lo que tantas veces os he dicho. El concepto de masa aplicada al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos lo emplean hoy, sin reparar que el tópico proviene del campo enemigo. Salvación de las masas... Desconfiad de ese yerro lógico, que es otra terrible caja de Pandora. Se me dirá que el concepto de masa, puramente cuantitativo, puede aplicarse al hombre y a las muchedumbres humanas, como a todo cuanto ocupa lugar en el espacio. Sin duda; pero a condición de no conceder ningún otro valor cualitativo. No olvidemos que, para llegar al concepto de masas humanas, hemos hecho abstracción de todas las cualidades del hombre, con excepción de aquella que el hombre comparte con las cosas materiales: la de poder ser medido con relación a la unidad de volumen. De modo que, con estricta lógica, las masas humanas ni pueden salvarse ni ser educadas. En cambio siempre se podrá disparar sobre ellas. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demócratas incorregibles y enemigos de todo señoritismo conceptual, no emplearemos nunca por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán nunca.»*

Humanidad es humanismo abstracto e irreal.
Pueblo es humanismo concreto y real de verdad.

CAPÍTULO SEGUNDO

NACIMIENTO, VIDA, MUERTE

«Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...
Y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?»

Tantas composiciones musicales y de tantos y tan grandes músicos llevamos en la memoria auditiva al ir al *estreno* de una obra que el margen abierto aún a sorpresas y novedades sonoras y temáticas resulta estrechísimo. El primer compás no es comienzo absoluto —no viene de *«arcano mar»*—; y el final, tampoco es final absoluto —no va a *«ignoto mar»*—; y entre los dos no suelen sentirse asaltados nuestros oídos por *«enigmas graves»* sonoros. Un estreno de verdad consistiría en que antes de comenzar la obra olvidásemos todo lo oído y, una vez terminada, no quedaran otras huellas en la memoria que las de la cantidad y calidad de sorpresas sonoras, de novedad en temas —pasadas al olvido la estructura de las figuras sonoras y las unidades de sentido de los temas.

La música llamada «clásica» lo es, entre otras razo-

nes, por la consumada facilidad con que imprime, indeleblemente, en la memoria los tipos de estructuras de las configuraciones sonoras, y por su complicidad, bien agradablemente disimulada, con la lógica en esas unidades de sentido que son los temas, tan bien trabadas auditivamente-y-lógicamente que casi casi son proposiciones o teoremas, que casi casi *hablan*.

La música «moderna» rompe, es cierto, su complicidad con la lógica y el lenguaje; no así con las configuraciones sonoras.

Ninguna de las dos, por mucho que lo deseen sus autores y auditores, vienen de *«arcano mar»* y van a *«ignoto»*; no hay a lo largo de la obra *«enigmas graves»* —sonoros o lógicos. El mejor y más prometido estreno no lo es. Es repetición, salpicada de pequeñas, y deliciosas novedades.

¿Queremos, o no, que la vida sea *estreno*?

¿Definiremos vida por *novedad en ser, novedad consciente de serlo* —y por ello, sorprendida de serse— o por insignificante repetición ontogénica de una cansina filogenia?

La vida vida —la vida que te quiero vida— es precisamente venir de *arcano mar*, ir a *ignoto mar* y *entre esos dos misterios distender enigma grave*. De nada, por novedad, a nada.

Lo otro va de ser, por identidad repitiente, a ser. Cuanto menos de ser hayamos sido antes de nacer —filogenia cero— y cuanto más dejemos de ser por la muerte —ontogenia cero— tanto más resaltará el carácter de *estreno* —esa novedad en ser, consciente de su novedad, que *es la vida*.

Mal se oye cuándo y cómo comienza el concierto si la sala está llena de ruidos —de ente sonante—; mal se oye cuándo y cómo fine y se define la obra musical ejecutada si ahoga, por estúpido asesinato sonoro, los últimos

compases avalancha de aplausos. El canto que en coro, y al unísono, canta toda vida en cuanto *estreno* es precisamente ese:

«de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...
Y entre los dos misterios está el enigma grave».

Lo físico no va de arcano mar a ignoto; va, *desde* siempre y para siempre —t de $-\infty$ a $+\infty$— *de* los mismos elementos *por* las mismas leyes y variados compuestos *a* los mismos elementos. Lo discretamente arcano se reduce al campo en que domine el cálculo de probabilidades. Lo físico *no estrena*, de suyo, su ser. En lo físico no hay estrenos —hay ley de conservación. Por eso no hay ni arcanos ni misterios, ni arca cerrada alguna. La llave maestra, bien conocida, son las matemáticas.

Una de las delicias características de la música se halla en que casi cada compás o frase está patente en cuanto a su continuación a un horizonte abierto a sorpresas, novedades. Pero, venida de *arcano mar* al mundo real sonoro una de tales novedades, hace con las anteriores estela; y tal, llamémosla así, racionalidad sonora *retrospectiva* da, a veces, la impresión de serlo, además, *prospectiva*: de que la composición no podía ser de otra manera, que el músico no pudo decir, en puros sonidos, sino lo que efectivamente dijo.

La música —y, en general, todo arte, y aun todo invento— es esencialmente *improvisación* que, retrospectivamente, pareciera efecto de *providencia*, de *pre-visión*.

La vida *es*, en cuanto todo, improvisación en ser, sobre un fondo de entes —físicos, químicos, nucleares, celulares...— más sosa y estólidamente presentes que el escenario y luces que iluminan y sostienen la orquesta durante la ejecución de un *estreno*. Nada *ilumina* para preoír qué va surgir de la orquesta la más perfectamente

calculada y montada acústica de una sala. *«La luz nada ilumina y el sabio nada enseña»*, fuera de señalarnos, de manera definida, las condiciones *necesarias* para oír la surgencia misma y percibir la novedad en ser sonoro que esperamos, siempre en la tesitura sentimental de Heráclito, el Oscuro:

«Si no esperáis, no daréis con lo in-esperado»; si no esperáis no se os dará lo inesperado.

Mas precisamente porque luz y sabios —física acústica, ingeniería auditiva— han conseguido en nuestros tiempos y salas catalogar y dominar las condiciones *necesarias*, sabemos por ello tanto mejor que no son las suficientes; no pasan de ser, cual el más perfecto espejo, lugar adecuado a aparición de novedades, que fueran sorpresa para el espejo tanto más cuanto más delicada conciencia tuviera de serlo.

Porque *la luz* de ciencia alguna *«nada ilumina»*, y los sabios en ciencia *«nada enseñan»*, la vida es vida: novedad en ser —estreno de ser, consciente de ser estreno y de ser ser.

Esto es lo que *«la palabra»* —el sonido bien sonante a tema o a teoremas— nos dice acerca de la vida.

Todos convendremos, complacidos, en la afirmación de que cada uno *estrena* su yo, aunque tal estreno tenga por escenario las creaturas de la evolución filogenética y, por estrado, enjambres de partículas y sistemas celestiales. Las categorías de único, éste, yo... son categorías de *estrenos* en ser. Pero seamos valientemente consecuentes: *estreno* no tiene vigilia, causas necesarias-y-suficiente; y, menos, Causa primera que es, por definición, la Necesarísima y la Suficientísima. *Estreno* no tiene repetición posible. Segundo estreno es hierro de madera.

Estreno de ser equivale, sonido aparte, a novedad en ser. La novedad en ser termina, propiamente, con novedad en nada. El último compás de una composición musical de altos quilates en novedad es tan original, imprevisible, sorprendente cual el primero o los intermedios. Ha de quedar uno sorprendido, al notar que terminó la pieza, de que terminara de manera imprevisible y de que, a pesar de ello, sea tal terminación la propia de lo anterior: final prospectivamente desconcertante, retrospectivamente perfecto: el *de* la pieza. Por eso a cierta manera de terminar las composiciones clásicas táchasela de *convencional*, lo cual les resta novedad, calidad de estreno. No estrenan su final; repiten el convenido por tradición. Mueren de muerte legal, con todos los sacramentos convencionalmente establecidos para descansar en paz, como uno de tantos fieles. ¿Para qué, entonces, decir que murió Fulano de tal, y no un Don Nadie o un Excelentísimo Señor Don Nadie —sinfonía u hombre?

Composiciones excelsas hay que mueren como Don Nadie, como una de tantas de tal época o estilo, de las que casi casi sabemos, preoímos, cuándo y cómo van a terminar. Por suerte, entre inicio y muerte se distiende una pantalla centelleante de novedades, estrenos, sorpresas —agradables o desagradables, cómicas o trágicas, de opereta u ópera...

De qué *mar vinimos*, lo saben, cada día mejor, las ciencias: sin que para responder a tal pregunta hayamos de acudir a alfombras mágicas de creación, reencarnación, metempsícosis o transmigraciones de almas...

«Tras el vivir y soñar,
está lo que más importa:
despertar.»

Tras vivir de arcanos y misterios, de «otro hay quien lo sabe Todo», y soñar, despiertos, en eso de

«ya doncel y doncella yo fui;
y en el Salado fui pez mudo»,

la ciencia nos ha despertado a una sencilla Verdad: la *base* física y biótica de la vida es eterna. Hecho en cada momento el balance —y no al fin de un año o siglo— nada se ha creado, nada se ha aniquilado; todo se ha transformado según tan cuidadosas leyes cual las que imponen, sin alharacas, que

$$1+2+3 = 1+1+1+3 = 4+2 = 3+2+1... = 6$$

Lo físico es el *basso continuo e ostinato* que de tanto oírlo —y serlo— lo damos por oído y por sido. Nacer es la gran novedad frente a lo físico; y nacer en firme, de sopetón, sin vigilias animales o vegetales, es la única mostración valedera de que la vida no es algo físico. Podrá su novedad reducirse a un chispazo, a un solo acorde —tal vez no sea mucho mayor la novedad en ser de una macromolécula de un virus—; vidas hay, cual las de un gran poeta, pintor, músico, científico... que son avalancha de novedades, tal que supracontador Geiger, o supracámara Wilson, fueran impotentes a contarlas con berridos y estelas. ¿Haremos de tales vidas modelos de lo *qué es vida*, o nos atendremos —resentidos tal vez o envidiosos— a definir al viviente como especie, eterna e inmutablemente tal, y al individuo —al éste, al yo— cual *accidente*, como algo que de fuera le *cayó* (*accidens*) a la especie —regalo de Dios, insinuación artera de la cantidad— o bien a manera de acompañante, de compañero o *symbebekós*, que durante un trecho del camino de la vida específica, de la filogenia, se le juntó, sólo como uno-de-

tantos, nunca como *éste* que hiciera realmente de la vida específica *mi* vida?

Todo esto —con mayor sutileza verbal y conceptual decible, mas no por eso más verdadero— es extravagante. No viene a cuento. La vida no es cosa de especie, ni de individuo de especie. La vida es novedad y estreno de ser, estela más o menos discontinua de chispazos en ser, y su unión con lo físico o fisiológico se parece más a la de escenario, orquesta y concierto que a la de forma y materia, potencia y acto, sustancia-accidente. Todo esto pasa a fondo *anonadado*, no aniquilado, por la vida: por esa novedad, consciente de estrenar su ser.

Poner al cuerpo físico, al orgánico, en el estado de *novedad en nada* es el acto típico de la vida, por ser ésta *novedad en ser*.

Cuerpo viviente es estado de novedad en nada de un ente por virtud de una novedad en ser del *mismo* ente. El viviente es la afirmación positiva y original de su propia, positiva y original, negación. La vida no es posible sino en estado dialéctico.

«*¿Qué dice la palabra?*», acerca de la vida. Que *es* dialéctica.

«*¿Qué el agua de la peña?*»

«Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva;
poesía, cosa cordial.
¿Constructora?
—No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento.
Bogadora,
marinera,
hacia la mar sin ribera.»

El agua buena, la del buen manantial, sólo puede brotar de una peña, y al golpe de una vara mágica cual la de Moisés. De lo físico, brota la vida por milagro, no de nadie, sino *porque sí*, o porque *de sí*. La novedad no va a ser novedad por virtud de otro, precedente ya —y por ello viejo o eterno. El milagro es milagro, precisamente porque no lo hace nadie. Es el dichoso, esplendente, gracioso *porque sí*. Venido al ser, será

> *«Agua del buen manantial,*
> *siempre viva,*
> *fugitiva...*
> *Bogadora,*
> *marinera...»*

Para hacer milagros no hace falta omnipotencia. Esto es lo que justamente sobra. La omnipotencia no es graduable, cual lo finito; la omnipotencia es, *en acto*, potencia infinita, y no puede ser jamás omnipotencia en potencia. Obra, pues, toda en el efecto más pequeño, así sea crear una mosca o una ameba, un protón o fotón. Los teólogos lo han sabido muy bien, y pretenderán probar que entre no ser y ser —así sea entre no ser un protón y ser un protón— hay distancia infinita; por infinita, es campo de juego propio para omnipotencia. La verdad es la inversa: porque omnipotencia obra con poder infinito en acto, es preciso hallar algo infinito en la producción de lo más insignificante para así justificar su intervención que, de no exigirla una infinidad, resultaría pluscuamridículo y pluscuamdesmesurado cañonazo para matar mosca en pared. La omnipotencia procede a cañonazos —tal es su *quántum* de acción. Y por eso su presunta intervención destruye el universo, así se trate del más humilde «milagro». Para las épocas y pueblos que no supieron ontología y física matemática, Dios crea por su palabra,

no por la potencia. Y palabra es el mínimo de fuerza; y, para ellos, fuerza nula. Y justamente la «omnipotencia» resalta y se define por la desproporción absoluta entre la impotencia real de la palabra «Hágase luz», y la potencia de realidad de luz, firmamento, estrellas... En el límite, diríamos ahora, crear no exige causa alguna; lo nuevo, por sólo tener que ser nuevo, viene de por sí al ser; y, de por sí, se va de él.

Novedad es el

«agua del buen manantial»,
«siempre viva», por su modo de pasar a ser;
«fugitiva», por su manera de dejar de ser.
"sin cimiento alguno
ni en el alma ni en el viento",

pues en realidad, alma, viento... son tan sólo condición *necesaria* para su surgimiento, nunca *suficiente*; son fondo de resalte que se aparecerá como inmutable y eterno, duro cual ontológica peña, precisamente al hacer novedad acto de presencia.

Espontaneidad causada —por Dios o por otra causa— es otro de esos «hierros de madera» —efectos, los únicos posibles, de una omnipotencia.

Sólo el poeta, en trance de poeta —sólo a golpes contra la peña sustancial de su naturaleza humana— sabe —por sorpresa y resalte— que poesía, e interpretación poética de la vida y realidad, son, en verdad

«agua del buen manantial».

Lo malo es que, salida del hontanar, *"boga, marinera, hacia la mar sin ribera"*, aconteciéndole, al parecer, aquello

«del percepto al concepto,
del concepto a la idea
—¡oh, la linda tarea!—,
de la idea a la mar.
¡Y otra vez a empezar!»

Es que la piedra de que brotan —a su manera cada una, poesía y vida—, el cauce por el que discurren, y el mar al que van a parar son cosas en *estado natural.* Pequeña es la radiactividad natural o espontánea del uranio, y su probabilidad real de transmutarse tómase, sin prisas, miles de millones de años. El hombre ha *inventado* la manera de acelerarla y en menos de una millonésima de segundo desintégrase en bomba atómica.

Por razón del carácter *natural* de piedra, lecho y mar de que respectivamente brota, por el que fluye y en que se sumerge nuestra vida, vale lo de Manrique:

«Nuestras vidas son los ríos,
que van a dar en la mar,
que es el morir.»

Nacemos, vivimos y morimos *naturalmente,* por mil causas necesarias y suficientes para producir semejantes sucesos *naturales.* Y es la *naturaleza* la mar de que venimos, sobre la que navegamos y en que finiremos. Sobre ella chisporrotea, centellea, cabrillea en trazos y estrellas más o menos coherentes nuestra auténtica vida, los temas de nuestra espontaneidad. Ésos ni van ni vienen de la mar, y la mar o naturaleza no pueden proporcionarnos razones necesarias y suficientes para su surgimiento, mantenimiento y final, cual no lo proporciona la sala de conciertos mejor montada a la pieza musical más sencilla.

Entre todos la mataron, y ella sola se murió, fuera, dicho con el popular refrán, la más justa descripción del

modo de morir espontaneidad, vida y poesía a manos de las causas físicas, fisiológicas... humanas o divinas.

El Poeta lo sabe; sabe cómo se muere a manos de la natural fisiología; mas barrunta otra manera de ser *«lo que nunca he sido»*, un modo de vivir o sobrevivir a la muerte natural:

«Ya noto, al paso que me torno viejo,
que en el inmenso espejo,
donde orgulloso me miraba un día,
era el azogue lo que yo ponía.
Al espejo del fondo de mi casa
una mano fatal
va rayendo el azogue, y todo pasa
por él como la luz por el cristal.»

Lo físico —hondón del fondo de nuestro ser— va rayendo cual *mano fatal*, por leyes necesarias y suficientes para tal acción y efecto, ese azogue o alinde que anonada al ser físico, manteniendo su cantidad y calidad de ser, mas birlándole su verdad: el parecer lo que es.

Y nos componemos de átomos, protones, electrones, fotones, macromoléculas; somos *de* todo eso; mas, a pesar de serlo, nada de ello trasparece en mis actos de ver, oír, pensar, querer, imaginar, asentir, conciencia... Sin aquello no seríamos seres reales; sin esto no seríamos vivientes con autonomía de ser, con la espontaneidad de novedad en ser.

La vida no añade ni quita un átomo a lo real; pone azogue —metafórica manera de decirnos que la vida es ese llevar o *trans*ladar (*phorá*) lo real a otro nivel (*metá*) original, nuevo; levantar lo real más allá de su ser —genuino acontecimiento y gesta *metafísica*, con salto más que de género a género; que si Aristóteles lo prohibió entre ciencias tan afines como aritmética y

geometría, no cayó en cuenta de que él, al pensar y vivir, lo hacía: *era* esa transgresión misma perpetrada en su mismo ser. Vivir es transgredir la ontología: trasladar el ser a otra función: de la de ser verdad de sí a ser verdad de otro. Y lo otro de *ser* es, por resalte, la suma y genuina *novedad*.

La gracia está no en aniquilar al ser, sino en anonadarlo, haciéndolo real espejo de otro, para así ver, oír, sentir, pensar, querer... todo ser sin tener que serlo.

Empero mientras el ser haga de condición necesaria de nuestra novedad en ser, tal anonadamiento del ser no pasará de preterición y ninguneamiento positivos y originales, sin duda, mas impotentes para impedir el que, por eso justamente, la mano real —por no aniquilada— de nuestro ser físico vaya rayendo insensible, subconsciente, subterráneamente nuestra constitutiva estela de novedades, y nos hallemos muertos, sin saber por qué; porque sí, porque *de sí* cada uno. Que así, por desorganización de la distribución de electrones y campos en una cinta magnetofónica se muere la composición impresa, con acabamiento real, mas no con ese propísimo suyo que es el último compás de la última frase del postrer movimiento.

Todos sabemos muy bien, sin habernos aún muerto, que pensar, querer, sentir... no se mueren de amebiasis, de cáncer, de trombosis coronaria... o de un tiro. Eso (nos) mata; caso de morir, moriremos de otra cosa y de otra manera. ¿Cuál y cómo?

> «*Morir... ¿Caer como gota*
> *de mar en el mar inmenso?*
> *¿O ser lo que nunca he sido:*
> *uno, sin sombra y sin sueño,*
> *un solitario que avanza*
> *sin camino y sin espejo?*»

No *nos* morimos, cuando y porque nos mata el cuerpo. Si morimos será porque *nos* morimos.

Que nos den por muertos, apenas ven que el cuerpo sensible (nos) ha matado, es uno de esos *quiproquos* o *lapsus intellectus*, no excusables ya por analogía con el clásico

quandoque bonus dormitat Homerus.

Se trata de un salto más que de género a género, que tantos no se lo permiten entre variedades dentro de una especie, se espantan de darlo entre especies de un género y se horripilarían caso de tener que hacerlo de categoría a categoría. Mas ahí están religiones, derecho y prácticas sociales que nos dan por muertos, por idos a otro mundo, y todo por indicios macroscópicamente espectaculares, sin duda, mas microscópicamente somerísimos.

Desde miles de años al hombre se lo llamó, y él se consideró, microcosmos o mundo en pequeño; y, por tanto, el universo resultaba hombre en grande. En un cosmos antropomorfo y con un hombre cosmomorfo la paz universal, o la tranquilidad ordenada, reinarían, sin más, en el ser. Pero las «pruebas» de tal armonía preestablecida no pasaban de «alfombra mágica» —híbrido mental de imaginación desbocada, deseos vagos y simplismo intelectual.

Sin tales alharacas filosóficas del estoicismo la ciencia moderna nos dice que el cuerpo del hombre es, realmente, todo un cielo estrellado. Entre los átomos de su cuerpo hay distancias proporcionales a las que, en noche despejada, vemos entre las estrellas; dentro de tal enjambre de átomos nuestros se forman constelaciones que, de verlas con microscopio de suficiente poder resolutivo o alejador, nos parecerían muy semejantes a

Vía Láctea, a Orión, a Piscis, Libra... Nuestro cuerpo es, en realidad, una constelación de constelaciones de átomos; a escala reducida, somos el cielo estrellado.

¿Así que eso de alma —en singular discutible—, esotro de *yo* —en singular aceptable— informa constelaciones, y *la* constelación del llamado su cuerpo?, ¿o informa átomos, sus campos gravitatorio, electromagnético, nucleónico..., los fotones o quanta de dichos campos, los paquetes de ondas que forme el alma o se le formen en el cuerpo?

De haber nacido con ojos de finura de ultratelescopio-ultramicroscopio, y en mundo de rayos cósmicos, cual luz apropiada para hacer de medio entre tales supraojos y tal mundo, otro sentido diéramos a eso de *mi* cuerpo y, tal vez, semejante nombre singular pretencioso —por global y macroscópico...— ni siquiera hubiera surgido.

No hemos nacido con tales supraojos; mas la ciencia nos ha inventado otros, algunos sensibles cual telescopio y microscopio; otros, inteligentes, cual matemáticas y física. De los escolásticos de tiempos de Galileo se cuenta que no querían ver por su telescopio; o, si veían, no creían a sus ojos. Ahora, algunos de sus descendientes montan observatorios astronómicos. Pero, como decía Heráclito, de poco sirven los ojos cuando se tiene alma de bárbaro.

Para los despiertos —y es Heráclito quien habla— hay un mundo, uno y el mismo; los dormidos, vuélvense cada uno al suyo. Los muertos —y ahora habla el autor— súmense en *su* mundo *propísimo*: en *su* mundo de átomos, campos y paquetes de onda. Ya en vida macroscópica, despiertos o dormidos, vivía en ellos y de ellos, mas en concreción con tantas y tantas cosas sobrantes como la muerte declarará, al reducirnos al núcleo corporal esencial. Y eso, tal vez, sea la *muerte: constituirse el cuerpo propísimo de la vida*, haciendo sobrante, caedizo y

escoria al cuerpo macroscópico, propio de la vida corriente.

> *«Morir...*
> *¿O ser lo que nunca he sido:*
> *uno, sin sombra y sin sueño,*
> *un solitario que avanza*
> *sin camino y sin espejo?»*

De Cristo dicen la *Biblia* y el *Credo* que, después de muerto a la vida ordinaria, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos con un cuerpo glorioso, para el que la impenetrabilidad de la materia ordinaria ya no constituía obstáculo, ni la gravedad vínculo. Todo eso no es sino prefiguración, cual la alfombra mágica, de lo que poco a poco, con bien ganados éxitos, nos comienza a enseñar la ciencia, más bien como hipótesis de trabajo que cual dogma fijo, taponador de progreso: morir al cuerpo ordinario y cotidiano es descender la vida a su infierno, a su profundidad terrestre, a los átomos, campos, fotones, paquetes de onda que son ya *propísimos suyos*. Que tal estadía en los infiernos, en el seno de la tierra, dure tres días y sus noches o años enteros... no lo sabemos, por ahora; lo sabremos si nos empeñamos, contra quien sea y lo que sea. Pero ahí en ese infierno, no por lugar de tormentos, sino de transustanciación: de hacerse la vida en *su sustancia*, se verifica la auténtica resurrección a nueva y propísima vida: a cuerpo que no hace «*sombra*», a cuerpo sin ritmo de vigilia y «*sueños*», a vida de «*solitario*» —de unos en cuanto yo— «*sin camino*», cual los cuerpos macroscópicos lo tienen y siguen sin remedio, y «*sin espejo*» —los que dan imagen en rayos visibles a ojos sensibles.

Sabemos ya de rayos que atraviesan no vulgares puertas, sino metros de plomo, y de rayos que se propagan a la velocidad uniforme —e inimaginable para la cotidiana imaginación y vulgar mente— de trescientos mil kilómetros por segundo.

La disyunción tremebunda de cielo o infierno no llegará a planteársenos, pues, sencillamente, no nos morimos en realidad de verdad al «morirnos» realmente al estado cotidiano, macroscópico e insustancializado aún de nuestro cuerpo. Justamente después, y por virtud de tal muerte, eso de *mi* cuerpo y de *mi* alma adquirirá, por vez primera, real y verdadero sentido.

Lo demás que nos dicen, con conmovedora sencillez ciertas creencias, y con ya vergonzoso simplismo ciertas teologías, son la «alfombra mágica». Lo de

> «*...ser lo que nunca he sido:*
> *uno, sin sombra y sin sueño,*
> *un solitario que avanza*
> *sin camino y sin espejo*» constituye la *empresa*

ontológica —nueva y aventurada— de una interpretación filosófica moderna de alma, cuerpo, vida y muerte.

Pero, por lo pronto, a la ya simplista y simplona escatología de «muerte, juicio, infierno y gloria» releguémosla al limbo de los vivos —muertos sin ciencia— o al folklore filosófico-teológico.

«Contra los que hablamos de la suprema importancia del hombre —decía mi maestro—, sólo hay un argumento de peso: lo efímero de la vida humana. Buscad otro, y no lo encontraréis. A última hora, este argumento tampoco prueba demasiado a quienes, como el viejo Heráclito, pensamos que al mundo lo gobierna el relámpago.»

Y a aquello, tan conmovedoramente dicho, de Manrique

> *«...Buen caballero,*
> *dejad el mundo afanoso*
> *y su halago;*
> *muestre su esfuerzo famoso*
> *vuestro corazón de acero*
> *en este trago»*

respondamos: «¡No hay para tanto! ¡no hay para tanto!».

Refiriéndose nuestro Poeta a Unamuno decía:

«Es muy grande este don Miguel. Y algún día tomará café con nosotros. Mas no por ello hemos de perderle el respeto.»

Por «este Mundo, uno y el mismo para todos: dioses y hombres» —repitamos con Heráclito—, además de los mortales, anda ya entre quintillones y sextillones de almas humanas en *sus* propísimos cuerpos —todas las de todos los «muertos»—, como una y uno de ellas y de ellos, el *auténtico* Don Miguel de Unamuno, con *sus* propísimos ya cuerpo y alma, carne y huesos.

¿Cuál será el tipo de sociedad entre todos los *esencialmente,* los *positivamente ya* hombres?

Y ¿qué relaciones podemos nosotros, los aún habitantes del mundo macroscópico en cuerpo macroscópico, establecer con ellos, por *inventos,* ya que ni ojos, ni oídos, ni tacto macroscópicos dan, o han dado, más que para ver algunos fantasmas, o cuerpos esencializados por la misma alma de *su* cuerpo «mortal»?...

Tal vez, algún día, por *Invento*, podrán aparecer los hombres «nucleares» o esenciales en pantalla, en espejo que, invitadoramente, les ofrezcamos —y aun los forcemos, y nos fuercen, si hemos ya muerto, a hacer acto de presencia. «*Mas no por ello hemos de perder el respeto*» ni a Jesucristo, así resucitado, ni a Unamuno —así presentado.

EPÍLOGO

EL FILÓSOFO

> *«En mi soledad*
> *he visto cosas muy claras,*
> *que no son verdad.»*

Eso es lo que le pasa al filósofo solitario, llegue o no a los extremos de subjetivismo y solipsismo, o se mantenga, violentándose, dentro del individualismo —con la distinción entre yo empírico y yo trascendental. Tal le sucedió a Descartes: vio su yo cosas muy claras que no son verdad, porque no son verdad de *Nos*, aunque lo sean de yo. Es claro y evidente que el sol da vueltas a derredor de la tierra, y aun del espectador individual; tan verdad como que cinco por cuatro son veinte. Pero con esa verdad —solitaria aritmética, por individual— jamás se hará ciencia aritmética. Se comenzará a hacerla con la fórmula general $ab = c$, primer axioma, que se refiere a cualquier a, b, en su carácter de constantes indeterminadas, colectivas, variables dentro de un dominio señalado —vgr. los números reales.

Todo individualismo, subjetivismo, solipsismo... se compone de verdades, clarísimas para el solitario: yo pienso, yo existo, yo digo, yo siento...; todas, cada una y su suma, del mismo estilo general que «uno y uno son

dos», «dos por dos son cuatro», «dos y tres es igual que tres y dos»..., «uno y dos son tres»-y-«dos y tres son cinco»-y-«tres y seis son nueve»-y-...

Filosofía de verdades «extensivas».

La ciencia comienza *axiomáticamente* —es decir: digna y principalmente—, al poner

$$a+b = b+a, \quad ab = ba,$$
$$a+(b+c) = (a+b)+c, \quad a(bc) = (ab)c,$$
$$a(b+c) = ab+ac, \quad \text{etc.}$$

La filosofía se inicia, e iniciará *axiomáticamente* cuando valga en sus dominios:

"En Sociedad
vemos cosas muy claras,
que son verdad."

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA
TEORÍA DEL PENSAR

Capítulo Primero. PENSAR Y CONOCER

«Decía mi maestro: Pensar es deambular de calle en calleja, de calleja en callejón, hasta dar en un callejón sin salida. Llegados a este callejón pensamos que la gracia estaría *en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo.»*

Capítulo Segundo. OBJETIVIDAD

«Se olvida —decía mi maestro— que la objetividad, en cualquier sentido que se tome, es el milagro que obra el espíritu humano, y que, aunque de ella gocemos todos, el tomarla en vilo para dejarla en un lienzo o en una piedra es siempre hazaña de gigantes.»

PARTE TERCERA
ONTOLOGÍA

Capítulo Primero. SER, CAOS, NADA, CREACIÓN, TRABAJO

«Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer antes de su creación definitiva. Lo que pasó, sencillamente, fue que Dios vio el Caos, lo encontró bien y dijo: "Te llamaremos Mundo". Esto fue todo. La verdad es que el caos —decía mi maestro— no existe más que en nuestra cabeza. Allí lo hemos hecho nosotros —bien trabajosamente— por nuestro afán inmoderado, propio de viejos dómines —¿qué otra cosa somos?—, de ordenar antes de traducir.»

Parte Quinta
HUMANISMO

«El hombre es la medida de todas las cosas, menos la de los hombres y la de los pueblos.»

«Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar venimos, a ignota mar iremos...
Y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?»